

Jornadas de Estudio sobre la IV Internacional



FRACASO DE UNA TENTATIVA CENTRISTA DE "INTERNACIONALISMO"

**EL COMITE INTERNACIONAL DE
N. MORENO y P. LAMBERT, DE 1981**

1) CRITICA DE LAS "TESIS" DEL COMITE INTERNACIONAL
POR JORGE ALTAMIRA - JULIO MAGRI. 1981.

2) EL DESBANDE DEL COMITE INTERNACIONAL
POR JORGE ALTAMIRA - JULIO MAGRI. 1982.

**Setiembre 1988
Ediciones Prensa Obrera**

Las "tesis" del Comité Internacional

por Jorge Altamira- Julio N. Magri

(del CC de Política Obrera)

A fines de diciembre pasado se realizó la Conferencia del Comité Paritario, donde éste decidió constituirse en "IV Internacional-Comité Internacional". La Conferencia aprobó unas "Tesis para la reorganización (reconstrucción) de la IV Internacional", varias resoluciones políticas y los estatutos, y también eligió una dirección internacional.

Sobre esta base quedaron oficialmente disueltas las tres corrientes que componían el CP: el CORCI (dirigido por la OCI de Francia), la TLT (escisión de la tendencia dirigida por el SWP de EE.UU.), y la FB (dirigida por el PST, luego MAS de Argentina). También se resolvió que en cada país las organizaciones pertenecientes a las tres corrientes debían unirse para conformar una única organización.

En la Conferencia sólo se debatieron y votaron aquellos puntos en que previamente las tres corrientes se habían puesto de acuerdo, lo que explica que todo se hubiese aprobado por "unanimidad". Si este procedimiento es un repudio a lo más elemental del centralismo democrático, lo que raya con el cinismo es que el Comité Internacional sostenga que su formación se debió "precisamente para romper con todos los procedimientos, 'caucus' (referencia al congreso del SU donde los delegados de las tendencias mayoritarias no tenían libertad de voto y estaban subordinados a los acuerdos alcanzados por sus direcciones en los bastidores) y demás, mediante los cuales el revisionismo y sus aliados optan por la utilización de medidas administrativas..." (Prefacio a las "tesis" del CI, pág. 5). Pues exactamente ésto fue esta conferencia "abierta" del Comité Paritario.

Este funcionamiento "por acuerdos" sigue rigiendo en la nueva organización internacional. La dirección internacional fue elegida sobre una base tripartita y, de acuerdo a los estatutos,

las resoluciones que ésta adopte deben ser aprobadas por los 3/4 de los votos (lo que significa el acuerdo obligado de las tres corrientes, o, dicho de otra manera, que cada fracción tiene derecho a veto).

Aunque sus protagonistas sostienen que se ha dado un paso hacia el centralismo democrático, los estatutos aprobados son lo opuesto, es decir, de un riguroso federalismo burocrático. La dirección sigue actuando "por acuerdos" de tendencias y no existe un control independiente de ella, ya que es la dirección la que elige la "comisión de control", no existe el derecho de tendencia y/o de fracción y, mientras ningún punto de los estatutos regla las divergencias entre las secciones y la dirección, si se establece que ésta puede excluir a aquellas según su propio arbitrio.

La Conferencia se autoproclamó "Conferencia Mundial Abierta" de todas las fuerzas que se reclaman del trotskismo. Con esto el CP simuló cumplir el objetivo que, según sus protagonistas, motivó su creación, esto es, abrir una discusión organizada entre todas las corrientes y organizaciones que se reclaman del trotskismo, con la finalidad de reconstruir la IV Internacional.

En verdad, la Conferencia ni siquiera reunió a las organizaciones del ex-Comité Paritario, pues previamente fueron expulsadas tres organizaciones de América Central (OST de Costa Rica, OSI de El Salvador, OSR de Panamá), que constituían lo más importante de una de las fracciones —la TLT. La razón de esta expulsión es que sostuvieron, entre otros planteamientos, que el CP debía convocar una real conferencia abierta, organizar una discusión amplia y democrática, y no desnaturalizarla con una reunión cerrada del CP, como lo impusieron el CORCI y la FB.

Se llegó al extremo de calificar a la Conferencia de "Abierta" por el hecho de que estaba presente un observador del SU (Secretariado Unificado); se llegó a afirmar que "por la primera vez en 30 años", "desde la explosión de la IV Internacional en 1951-53, nunca fue posible reunir todas las corrientes que se reclaman del trotskismo en una misma sala" (Informations Ouvrières, Nro. 981, 3/1/81). En varias ocasiones la "conferencia" se despenó por la pendiente de la demagogia barata, como en este caso. La impostura diplomática suplanta la caracterización política. Esto no impidió al observador del SU tratarlos casi como una banda de delincuentes políticos.

La cháchara alrededor del SU se debe, en realidad, a que el Comité Paritario, y ahora el Comité Internacional, se han constituido con el propósito de llegar a una unidad sin principios con el SU. "El Comité Internacional está dispuesto, en todo momento, a emprender con el SU las modalidades de preparación en común de un congreso mundial con vistas a la reunificación de la IV Internacional para su reconstrucción" (I.O. Nro. 981, 3/1/81).

El Comité Internacional, como se ve, se ha constituido con una metodología contraria a la del bolchevismo, y con una finalidad liquidacionista, pues procurar un acuerdo sin principios con el SU significa destruir el objetivo de reconstruir la IV Internacional, tarea que exige, prioritariamente, una profunda clarificación política.

El Comité Internacional está constituido, en lo básico, por dos organizaciones (la OCI, de Francia, y el PST, de Argentina) cuyo rasgo común fue el haberse ubicado, en las dos últimas décadas, en polos políticos formalmente opuestos: el sectario, el primero, el oportunista, el segundo. Para la OCI, por ejemplo, los movimientos nacionales de contenido burgués que se desarrollan en los países atrasados, forman un único bloque revolucionario con el imperialismo opresor. Para el PST, por el contrario, los partidos "democratizantes" de la gran burguesía de esos países, que tienden a actuar en concierto con el imperialismo (UDP boliviana, Robelo y Chamorro en Nicaragua, radicalismo y peronismo en Argentina) tienen un carácter progresivo, por lo que deben ser apoyados. Otro ejemplo es la caracterización que desarrolló cada uno sobre la etapa abierta con la reconstrucción económica de Europa, en el plano mundial; para la OCI se trataba de un período cuyo rasgo dominante era la destrucción absoluta de las fuerzas productivas, la imposibilidad de intentos democráticos formales por parte de la burguesía, sea la imperialista, o la semicolonial, y la definición de todas las clases fuera del proletariado como integrantes de una "masa reaccionaria"; para el PST, asistíamos al período de mayor progreso histórico de la humanidad, de gran perspectiva para los procesos democratizantes y de inmensas posibilidades para transformar a las direcciones pequeño burguesas en la dirección de la revolución socialista.

Esta reseña prueba hasta qué punto esta unificación sin delimitación política previa es una maniobra puramente burocrática, más que eso, una aberración. Lo que dominó las consideraciones del PST y de la OCI fue el hecho de que ninguno de los dos pudo obtener del SU el objetivo de aparato que era —para la OCI— absorber (unificación mediante) a la sección francesa del SU, y —para el PST— su control indisputado sobre las secciones latinoamericanas del SU. Así como la paz entre ciertos países se basa en que no tienen fronteras comunes, la asociación entre el PST y la OCI se debe a que, en sus países, no tienen organizaciones rivales (incidentalmente, esto se comprueba en las enormes dificultades que han tenido para unificar a sus secciones en Perú, Brasil y España).

Como es de imaginar, una unificación aberrante no puede dejar de reflejarse en las "tesis" que adornan esa unificación. El texto está presidido por dos preocupaciones: a) amalgamar las posiciones de los dos grupos —lo que resulta en una yuxtaposición escandalosamente contradictoria; b) hacerle la guerra al SU mediante una diferenciación y acusaciones indiscriminadas, que concluyen dejando al SU con una calidad teórica superior. El resultado de esto es un texto literariamente insopor-

table, y lo que es por supuesto más importante, ferozmente revisionista de las posiciones trotskistas. Lo que prueba que el oportunismo y el sectarismo son polos opuestos sólo superficialmente, y que en la realidad se engendran mutuamente, porque la línea que los preside es la preservación y el exitismo organizativo y no la inserción profunda en la lucha de clases de las masas explotadas.

En síntesis, estas "tesis" constituyen un documento teóricamente inservible pero políticamente valioso, porque permite ver a qué extremos de descomposición política conduce la ausencia de los principios revolucionarios y su sustitución por la maniobra organizativa.

Una "actualización" del Programa de transición

Los autores de las "tesis" son unos esmerados defensores de la "actualidad" y de la vigencia del Programa de transición. Lamentablemente, no encontraron mejor camino para demostrar esta devoción que enmendándole la plana a los planteos fundamentales del programa.

El planteamiento estratégico del documento parte de afirmar que el Programa de transición no acertó en prever el "más espectacular de los problemas" de la posguerra, a saber, que, como norma general y exclusiva "las direcciones pequeño burguesas, burocráticas y contrarrevolucionarias" se han visto obligadas a romper con la burguesía, expropiarla y tomar el poder. "Dicho de otro modo: en esta posguerra, la variante que Trotsky definió como 'altamente improbable' fue la única que se produjo" (Tesis I, pág. 7, ed. colombiana, en castellano). Para las Tesis, "esto (la ruptura con la burguesía) se convirtió en el hecho dominante en el curso y después de la Segunda Guerra Mundial..." (Tesis XII, pág. 25).

Es cierto que, en la posguerra, ninguna organización de la IV Internacional tomó el poder. Pero no es a esto a lo que se refieren las "tesis". Lo que éstas sostienen es que, en las condiciones revolucionarias excepcionales de las que habla el Programa de transición, la norma (y no la excepción resultante de una combinación de factores históricos) de conducta de los partidos pequeño-burgueses o pertenecientes a los aparatos stalinistas y reformistas, en la posguerra, fue romper con la burguesía y proceder a su expropiación. Si esto es cierto, estamos en presencia de dos novedades: 1) los partidos trotskistas no tienen viabilidad; 2) reformistas y stalinistas no están en el campo del orden burgués, sino en el de la revolución proletaria, con sus propios métodos.

Pero es evidente que constituye una deformación histórica afirmar que el "hecho dominante" de las últimas 4 décadas fue la ruptura del stalinismo, la socialdemocracia, etc., con la burguesía. En verdad, esas direcciones hicieron lo imposible por salvar al sistema imperialista antes, durante y después de la segunda guerra mundial. Este es el real rasgo central de la posguerra. El stalinismo, no sólo ahogó las revoluciones europeas en la década del 30 (Alemania, Francia, España), preparando la carnicería imperialista de la segunda guerra y poniendo en peligro al Estado obrero soviético, sino que durante la guerra y en la posguerra, ahogó las revoluciones en las metrópolis imperialistas (Francia, Italia, Grecia, etc.). Junto a las direcciones nacionalistas, pusieron un freno a las revoluciones en las colonias y semicolonias. Fue lo que aconteció en Egipto, Argelia, Angola, Bolivia, Indonesia y en innumerables países. En condiciones de una colosal presión revolucionaria, de dislocación del sistema capitalista mundial y de la dominación imperialista, estas direcciones jugaron todo su papel contrarrevolucionario.

Forma parte del carácter aberrante de estas tesis el hecho de yuxtaponer al planteo fundamental de que la variante "única" fue la revolución proletaria ejecutada por contrarrevolucionarios, la repetida afirmación, en otros lugares del texto, de que el stalinismo salvó al capitalismo mundial en la crisis revolucionaria de 1943-48. Cómo se reconcilia esto en la mente de los autores es un problema de ellos. Pero en las tesis esta conciliación se opera de una manera simple: allí donde la conclusión

es que la línea general del desarrollo político es la ruptura de los partidos contrarrevolucionarios con la burguesía, la caracterización del papel de conjunto de los aparatos mundiales contrarrevolucionarios no es mencionada; allí donde lo que se pretende es explicar la reconstrucción y el "boom" económico de la posguerra, lo que se omite es el papel jugado por las grandes revoluciones del período. Esta incoherencia metodológica tiene su explicación: las conclusiones están preestablecidas, con independencia de un análisis de conjunto. Esto explica el contrasentido de las conclusiones: que los partidos que se apoyan en las masas insurrectas serían contrarrevolucionarios y que las traiciones de la burocracia, y no el temor a la revolución, serían la causa del progreso económico y de las concesiones económicas a las masas en la posguerra. El resultado de este embrollo son las tesis perfectamente revisionistas fundadas en consideraciones aisladas.

Bien. No es, pues, extraño que las "tesis" del CI señalen que la perspectiva es que este tipo de direcciones dirijan los próximos procesos revolucionarios. Lo que esas direcciones no podrían hacer es implantar "la dictadura revolucionaria del proletariado", esto porque estarían condenadas a implantar estados obreros burocráticos. De este galimatías se desprende que la necesidad de partidos revolucionarios se plantea para la etapa de la revolución política, esto como norma general. En la lucha contra el capitalismo sólo podemos jugar como fuerza suplementaria, ya que las masas van hacia las organizaciones tradicionales que construyen Estados burocratizados. Se pretende demostrar la vigencia de la IV^o, pero se concluye demostrando su carácter prematuro. Se pretende hacer un aporte, pero se llega a la misma conclusión de Michel Pablo: hay, primero, un gran período de Estados burocráticos y el papel de los trotskistas no es dirigir sino impulsar.

Ahora bien, los acontecimientos de la posguerra demostraron que la existencia del partido revolucionario es necesaria para el derrocamiento de la burguesía. En primer lugar, porque debido a la inexistencia de los partidos e Internacional revolucionarios, el capitalismo pudo sobrevivir a las condiciones revolucionarias creadas desde la segunda guerra mundial. Ocultar esto, o sea la traición de stalinistas, socialdemócratas y nacionalistas durante los últimos 40 años, es ocultar la esencia de los problemas políticos del proletariado en la lucha contra el capitalismo, es decir, la crisis de dirección del proletariado. Al plantear que el proletariado necesita del partido revolucionario sólo para tomar el poder en los Estados burocráticos, el CI abandona la caracterización de contrarrevolucionarios de las direcciones stalinistas y socialdemócratas, pues, cualesquiera sean sus políticas reaccionarias presentes deberán oscilar hacia la ruptura con el capital ante situaciones excepcionalmente revolucionarias.

Pero en segundo lugar (y sobre esto nos extenderemos más adelante), la necesidad de partidos revolucionarios fue demostrada por las propias revoluciones victoriosas, como la cubana y la china, pues, en ambos casos, sus direcciones se enfrentaron o se apartaron de las orientaciones de los aparatos contrarrevolucionarios. Para llevar a la victoria a la revolución cubana el movimiento castrista tuvo que romper, en momentos decisivos, con los planteos del PC cubano (y sobrepasar su propio programa). Lo mismo ocurrió con la dirección maoísta, que se apoyó en las masas insurrectas contra el gobierno nacionalista, en lugar de pactar con éste contra aquéllas (como había planteado Stalin). La aproximación empírica exitosa de estas direcciones a la revolución, es la más contundente prueba de la necesidad de la construcción de partidos revolucionarios (no empíricos) concientes, es decir, basados en el programa de la IV^o, para luchar victoriosamente contra el capitalismo.

En un reciente artículo de crítica al CP, Ernest Mandel —dirigente del SU— sostiene que la llamada variante improbable del Programa de transición sólo es posible en los países atrasados donde la burguesía es débil, donde se encuentra en un estado de descomposición social avanzado, y donde el proletariado es minoritario y poco concentrado. Esto, según Mandel, explicaría la victoria de las revoluciones yugoslava, china,

cubana y vietnamita, con direcciones de origen stalinista o pequeño burgués, pero que no podría repetirse en los países imperialistas o en los países semicolonias con una burguesía y un proletariado fuertemente estructurados (E. Mandel, "Quatrième Internationale" Nro. 2, octubre-diciembre 1980).

Mandel transforma a la variante histórica "altamente improbable" de Trotsky, en una variante altamente probable para los "países débiles" y en una imposible para los "fuertes". En el primer caso, Mandel coincide con el CI y abre, con ello, ilimitadas esperanzas no sólo en el nacionalismo pequeño burgués, sino también en el stalinismo de los "países débiles". La variante "altamente improbable" deja de ser una mera posibilidad que recubre a las más diversas naciones y se transforma en un número ilimitado de variantes específicas casi seguras. Pero es justamente en los "países débiles" donde la historia de la posguerra ha confirmado con mayor frecuencia que el nacionalismo de contenido burgués y el stalinismo son incapaces de llevar la revolución a su completa victoria (¡Bolivia! ¡Argelia! ¡Irán! ¡Zimbabue! ¡Egipto! ¡Guatemala!). Más todavía, no existe ningún caso de una dirección pequeño burguesa o stalinista que haya derrocado a la burguesía como una reacción circunstancial ante presiones poderosas, pero con el objetivo de mantenerse en el terreno de la propiedad privada, que es el tipo de variante excepcional que examina el Programa de transición —y en la que se tiene en cuenta la propuesta de Lenin a los mencheviques de que tomen el poder, en 1917, así como la posibilidad de gobierno obrero que se dio en Alemania en 1920— entre las dos fracciones socialdemócratas, el PC y la Central Obrera. Lo que ha ocurrido en China y Cuba, por ejemplo, no fue una ruptura circunstancial de sus direcciones con la estrategia y el programa del stalinismo, en el primer caso, y con la pequeña burguesía como clase, en el segundo, pues se empeñaron en un curso de revolución permanente en el plano nacional y, hasta cierto punto, en el internacional. Esta evolución supera por completo el problema que le puede plantear a la pequeña burguesía la debilidad de la clase de los explotadores nativos, y que puede resultar en una serie más o menos extendida de nacionalizaciones, en la amplitud de la reforma agraria, o en la participación obrera en la gestión estatal. La expropiación del capital apoyándose en las masas insurrectas es otra cosa, pues toca a la realización de un aspecto fundamental del programa bolchevique-trotskista y plantea de un modo abierto los problemas de la superación de la crisis de dirección del proletariado. La acusación fundamental que dirigimos, en este terreno, contra los revisionistas de la dirección de la IV^o, desde 1948, es haber capitulado vergonzosamente ante el nacionalismo burgués, mediante la política del "apoyo crítico", y el haberse adaptado ante el maoísmo y el castrismo, renunciando a la lucha por el programa de la IV^o que se planteaba en esas revoluciones, justificando todas las inconsecuencias de esas direcciones, incluidos los compromisos de carácter contrarrevolucionario con la burocracia del Kremlin. La IV Internacional debe defender resueltamente a los gobiernos obrero-campesinos estructurados a partir de la ruptura de los partidos tradicionales con la burguesía, frente a la agresión local o imperialista. Pero no puede identificarse o apoyarlos políticamente sin comprometer las perspectivas de la IV^o y de la revolución en el país y mundial. Un viraje empírico de partidos de origen extraño al proletariado revolucionario conciente es enormemente progresivo, pero se trata sólo de un viraje, no de la asimilación conciente de la estrategia de la revolución permanente, y este hecho elemental, es un factor que compromete el porvenir de la revolución.

La afirmación de Mandel de que en los países "fuertes" debe excluirse por completo la posibilidad de gobiernos de partidos stalinistas o reformistas circunstancialmente independientes de la burguesía, no se funda en ningún argumento serio. Esta posibilidad no depende de la estructura social del país sino de factores políticos específicos. La variante que contempla el Programa de transición ya había sido señalada en el 30 Congreso de la III^o Internacional, y estaba precisamente referida a Europa. Mandel tira por la borda la caracterización de los

partidos tradicionales como obrero-burgueses u obrero-contrarrevolucionarios, es decir, partidos que por su programa y dirección son enemigos de la revolución, pero que deben esforzarse por mantenerse en el terreno de las luchas prácticas de la clase obrera. Si se reconoce esta contradicción se deduce la posibilidad, "altamente improbable", de que se vean forzados a tomar el poder en condiciones de ascenso revolucionario de masas. Esta eventualidad no disminuye, sino que refuerza, la necesidad de partidos trotskistas, para que tal hecho se convierta en un breve episodio en el camino hacia la dictadura del proletariado. Detrás del "revolucionarismo" de Mandel con relación a los partidos tradicionales de los países "fuertes", se esconde el abandono de la política de trabajar entre las masas obreras que siguen mayoritariamente a esos partidos, lo que el SU sustituyó por la formación de "nuevas vanguardias" con la ultraizquierda -dentro de las cuales los trotskistas no debíamos hacer cuestión de nuestra "etiqueta" (como llamó al programa y banderas de la IVO).

Por una vía extremadamente tortuosa, las tesis del Comité Internacional entroncan con las viejas posiciones de la corriente morenista. Donde ahora se dice que la línea general del desarrollo político conduce a revoluciones dirigidas por partidos contrarrevolucionarios que ponen en pie Estados burocráticos, tiempo atrás se decía: "Cualquier país, cualquier clase brutalmente explotada puede, por el programa y el método de la revolución permanente, plantearse la acumulación primitiva socialista y adquirir el desarrollo económico, cultural y técnico moderno" (N. Moreno, la Revolución Latinoamericana, pág. 76). Como corolario se agregaba que "...así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución proletaria, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos: no sólo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos y organizaciones democráticas o agrarias" (ídem, pág. 77). La problemática es la misma: la línea general es que la revolución socialista es tarea de otras clases y partidos, lo único que está cambiado es el énfasis moral, ya que anteriormente se hacía la apología y seguidismo de esos sectores en lugar en que hoy se les pone el sanbenito de "contrarrevolucionarios".

Las "tesis" sostienen claramente que no es necesario el partido revolucionario en la lucha contra la burguesía; "el ascenso revolucionario es tan grande que la burguesía puede ser expropiada sin partido revolucionario" (Tesis XII, pág. 26) (¿y qué es esto sino puro posadismo?). Las condiciones de tipo especial señaladas por el Programa de transición se convierten aquí en norma internacional ("el ascenso revolucionario"). Pero si esas direcciones pueden llegar a expropiar a la burguesía mundial: ¿En qué se apoyarán sus burócratas una vez que haya sido eliminada la presión imperialista? Por esta vía vamos al Estado revolucionario pleno. En el casi millón de espacios de las "tesis" se dedica, con todo, un renglón a decir que el CI no cree que los contrarrevolucionarios expropian a toda la burguesía mundial. ¿Pero qué mejor que esta salvedad para demostrar que a eso conduce todo el planteamiento del CI?

Repetimos que, con estas posiciones, el CI retoma enteramente las tesis fundamentales del pablismo. El llamado pablismo, corriente que conquistó la dirección de la IVO a fines de la década del 40 y que sigue hoy a la cabeza del SU, fue el primero en sostener que la expropiación del capitalismo en Europa del Este y la revolución yugoslava planteaban una nueva línea de desarrollo de la revolución mundial. El stalinismo se habría transformado, a pesar suyo, en un factor revolucionario -esa sería su tendencia- porque se orientaba a la formación de Estados Obreros. Entre el capitalismo y el socialismo, se abría un período histórico caracterizado por la fuerza revolucionaria del stalinismo, que daría lugar, sin embargo, dado su carácter burocrático, a Estados obreros deformados. El rol de los trotskistas quedaba así relegado a la etapa posderrocamiento del capitalismo para implementar o convertir los Estados obreros deformados en revolucionarios.

Exactamente es lo que afirma ahora el Comité Interna-

cional, al sostener que los partidos revolucionarios trotskistas están reservados para la lucha por la "dictadura revolucionaria del proletariado" y que las tareas del derrocamiento del capitalismo serían cumplidas por el stalinismo, la socialdemocracia y el nacionalismo.

Las revoluciones fabricadas por el stalinismo y el imperialismo

Si la norma no fue la ruptura de las direcciones llamadas tradicionales con la burguesía, lo que sí es redondamente cierto es que en Cuba, Yugoslavia, China y Vietnam direcciones de origen pequeño burgués o stalinista acaudillaron gigantescas revoluciones que expropiaron al capital.

Para las "tesis", en estos casos no estamos en presencia de revoluciones sino de lo contrario, de un arreglo contrarrevolucionario del stalinismo con el imperialismo. "El imperialismo se impuso, con la ayuda del stalinismo, reestablecer el funcionamiento de la economía capitalista en los países imperialistas. El stalinismo se concentró sobre los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial, allí donde la crisis era más aguda; allí donde la actividad revolucionaria de las masas era mayor, en los países limítrofes del Este y en China, para frenar o aplastar la movilización independiente y revolucionaria de las masas... Así, a escala mundial, la expropiación del capitalismo en los países del Este de Europa, China y Yugoslavia, Corea y Vietnam del Norte aparece como el resultado de una combinación inesperada en el marco de la crisis más importante del sistema imperialista mundial, de una concesión forzada del imperialismo a la burocracia contrarrevolucionaria stalinista para poder restablecer el capitalismo en Japón y en Europa Occidental, con la ayuda de esa misma burocracia..." (Tesis IX, pág. 18). En síntesis, la revolución china no aplastó al imperialismo sino a las masas, y su victoria ayudó a restablecer el capitalismo en Japón. Si se aplica el mismo método a Cuba se concluye que fortaleció al imperialismo norteamericano. (Los autores de las "tesis" parecen creer que decir un disparate es hacer gala de dialéctica... salvo que se refieran a la dialéctica del disparate). Las "tesis" olvidan que si es cierto que la burocracia del Kremlin intentó frenar esas revoluciones, fracasó -por eso el triunfo de la revolución china fue una derrota política para Moscú. Para el CI, hay que concluir, la derrota del imperialismo yanqui en Vietnam fue una concesión forzada de Washington a Moscú.

Aquí tenemos otra característica común al pablismo, quien había reemplazado la categoría de la lucha de clases mundial por la del enfrentamiento entre los campos imperialista y "socialista". Era esta última la contradicción decisiva -la lucha de las masas sólo servía como punto adicional de apoyo para la burocracia de Moscú. Todo el esfuerzo de Moscú y Washington por salvar a Chiang, en China, y a Thieu, en Vietnam, es pasado por alto. La burocracia rusa arranca, con la "ayuda" de las masas, una "concesión forzada" al imperialismo yanqui.

Según la interpretación que las "tesis" hacen de la posguerra, la burocracia de la URSS intercambió China, digamos, por Italia y también por Francia, o quizás por Japón. (¿Y a Cuba, se la apropió a cambio de qué?). Aquí tenemos lo que se podría llamar la concepción "manijera" de la historia, donde las revoluciones se intercambian como figuritas. No, la burocracia rusa estuvo contra la revolución china como contra la italiana y la francesa, y la desigualdad de los resultados se debió, entre otros factores, a que la implantación de los agentes del Kremlin en el partido chino no tenía, ni de lejos, la envergadura que la existente a la cabeza del PCI o del PCF.

Las "tesis" se pierden en delirantes razonamientos y concluyen minimizando el papel del stalinismo en Europa. ¿Qué es eso de que el stalinismo se "concentró" sobre China ("eslabón débil") y no en Italia? Es exactamente al revés, fue en Italia que logró hacer abortar la revolución y no en China. El Plan Marshall, eje de la reconstrucción económica de Europa, no fue una respuesta a la traición burocrática sino, precisamente, el temor a la revolución proletaria en el viejo continente

(1948). En tanto que un ataque indirecto a los Estados Obreros, llevó a la burocracia a ejecutar la expropiación del capital en los países ocupados militarmente. El CI planea en las nubes, escribe "tesis", pero no se digna a echarle siquiera una ojeada a la realidad.

Uno de los ejes centrales de nuestra polémica de años contra la OCI francesa fue señalar que no se sabían ubicar en el abc de la lucha de clases, esto es, "distinguir la revolución de la contrarrevolución" (Ver "Destrocemos la provocación de Just y Lambert", edic. PO, febrero de 1979, por Rafael Santos).

En esto caen las "tesis" del CI, que ubica a los grandes triunfos revolucionarios como inmensas tragedias del proletariado mundial.

Deliberadamente, las "tesis" equiparan la expropiación del capitalismo en los países de Europa Oriental, que fue ejecutada mediante una virtual anexión militar de esos países por la burocracia del Kremlin, con la de China, Yugoslavia, Cuba y Vietnam, que fueron el resultado de una victoria revolucionaria. En el primer caso se trató de una acción defensiva de la burocracia rusa frente al imperialismo, llevada adelante con métodos burocrático-militares, es decir violando simultáneamente los derechos políticos de las masas y la autodeterminación de las naciones ocupadas. Fue una medida revolucionaria con métodos contrarrevolucionarios. A escala mundial, europea y de los propios países ocupados, la política del Kremlin fue de desmoralización política de la clase obrera. Luego del "golpe" de 1948 en Checoslovaquia, por ejemplo, el partido comunista italiano sufrió el mayor retroceso electoral desde 1946.

Las victorias de las revoluciones china, cubana o vietnamita, por el contrario, fueron un factor de impulso de la lucha de clases mundial. La expropiación del capital se realizó por la presión imparable de las masas.

Es cierto que existen rasgos comunes entre China, por ejemplo y Europa Oriental. Tampoco en este último caso la burocracia rusa se planteó, originalmente, la expropiación del capital, a la cual fue llevada por toda la crisis revolucionaria heredada de la debacle de los regímenes hitleristas. De otro lado, las medidas de expropiación del capital en China, fueron efectuadas cuando el nuevo Estado ya había conseguido un cierto grado de centralización burocrática y militar. Por lo demás, esto mismo ya había ocurrido en Rusia en 1918, pues las primeras expropiaciones se dieron por parte de un Estado con un relativo grado de deformaciones burocráticas. En un sentido extremadamente general, las revoluciones rusa y china, así como la anexión militar-burocrática de Georgia por el ejército rojo de los bolcheviques y la ocupación de Europa Oriental por el stalinismo, tienen el rasgo común de extender el área geográfica de la revolución mundial. Pero la analogía cesa aquí, pues la lucha revolucionaria se distingue de la acción burocrático-militar, en el hecho de que transforma la conciencia revolucionaria del proletariado mundial, que es el único factor histórico que puede acabar con la explotación capitalista y con la explotación del hombre por el hombre.

Treinta años después de la revolución china, los autores de las "tesis" no han comprendido que la IVO Internacional se construirá junto a las masas revolucionarias, a partir de la experiencia de éstas, mostrando en la práctica la validez del programa trotskista, y no condenando en bloque la insurrección de millones de seres humanos, para preservar su propia verdad sectaria y su propia personalidad de grupejo mesiánico. Una de las mayores contradicciones de la crisis mundial posterior a la segunda guerra es que, salvo dos o tres excepciones, los únicos que se reclaman del gran programa de la IVO son un conjunto de grupejos sin principios ni destino.

Revoluciones proletarias que son burguesas y viceversa

Todos los sectarios que han sido paridos en las filas de la IV Internacional desde la muerte de Trotsky, han buscado justificar la necesidad del partido bolchevique-trotskista, no como el resultado de las propias tendencias del proletariado, de su vanguardia y de la lucha moderna de clases en su conjunto

-sino por consideraciones subjetivas y especulaciones metafísicas. Esto es la consecuencia aberrante del hecho de que durante más de un cuarto de siglo las organizaciones que se reclaman del trotskismo no hayan "hecho la revolución" en ningún lado y de que tampoco hayan logrado insertarse en el seno del proletariado de ningún país.

El Comité Internacional no se hace al respecto ningún problema. A la pregunta de por qué la notable falta de éxito del trotskismo, el CI responde: no hay en todo esto ninguna anomalía, contradicción o irregularidad; todavía no se produjo en el mundo la revolución que nos toque dirigir; con posterioridad a 1917 sólo hubieron revoluciones de "febrero", y, como se sabe, los bolcheviques dirigen sólo revoluciones de "octubre". ¡El que dude de la capacidad de los "trotskistas" comete un enorme error semántico! No hay problema, no hay contradicción, porque ni el uno, ni el otro, existen. En lugar de la resolución práctica de los conflictos terrenales de la revolución, el CI nos propone una nueva interpretación de los hechos.

Ahora bien, ¿qué es la revolución de febrero? Según los autores de las Tesis, "febrero es una revolución obrera que enfrenta a los explotadores imperialistas, burgueses y terratenientes ligados a la burguesía. Desmantela (sic) el aparato de estado burgués sin todavía destruirlo (sic) o reemplazarlo... la diferencia entre febrero y octubre reside en el factor subjetivo. En resumen, la revolución de febrero es inconcientemente socialista, mientras que la de octubre lo es concientemente" (Tesis XII, pág. 25).

La burrada que está dicha aquí sirve para medir el intelecto de sus autores. La diferencia entre febrero y octubre no es subjetiva sino objetiva; febrero dio lugar a un régimen burgués operando en condiciones de doble poder, octubre dio lugar a un régimen proletario. Entre uno y otro hay una diferencia de régimen político y no una diferencia de política o de gobierno dentro del mismo régimen. ¡La revolución subjetiva que se opera en el proletariado entre febrero y octubre no quiere decir que estos dos acontecimientos históricos se diferencien subjetivamente! Por otro lado, si febrero se caracteriza -según ellos mismos- por no destruir el estado burgués, ¿cómo pueden caracterizar de febrero a las revoluciones cubana, china, vietnamita, yugoslava, que sí lo destruyeron!!

La característica de febrero es que, a pesar de los métodos de movilización proletarios (surgimiento de los soviets), "ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y organización" (Lenin, Tesis de Abril). El rasgo principal de Octubre, en cambio, es que el proletariado desaloja del poder a la burguesía.

Lenin es claro al respecto. "En el país está madurando claramente una nueva revolución, -dice en septiembre de 1917- una revolución de otras clases (en comparación con las que realizaron la revolución contra el zarismo). Entonces fue una revolución del proletariado, el campesinado y la burguesía, aliada al capital financiero anglofrancés, contra el zarismo.

"Ahora está madurando una revolución del proletariado y de la mayoría del campesinado -exactamente de los campesinos pobres- contra la burguesía, contra su aliado (el capital financiero anglo-francés) y contra su máquina gubernamental, encabezada por el bonapartista Kerenski" (subrayado del autor, del Diario de un publicista, Lenin, 22/9/1917). La revolución de febrero es una revolución burguesa, la de octubre es proletaria.

La razón de esta peculiar combinación de clases en la revolución de febrero se debió a que si bien el proletariado estaba profundamente interesado en la liquidación del zarismo, no sólo lo mismo ocurría con la pequeña burguesía agraria sino que la propia burguesía necesitaba desembarazarse de la autocracia. Trotsky señaló que Febrero fue una revolución burguesa que, por haberse producido históricamente tarde y por sus contradicciones (sobre todo la dualidad de poderes), debía, dar paso ya sea a la revolución proletaria o a la consolidación contrarrevolucionaria de la burguesía ("Lecciones de Octubre"). La revolución de febrero es, por lo tanto, a la vez, la introducción a la revolución de octubre y su negación.

La idea de que el febrero ruso fue una revolución proletaria contra todas las demás clases, y en especial contra la burguesía, es un puro invento del CI. Si la burguesía y pequeño burguesía se hubiesen alineado con la contrarrevolución en febrero, el proletariado nunca le hubiera podido ceder el poder.

Las "tesis" sostienen que "todas las revoluciones actuales son socialistas por el enemigo que enfrentan: la burguesía y su aparato de estado..." (Tesis XII, pág. 26).

Con esto asimilan las revoluciones en los países imperiales a las de los coloniales. De un plumazo, las tesis de la revolución permanente se esfuman. Ni qué hablar de la relación entre la lucha contra el imperialismo y la revolución proletaria.

El punto de partida del movimiento revolucionario en los países atrasados no es el choque con la burguesía nativa sino la lucha contra el imperialismo y la reacción nativa. La revolución no debuta como un movimiento puro del proletariado contra la burguesía: fracciones de la burguesía coquetean con la revolución y buscan llevar la revolución a sus fines. Fue lo que Lenin y Trotsky señalaron respecto al "febrero" ruso; fue lo que aconteció en enero de 1959 en Cuba; ahora en Nicaragua. La incapacidad de la burguesía o pequeño burguesía obliga al proletariado a ponerse a la cabeza de la revolución y transformarla en socialista. En esto consiste la permanencia de la revolución: se transforma de democrática en socialista o, dicho de otro modo, los objetivos de la democracia plantean la revolución proletaria. El carácter socialista de la revolución se distingue por la clase social, el proletariado, capaz de realizar los fines democráticos de la revolución combinándolos con los socialistas.

Las "tesis" dicen que "retomando a Hegel y a Marx" las revoluciones de febrero son socialistas "en sí", mientras que la de octubre de 1917 "lo es para sí" (Tesis XII, pág. 25).

Las revoluciones socialistas "en sí" no existen. Como clase "en sí" el proletariado no se representa a sí mismo sino que se hace representar por otra clase, efectiva o potencialmente hostil. Pero la revolución socialista significa que el proletariado asume el destino histórico en sus manos. En febrero, el proletariado ruso se sometió a otras clases y por eso no hubo allí ninguna clase de revolución socialista, ni en sí ni para sí, ni consciente, ni inconsciente.

Las "tesis" afirman que revoluciones como las de febrero son una antesala a las de octubre. Falso. Pueden ser también la antesala de la contrarrevolución.

El febrero alemán (noviembre 1918) no introdujo a octubre sino a la contrarrevolución democrática, primero (invierno de 1919), y a la fascista, después (invierno de 1933). (Idem en Bolivia, cuyo febrero se produjo en marzo de 1952).

La diferencia fundamental entre el febrero ruso y las revoluciones china y cubana es que el primero dio lugar a un régimen burgués, las otras dos a Estados obreros. La analogía de Cuba y China es con el octubre ruso, no con el febrero. Si en China y Cuba triunfó una revolución de febrero, entonces sus regímenes políticos son burgueses.

Si se examina la revolución cubana se puede ver que ésta tuvo también su febrero y su octubre. En enero de 1959, un gobierno de coalición con la burguesía cubana se hace cargo del poder. En octubre la coalición se destruye. El gobierno revolucionario que emerge de esta situación es independiente de la burguesía y está apoyado en las masas armadas. Si el octubre cubano no requirió, como en Rusia, una segunda revolución, ello se debió a que la lucha política en el seno de la dirección pequeño burguesa revolucionaria se resolvió en favor del ala dispuesta a llevar hasta el final la ruptura con la burguesía. Esta posibilidad de que la segunda revolución fuese pacífica fue prevista por Lenin, quien en agosto-setiembre de 1917 exhortó a los mencheviques a romper con la burguesía y tomar el poder.

Las "tesis" afirman que la revolución nicaragüense "abrió objetivamente posibilidades de una nueva Cuba en Centroamérica" (pág. 21).

Ahora bien. Si la revolución nicaragüense fue, según el CI, una revolución de "febrero", "inconscientemente socialista", y lo mismo fue la revolución cubana, lo que nos están di-

ciendo aquí es la burrada de que una revolución de "febrero" podría transformarse en una... revolución de "febrero". Nicaragua puede evolucionar, sí, hacia una nueva Cuba, o sea transformarse en Octubre por medio de la ruptura con la coalición burguesa y la expropiación del capital.

El CI comete el fantástico error de afirmar que el rasgo esencial de la revolución proletaria es la existencia de soviets. Trotsky ya había denunciado este "fetichismo" en relación a la revolución alemana (1923), donde los soviets estaban ausentes y la clase obrera se organizaba en comités de fábrica. En Bolivia (1952) el doble poder obrero estaba representado por los sindicatos y las milicias. El desarrollo de los soviets es un indicador del desarrollo alcanzado por la revolución proletaria en un país respecto a la de otro. Pero lo que define el carácter de la revolución es el régimen que engendra. El Estado obrero de Lenin y Trotsky no dejó de serlo cuando los soviets dejaron de desarrollarse, se paralizaron, y el poder político quedó en manos del aparato del PC, con el auxilio del ejército rojo.

La victoria de la revolución en China, Cuba, Vietnam consistió precisamente en que no concluyeron en sus febreros; de haber sido así hoy estaríamos hablando, no de la revolución china sino de la contrarrevolución china.

Para las "tesis", revoluciones como la china y la cubana... "son abortos"! Tiene "algunas características del ser que no nació, como la expropiación de la burguesía..." (págs. 47-48). ¡Esto es extraordinario! ¡Algunos rasgos, la destrucción del capital! Los personajes que engendraron el aborto de estas "tesis" parecen no saber que entre un ser humano y un aborto la diferencia está en que uno vive y el otro no. ¡Y las revoluciones china y cubana viven!

Las revoluciones dirigidas por... contrarrevolucionarios

"La acusación capital que la IV Internacional lanza contra las organizaciones tradicionales del proletariado es que no quieren separarse del semi-cadáver político de la burguesía", señala el Programa de transición (capítulo "el gobierno obrero y campesino").

Si ésta es la acusación capital del trotskismo, cómo caracterizar a las direcciones que han roto con la burguesía, tomaron el poder y, más, consumaron la expropiación del capital.

Para la secta bautizada Comité Internacional nada cambia: si no rompen con la burguesía son contrarrevolucionarios; si expropiaron a la burguesía también. Existirían de esta manera, dos clases de stalinismo, un stalinismo que se esfuerza por mantener el orden existente a nivel mundial y en cada país, y otro que destruye este orden existente, por lo menos en su propio cuadro nacional.

Aquí se cometen errores de diversos órdenes, que la propia dirección actual de la OCI ya había refutado en el pasado (ver los trabajos de Pierre Broué sobre la revolución cultural china).

Primero. El stalinismo es un accidente histórico único, que consiste en esto: el sometimiento del aparato de la III Internacional y de cada uno de los partidos comunistas a los intereses propios, de casta, nacionalistas, de la burocracia rusa. Desde el momento que algún partido comunista deja de someterse a esos intereses, y contra ellos dirige la revolución en un determinado país, aunque no haya roto formalmente con el Kremlin, deja de ser un partido stalinista en el sentido estricto del término. Sea que se encuentre obligado a defender su propia revolución contra el imperialismo, independientemente de los intereses de la burocracia rusa; sea que se logre constituir en burocracia nacional con intereses propios; tales partidos comunistas dejan de tener la característica básica de los partidos comunistas, a saber, su sometimiento incondicional a la burocracia rusa. La aparición de un fenómeno de este tipo plantea, formalmente, el comienzo de la disgregación del aparato stalinista internacional.

Segundo. La burocratización de un nuevo Estado obrero no significa que se stalinice, esto porque carece de aquella ca-

racterística fundamental del stalinismo, que es el sometimiento de todo un sector del proletariado mundial, aquél identificado con la Revolución de Octubre de 1917, a la casta social usurpadora rusa. Una política de coexistencia pacífica de esta nueva burocracia estaría mutilada desde el comienzo, ya que carecería de instrumentos en cada país, y en especial en los países desarrollados, para imponer una política de conciliación de clases.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués en el poder puede ir muy lejos en sus acuerdos con la burocracia rusa, pero esto no significa identidad de intereses, sino compromisos temporales —más o menos prolongados. De lo contrario habría que considerar que la burocracia rusa no es una casta chauvinista sino "internacionalista".

Como se puede apreciar, las consecuencias de una correcta caracterización son muy amplias para la política mundial. En la superficie, la victoria de una revolución dirigida por un partido de origen stalinista puede prestigiar al aparato stalinista internacional. Pero en la medida que es un factor de destrucción de la coexistencia pactada por el Kremlin y el imperialismo, y en la medida que refuerza el espíritu revolucionario de las masas, incluso de las que siguen a los stalinistas, se coloca en la línea del hundimiento del aparato contrarrevolucionario a las órdenes de Moscú.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués que toma el poder y expropia a la burguesía no es un partido proletario revolucionario, aunque haya actuado revolucionariamente. Por su programa y tradición continúa poniendo una muralla entre la revolución en un país y la revolución mundial; por su burocratismo tiende a bloquear la gestión obrera y el gobierno obrero por la centralización burocrático-militar. Lo que resulta de aquí es un partido centrista de origen stalinista que oscila entre las presiones de la revolución, de un lado, y del imperialismo y el Kremlin del otro. Que concluya con compromisos más o menos estables con éstos, o con uno de los dos, dependerá de la evolución de la lucha de clases en el plano nacional y mundial.

El CI cree, suponemos, que está defendiendo la "ortodoxia" trotskista al meter en la misma bolsa a los PCs verdugos de la revolución en sus países (Italia, Francia, etc.) y a aquéllos que la llevaron a la victoria. La etiqueta de stalinistas seguirá en pie. Pero lo que hacen en realidad es sostener que un partido fiel a la estrategia stalinista puede llevar a la victoria de la revolución. Y esto es una concesión histórica a los enemigos del proletariado mundial y una completa revisión del programa trotskista.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués que se pone a la cabeza de las masas insurrectas, tampoco podría ser caracterizado de contrarrevolucionario "nacional". En eso podrá transformarse en el futuro, si el reflujo de las masas en el país y el aislamiento de la revolución se mantienen por tiempo prolongado. Calificar de contrarrevolucionaria a una corriente que rompe con el imperialismo y, empíricamente, con la estrategia del stalinismo, y que se apoya en las masas revolucionadas, es quitarle a las palabras todo sentido.

El CI quiere conservar la vigencia del trotskismo y de la IV, no recurriendo a las lecciones de la historia, que demuestran que la victoria de la revolución sólo es posible rompiendo con la burguesía y la conciliación de clases (y que esta victoria es tanto más amplia y segura si el partido que la dirige ha elaborado conscientemente este programa y esta estrategia) sino negando esas lecciones, y macaneando sobre la experiencia revolucionaria de millones de hombres. ¿Qué se puede construir sobre estas bases? La tarea de la IV Internacional no es defender el programa como el evangelio, sino como una vía segura hacia las grandes masas, el proletariado en primer lugar. Que el evangelismo engendra, muchas veces, o encubre la corrupción y el oportunismo está probado por toda la historia de la Iglesia, así como por la del PST y la OCI.

En un esfuerzo supremo de "generalización" el CI afirma que "todas las direcciones burocráticas o pequeño burguesas, izquierdistas, nacionalistas, socialdemócratas y stalinistas, sir-

ven históricamente —de manera directa o indirecta— a la contrarrevolución imperialista". "Las direcciones pequeño burguesas, incluso las stalinistas, son irreversibles para la revolución" (Tesis II; pág. 8 y 9).

Castro, expropiando a la burguesía, Perón, organizando las triple A, Noske ahogando en sangre la revolución alemana, Mao y Chiang Kai Shek, el FSLN serían todos agencias de la contrarrevolución. Esta locura no es nueva. Por ejemplo, la OCI francesa compartió en la década del 60 un Comité Internacional con Healy, para quien Fidel Castro era un Chiang Kai Shek; Moreno, entonces metido en el peronismo, caracterizó a la revolución cubana de otra "libertadora" (golpe contrarrevolucionario de 1955 contra Perón), y a Castro de otro Aramburu.

De todo esto se desprende que, para el CI, la única clase revolucionaria es el proletariado y, el único partido revolucionario aquél que se reivindique como trotskista. Lamentablemente para el CI, esto no es así. El proletariado es la única clase consecuentemente revolucionaria, o revolucionaria hasta el fin. El partido bolchevique-trotskista debe ser la expresión consciente y dirigente de este proletariado. Pero la pequeña burguesía también puede ser revolucionaria cuando se levanta contra la opresión nacional y se apoya en los desposeídos del campo. No es consecuentemente revolucionaria o hasta el fin; es democrática nacionalista revolucionaria. De los distintos movimientos propios de la pequeña burguesía, incluido el fascismo, se destaca también el jacobino o revolucionario. Lenin decía en el 2º Congreso de la III Internacional que "nosotros, como comunistas, sólo debemos apoyar y sólo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios..." Y se cuidó de insistir en lo siguiente:

"No se puede pues limitarse a reconocer o a proclamar el acercamiento de los trabajadores de todos los países. Es necesario además perseguir la realización de la unión la más estrecha de todos los movimientos emancipadores nacionales y coloniales con la Rusia de los Soviets, dándole a esta unión formas correspondientes al grado de evolución del movimiento proletario entre el proletariado de cada país, o del movimiento emancipador democrático-burgués entre los obreros y los campesinos de los países atrasados o de las nacionalidades oprimidas" (idem, Tesis 6, II Congreso de la IC).

Esto es el abc. Pero ¿Podemos pedirle al CI que distinga los colores del arcoiris cuando ni logra hacerle con el blanco y el negro, con la revolución y la contrarrevolución?

El "26 de julio" de Castro y Guevara fue un típico movimiento revolucionario de emancipación nacional. Contrarrevolucionario era Batista. Moreno, en su momento, apoyó a este último, pues decía que era antiyanqui debido a que, supuestamente, había pedido un mayor precio por el azúcar que vendía en los EEUU. Luego apoyó lo peor del castrismo, el foquismo y los brazos armados de la OLAS. (Estos últimos, según nuestro "ortodoxo" superaban la necesidad de construir partidos obreros revolucionarios). La OCI no sólo apoyó, en Argelia, a la fracción nacionalista que capituló ante De Gaulle, sino que excluyó del partido a los dirigentes que se opusieron a ello. De todo esto, las "tesis", ni sombra de autocritica. En lugar de estudiar de su propia experiencia, el CI pretende enseñar lo que no ha digerido ni asimilado.

Para el CI, "el carácter obrero de estos estados (China, Cuba, etc.) debe ser puesto enteramente en la cuenta de la actividad revolucionaria de las masas..." (Tesis IX, pág. 18) o, que surgieron debido "al colosal ascenso de la posguerra en los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial" (idem). Detrás de esta tautología se esconde un formidable "blanqueo" del stalinismo mundial. Si todo se explica por el "colosal ascenso" en "los eslabones más débiles", se infiere que en los principales países europeos las revoluciones no triunfaron, no por el rol traidor de la socialdemocracia y el stalinismo, sino porque el ascenso no fue lo suficientemente "colosal" o por la insuficiencia de la movilización de las masas. El ascenso de las masas no habría sido lo suficientemente fuerte en estos países para llevar a las direcciones tradicionales a romper, como "ha-

bría" acontecido en los eslabones débiles. La responsabilidad del stalinismo queda salvada. No fue en el ascenso pasado (débil), lo será en el futuro (más fuerte).

¿Qué es esto sino la dialéctica del sectarismo y la capitulación, engendrándose el uno al otro?

El CI defiende la teoría de la "masa reaccionaria única"

Todas estas posiciones se emparentan con las de Lasalle, quien consideraba a todas las clases —frente al proletariado— como "una masa reaccionaria". Para el CI todas las direcciones pequeño burguesas, centristas, burocráticas, nacionalistas, son agencias del imperialismo. También "la burguesía nacional, en los países semicoloniales sigue siendo fundamentalmente un agente del imperialismo en las fronteras nacionales, aún cuando en un momento dado pueda tener fricciones profundas..." (tesis XVI, pág. 33). Las "tesis", además, ponen al foquismo y a la guerra de guerrillas en un mismo saco y dicen que "tanto las direcciones guerrilleras oportunistas como la pretendida 'vanguardia' guerrillera que lucha contra ella son contrarrevolucionarias, independientemente de las intenciones de los que la componen" (pág. 38) (esto después de decir la insensatez de que la movilización guerrillera es una "guerra civil proletaria" a pesar de su naturaleza agraria).

Marx criticó a Lasalle por poner un signo igual entre la burguesía liberal y la nobleza, incluso considerando los profundos lazos que entonces unían a ésta con la burguesía. A Marx no se le escapaba que ese signo igual equivalía a una neutralidad ante la nobleza, en los casos de choques entre ésta y la burguesía. Dice Marx: "la burguesía es aquí (en el Manifiesto Comunista) considerada como una clase revolucionaria —en tanto es el agente de la gran industria— frente a los feudales y las clases medias resueltas a mantener todas las posiciones que son el producto de modos de producción perimidos. Feudales y clases medias no forman entonces con la burguesía una misma masa reaccionaria. De otro lado, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía..." (y) el Manifiesto agrega que "las clases medias... son revolucionarias... en consideración a su pasaje inminente al proletariado". Desde este punto de vista, es aún más absurdo hacer de las clases medias, junto con la burguesía, y, para colmo con los feudales "una misma masa reaccionaria frente a la clase obrera" (Crítica del programa de Gotha).

Criticando la misma concepción lasalleana, señala Engels: "En efecto, al contrario, la revolución comienza por esto, que la gran mayoría de la nación e incluso los partidos oficiales se unen contra el gobierno que permanece así aislado y lo derriban, y es solamente así que se hace posible fortalecer nuestro poder. Si quisiéramos comenzar la revolución por el fin, esto no nos traerá suerte" (Carta a Bevel, Liebkecht, 28/10/1882). Poner a la burguesía y a la pequeño burguesía en el campo de la reacción imperialista, es hacer el juego de ésta.

No es cierto que la burguesía nacional de los países atrasados sea una agencia del imperialismo; esto es válido para una fracción de aquélla, que oficia de agencia directa.

"La llamada burguesía 'nacional' tolera todo tipo de degradación nacional —dice Trotsky— mientras pueda mantener su existencia privilegiada. Pero cuando el capital foráneo se propone asumir la plena dominación de toda la riqueza del país, la burguesía colonial se ve obligada a recordar sus obligaciones 'nacionales'" (On China, Revolución y Guerra en China, enero 1938, Pathfinder Press, pág. 584). Precisamente por la presión y dominio imperialistas, la burguesía nacional "no alcanza más que parcialmente el nivel de clase dominante", para concluir que "la burguesía de los países coloniales y semicoloniales representa una clase semi-dirigente, semi-oprimida" (León Trotsky, en ¿Un estado no obrero y no burgués?, En defensa del marxismo, EDI, pág. 99).

(Digamos de paso que las "tesis", en otro lugar, y pretendiendo parafrasear a Trotsky dicen que la burguesía nacional es "semi-explotadora" (Tesis XXIII, pág. 45). Falso; la burgue-

sía nacional es enteramente explotadora del proletariado y las masas de sus países; otra cosa es que su dominio sobre el Estado, la economía, está bajo la dependencia del imperialismo mundial, y esté, en parte, oprimida por éste).

Las "tesis" del CI niegan la lucha de clases entre la burguesía nacional y el imperialismo, entre la pequeña burguesía y la burguesía, en re una nación oprimida y una nación opresora, entre los campesinos y los terratenientes, etc., y la enorme importancia que tiene para el proletariado ocupar el lugar justo y tener una táctica justa en estos enfrentamientos.

Si todas las clases, menos el proletariado, fuesen reaccionarias y formasen un sólido bloque con el imperialismo, la revolución en los países atrasados sería imposible. Otra cosa es señalar que sólo el proletariado puede llevar la revolución hasta el fin, que para esto debe organizarse en forma independiente, que debe disputarle a la burguesía la dirección de las masas de la nación oprimida, pero para esto hay que separarse de las tesis del CI que aíslan al proletariado y lo colocan en una posición reaccionaria, de oposición a las reivindicaciones y al movimiento práctico de las otras clases oprimidas (campesinado, pequeño burguesía), y de las naciones oprimidas.

Estados burocráticos: ¿Una ley general de transición del capitalismo al socialismo?

Las "tesis" plantean lo que consideran la ley fundamental de toda revolución: "la revolución en su primera etapa ve a las masas, a la vez, emprender una lucha de clases que plantea directamente los problemas políticos a nivel del Estado, y al mismo tiempo, víctima de sus ilusiones, dejar sus aspiraciones en manos de las direcciones tradicionales traidoras" (Tesis XI, pág. 24). Elaboran así la teoría de los Estados burocráticos "desde su nacimiento" (prefacio, pág. 5).

Además de no saber distinguir la revolución de la contrarrevolución, identifican la revolución con otra de sus negaciones, la burocratización.

Lo que caracteriza a toda revolución es que las masas toman en sus manos el destino de la sociedad y la transforman revolucionariamente. Para esta gigantesca tarea, subvierten las instituciones políticas existentes, incluso las propias, crean nuevas organizaciones (los soviets, las milicias armadas, los ejércitos revolucionarios) aptas para emprender el derrocamiento de la burguesía. Si algo quiere decir que "las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos" (Programa de transición), es esto.

De acuerdo a lo que sostiene el CI, la burocracia no es un accidente histórico, el resultado de una combinación especial de circunstancias (aislamiento de la revolución, atraso del país, derrotas del proletariado mundial) sino la forma histórica de la transición del capitalismo al socialismo, determinada por el carácter de las direcciones (aparatos) que dirigen la revolución.

La burocratización de los Estados Obreros es un paso en la negación de la revolución, y no su resultado auténtico. Trotsky señaló que "en la degeneración burocrática del Estado soviético no son las leyes generales de la sociedad contemporánea, del capitalismo al socialismo, que encuentran su expresión sino una ruptura particular, excepcional y temporaria de esas leyes en las condiciones definidas por el atraso de un país revolucionario y por el cerco capitalista" (En defensa del marxismo, La URSS en la guerra, pág. 108, EDI). Un Estado burocrático desde el inicio sólo puede entenderse como consecuencia, no de una revolución, sino de la aneación político-militar de ese estado por otro ya burocratizado.

Fue el revisionismo (Pablo) el primero que lanzó esta teoría de los Estados burocráticos desde el inicio, previendo siglos de sucesivos Estados burocráticos. Es obvio que una revolución químicamente pura no hubo ni habrá, y es también evidente que la revolución no es un acto sino un proceso ascendente de sucesivas negaciones sociales, culturales, políticas, humanas, nacionales e internacionales. El elemento burocrático va adherido al revolucionario hasta su completa extirpación en un proceso permanente. Pero la burocratización del Estado, es

decir, la reversión de la revolución por el elemento burocrático no puede establecerse con la victoria de la revolución, sino que será el resultado de la combinación de factores adversos circunstanciales, y es esto lo que también ocurrió en China, Cuba o Yugoslavia, al no producirse la revolución en los países avanzados, ni extenderse decisivamente en las principales naciones geográficamente contiguas.

En las revoluciones victoriosas de la segunda posguerra un rasgo fundamental fue la excepcional participación de las masas campesinas y la enorme importancia que jugó la cuestión nacional. Por razones diversas, el proletariado, como fuerza social, jugó un papel relativamente opaco. Si estas características se mantienen por un tiempo prolongado es claro que la elevación de una casta burocrática a una posición dominante es inevitable. Las revoluciones puramente campesinas (revueltas) concluyeron, siempre, en el pasado, con la suplantación de una dinastía por otra, es decir, sólo alteraron el origen de la casta dominante. Una revolución protagonizada, fundamentalmente, por las masas agrarias se va a reflejar en intentos por bloquear la hegemonía del proletariado, y esto tanto más cuanto que a su cabeza se encuentre un partido de origen pequeño burgués o stalinista de base campesina. Pero si esa revolución arriba a efectuar una real revolución social en el campo y lucha por la conquista del poder estatal, iniciará un proceso de revolución permanente y deberá movilizar al proletariado. Esto plantea la posibilidad de que el proletariado asuma como clase, directamente, la dirección de la revolución. Un Estado obrero surgido en estas condiciones sólo puede degenerarse burocráticamente en condiciones de aislamiento de la revolución social. En procesos revolucionarios de estas características, el partido trotskista debe apoyarse en las tendencias de la revolución a transformarse en permanente para conquistar la dirección para el proletariado revolucionario.

Al considerar la burocratización de las revoluciones de posguerra el CI cae en el más burdo "Socialismo en un solo país" y en la exageración de las peculiaridades nacionales. En ningún momento aplica el gran análisis de Trotsky, que vio en la derrota de la revolución en el exterior el factor más importante en la degeneración del Estado soviético. La regla de oro del método marxista es considerar cada fenómeno, no aisladamente, sino de conjunto, no fijo, sino en movimiento. La regla de oro del método marxista es considerar que las perspectivas del proletariado y de la revolución proletaria en un país dependen de las tendencias del proletariado mundial. Las "tesis" se convierten en un monumento de estrechez nacionalista.

El imperialismo logró contener la revolución en Asia, en América Latina y, fundamentalmente, en Europa occidental. La realización plena del programa comunista quedó, entonces, bloqueada en los países donde la revolución fue triunfante. El atraso de estos países agravó las tendencias hacia la diferenciación social. La presión del imperialismo y el stalinismo provocaron la tendencia hacia la centralización burocrática del Estado, en países en que el escaso desenvolvimiento de las fuerzas productivas bloqueaba una centralización democrática. El origen stalinista y pequeño burgués de sus direcciones acentuó esta tendencia, ya que las tradiciones y los métodos burocráticos salieron más fácilmente a la superficie cuanto que las condiciones eran hostiles. En estos países se ha cristalizado una burocracia con intereses nacionales propios. Pero aún así, ni China, ni Cuba, por ejemplo, se asimilan a la degeneración del Estado ruso. La burocracia rusa es la cristalización de un período entero de derrotas fundamentales del proletariado mundial; la burocracia en Cuba y China han debido coexistir con un período de derrotas tácticas de la clase obrera internacional, dentro de un período cuya línea general ha sido ascendente. Las relaciones entre las masas y los partidos en el poder no son las mismas dentro de estos países; no sólo entre Cuba y China, respecto a la URSS, sino tampoco entre los dos primeros. En el artículo de Broué, antes citado, se ponía entre paréntesis la inevitabilidad de la revolución política en China. Mientras que las reivindicaciones del Programa de transición son enteramente válidas para todos los Estados burocráticos, la capacidad de las buro-

cracias de los países como Cuba y China para enfrentar la presión de un movimiento independiente de masas, no se equipara a la de la URSS y sus satélites.

La burocracia ¿una clase? La URSS ¿un estado capitalista?

Diversos antecedentes probaban que las convicciones del CI, respecto a que la URSS fuera un Estado obrero, estaban flaqueando. La OCI demoró veinte años para reconocer, y a regañadientes, que Cuba era un Estado obrero, y con razones que, bien comprendidas, no conducían a esa conclusión. En 1980, el Comité Paritario, antecesor del CI, tomó partido contra la defensa incondicional de la URSS, en la guerra entre ésta y las guerrillas feudales en Afganistán. Las "tesis" siguen reconociendo a la URSS como Estado obrero, pero sus planteamientos demuestran que están al borde de cambiar de camiseta.

La primera revisión de las tesis es afirmar que, como "la economía mundial, en su totalidad, continúa bajo el dominio imperialista y, en consecuencia, también lo está la de los estados obreros burocráticos" ("tesis" I, pág. 8).

La cita demuestra que el CI logró evolucionar del pensamiento confuso de los salvajes al razonamiento lógico de las primeras civilizaciones. Con el tiempo, quizás, alcancen el estado dialéctico.

La economía mundial está bajo dominio imperialista. La URSS está dentro de la economía mundial. Ergo: la URSS está bajo el dominio del imperialismo. Esto significa que ya no es un Estado obrero. Pero, claro, la URSS no está bajo el dominio del imperialismo.

Que la economía mundial está bajo el dominio del imperialismo es una tautología, pues bajo el socialismo no habrá economía mundial. Que la URSS está dentro de la economía mundial es incompleto pues se estructuró en oposición a ella. Lo que hay que decir es que seguimos en la época de la economía mundial capitalista. Que la URSS es el resultado de una revolución victoriosa contra el capitalismo. Corolario: la URSS está, a la vez, en contradicción con la economía mundial capitalista y bajo la presión de ésta.

La URSS quedaría bajo el dominio del imperialismo si es derribado el monopolio del comercio exterior. Las embestidas contra éste son cada vez mayores y las grietas se están haciendo ver. Pero todavía hay mucha lucha por delante. La lucha del proletariado polaco es, precisamente, una reacción, entre otras cosas, a las tendencias de la burocracia a capitular ante la presión de los acreedores internacionales.

La dominación imperialista de los Estados obreros quiere decir que éstos han dejado de ser tales, y que está planteado una revisión de la caracterización trotskista de ellos.

El CI no se queda solamente en esto, sin embargo.

Según las "tesis" es revisionismo puro sostener que la burocracia de los estados obreros "sería socialmente parte constituyente de la clase obrera y sólo políticamente podría caracterizarse como burguesa" (Tesis XVI, pág. 32). Reafirmando esto, dicen que a diferencia de la aristocracia obrera, "ninguna burocracia, por naturaleza, es parte estructural de la clase obrera" (idem, pág. 33).

(Preguntamos a Monsieur Just: ¿no era que la burocracia de los sindicatos europeos era obrera, cualitativamente distinta, de los sindicatos dirigidos por burócratas nacionalistas, que serían burgueses?) (ver polémica OCI-PO, 1978/79).

La burocracia, entonces, no sería socialmente parte constituyente de la clase obrera, sino de la burguesía. Más: "no hay que confundir la naturaleza social burguesa de la burocracia con su localización en el seno de las instituciones obreras" (idem, pág. 33). Aquí habría que añadir que lo mismo valdría para las burocracias de los Estados burocráticos desde el inicio. Ergo, la revolución en estos países fue dirigida por la burguesía. Pero ésta (sabemos por otro lado) es agente del imperialismo. Resultado: la revolución china, por ejemplo, sería una victoria de una fracción yanqui contra la otra. Y la mejor prueba de esto sería que el actual gobierno chino está aliado a Reagan.

¡Qué completo que es un "pensamiento" sectario!

Ahora bien, es un hecho que la burocracia rusa se formó como resultado de una diferenciación del proletariado soviético, de los activistas del partido bolchevique, y no por la recuperación del poder por los funcionarios del zar.

De dónde ha sacado el CI que la burocracia, por naturaleza, no puede ser obrera, sólo Dios lo sabe. En ninguna sociedad, la burocracia es una clase, no ocupa un lugar en la producción social, sino que se caracteriza por su función de intermediaria en la distribución de la riqueza social y de reguladora de la producción social. Carente de propiedad, considera al Estado como su propiedad privada y busca explotarlo consecuentemente. Pero en la sociedad capitalista esta burocracia debe servir a la burguesía, la que, a su vez, tiene los medios para imponerle el cumplimiento de esta obligación. En el Estado obrero burocratizado, la burocracia debe defender, frente al capital, las conquistas sociales del proletariado, que es la base de sus privilegios. Si lo que define a la burocracia es su función de intermediaria (y reguladora) y no su lugar en la producción, lo que importa, desde un punto de vista de clase, es saber al servicio de qué régimen está actuando. La "localización" no es una cuestión espacial abstracta.

En "La Revolución Traicionada", Trotsky destaca el parecido de la burocracia rusa con las burocracias de los Estados burgueses, y en especial con la fascista. Pero explica: "La burocracia soviética ha expropiado políticamente al proletariado para defender por sus propios métodos las conquistas sociales del proletariado. Pero el hecho de que se haya apropiado del poder en un país donde los medios de producción más importantes pertenecen al Estado, crea entre ella y las riquezas de la nación relaciones enteramente nuevas. Si estas relaciones, aún totalmente recientes, se estabilizaran, se legalizaran, se transformarían en normales sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, ellas concluirían en la liquidación completa de las conquistas de la revolución proletaria. Pero esta hipótesis es todavía prematura. La burocracia no ha creado una base social propia correspondiente a su dominación. Está obligada a defender la propiedad del estado, fuente de su poder y de sus ingresos. Por este aspecto de su actividad, ella continúa siendo el instrumento de la dictadura del proletariado" ("Editions Minuit, pág. 166). Si, para el CI, la burocracia rusa es "parte estructural" de la burguesía, lo que para Trotsky (y todavía hoy) era una hipótesis prematura sería un hecho consumado: la burocracia rusa habría creado la base social propia de su dominación, por lo tanto, es una clase explotadora y la URSS ha dejado de ser un Estado obrero.

Aquí, como en los otros casos, el CI no puede aceptar un planteamiento dialéctico. Para el CI una de dos: o la burocracia es burguesa o no es burocracia. Afirmar que una burocracia de origen obrero, que se ha elevado por encima de esta clase, que se apoya en las conquistas de una revolución proletaria para nutrirse parasitariamente, al mismo tiempo que es una correa de transmisión de las presiones del imperialismo mundial; decir esto, es, para el CI, sostener que la burocracia se podría reformar haciendo valer su lado obrero (bueno) contra su lado burgués (malo). Pero este peligro sólo le puede ocurrir al CI, para quién, la dialéctica vendría a ser el contraste entre el lado bueno y el malo de las categorías históricas, para superarse por medio del triunfo del lado bueno.

(¿No decía Moreno, precisamente que el peronismo tenía de bueno el haber unido a la clase obrera, y de malo el haberle sometido a una dirección burguesa, y por eso defendía a Perón como "prenda de unidad"?)

La burocracia de estos Estados obreros tiene un carácter social contradictorio, que es el reflejo y el resultado del carácter contradictorio de las sociedades en las que el capitalismo ha sido expropiado. Estos no son ni capitalistas ni socialistas. La burguesía fue expropiada, pero las tendencias a la acumulación primitiva del capital siguen presentes en todos los poros de la sociedad. La economía está estatizada pero el reparto de la riqueza creada acentúa la desigualdad social. La burocracia se alimenta de estas tendencias antisocialistas pero en el cuadro de

la estatización. El desarrollo de la desigualdad social y de los privilegios de la burocracia debe llevar, a término, al capitalismo; la burocracia para defender estos privilegios frente a los intentos de restauración capitalista del imperialismo, debe defender las conquistas sociales de la revolución. El proletariado sólo puede asegurar el tránsito al socialismo derrocando a la burocracia.

También los PCs. tienen un carácter contradictorio, de orden diferente al de la burocracia stalinista. Estos están sometidos a la burocracia pero integrada en la política burguesa de sus países. "Tampoco usted puede concebir a la Comintern como un mero instrumento de la política exterior de Stalin... El Partido Comunista Francés no es sólo una agencia de Moscú, sino que constituye una organización nacional con miembros en el Parlamento, etc". (León Trotsky, "Escritos", Tomo X, volumen 2, 1938-39, Ed. Pluma, pág. 386).

El carácter contradictorio de las sociedades intermediarias entre el capitalismo y el socialismo es el producto especial del desenlace provisional de la lucha de clases, a nivel mundial, entre el imperialismo y el proletariado hasta el presente. Es esta situación lo que reflejan, como categorías históricas específicas, los Estados obreros intermediarios y la burocracia que resulta de ellos. Su superación no se va a dar por la pugna entre sus lados contradictorios, lo que podría resultar en el absurdo de una burocracia revolucionaria o de un Estado burocrático igualitario, sino por la victoria del proletariado mundial contra el imperialismo (y del de los Estados obreros contra la burocracia, como un componente de aquél).

"La función de Stalin, como la de Green (burócrata sindical yanqui) —dice Trotsky— tiene un carácter doble. Stalin sirve a la burocracia y por ella a la burguesía mundial, pero no puede servir a la burocracia sin preservar el fundamento social que la burocracia explota en sus propios intereses. En esta medida, Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra el imperialismo y contra las capas demasiado impacientes y demasiado ávidas de la burocracia. Realiza, sin embargo, esta defensa por métodos que preparan el derrumbe general de la sociedad soviética. Es por esto que hay que derribar a la clique stalinista..." ("En defensa del marxismo", ¿Un Estado no obrero y no burgués? pág. 93, EDI).

Está claro que si la burocracia hubiera resuelto su carácter social contradictorio por sus propios métodos, se habría transformado en una clase social, es decir, habría logrado crear las bases sociales propias de su dominación. Esta es la única conclusión de las "tesis" del CI, de que la burocracia tiene una naturaleza no contradictoria y burguesa.

El carácter socialmente contradictorio de la burocracia no quiere decir que sus aspiraciones y fines sean contradictorios. Esta casta social no es un agregado de contradicciones, pues éstas se presentan en una síntesis concreta. "En tanto que fuerza política conciente, la burocracia ha traicionado la revolución" ("La Revolución Traicionada"). La política de esta burocracia, en su conjunto, por encima de los vaivenes, es antisocialista y reaccionaria. Es, por esto, un agente político de la burguesía mundial en el seno de las organizaciones obreras. Es una fuerza de colaboración de clases a nivel mundial. Y al igual que la aristocracia obrera procura transformar en un régimen permanente la coexistencia entre el orden capitalista mundial y sus propios privilegios.

Ya en oportunidad del apoyo del ex Comité Paritario a las guerrillas contrarrevolucionarias afganas contra la URSS señalamos que se trataba de una posición imperialista, contraria a la defensa de la URSS, y por esto constituía "un principio de revisión del carácter social de la URSS" ("Política Obrera", Nº 307, 1/4/1980, art. "El Comité Paritario con el imperialismo"). No tardaron cinco meses, para deslizarse más a fondo en el "antidefensismo" y en el cuestionamiento del carácter obrero de los estados donde el capital fue expropiado.

Qué es el bolchevismo o cómo reconstruiremos la IV

La historiografía stalinista ha presentado al bolchevismo

a su imagen y semejanza: como un caso único, infalible, cuya clave se encontraría en sus métodos de organización. La fidelidad al aparato, el monolitismo, el ahogo de las divergencias, el centralismo, serían los rasgos que caracterizaron al bolchevismo y la tornaron invencible.

Las "tesis" del CI reproducen al pie de la letra esta versión stalinista. "El Partido Bolchevique es un caso único en la III Internacional... cuyas características eran únicas: altamente centralizado, con revolucionarios profesionales controlados por el partido...". Esta falsificación grotesca es una parte esencial de las "tesis" y es toda una llave para comprender la crisis de la IV Internacional.

El CI elimina de un plumazo las características decisivas del bolchevismo: elaboración del programa revolucionario, sobre la base del estudio del propio país y de la experiencia del movimiento obrero revolucionario nacional e internacional, penetración en las masas, sobre la base del programa y de la experiencia de éstas; combinación del centralismo con la más rica democracia; subordinación de los métodos parlamentarios a la estrategia de la revolución proletaria.

Lenin escribió un texto fundamental para decir lo que es el bolchevismo. Se lee en él: "La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se comprueba? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si quisiere, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer lugar con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convengan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario" (Lenin, "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo").

Lo que diferenció al Partido Bolchevique de los partidos de la II Internacional no fueron los métodos de organización tomados en abstracto. La socialdemocracia alemana era más centralizada, más profesional y mejor organizada que el bolchevismo ruso. Hasta 1914, el PS alemán era el modelo organizativo de partido obrero que el bolchevismo ruso quería construir. Recién en abril de 1917, propuso Lenin abandonar el nombre de partido socialdemócrata por el de partido comunista. Lo que escisionará al bolchevismo del resto de la socialdemocracia europea no es un particular método de organización —en esto los bolcheviques seguían a la socialdemocracia alemana— sino el alineamiento de ésta con su burguesía en la primera guerra mundial.

Lo que diferenció al bolchevismo de los partidos de la II Internacional no es el centralismo, sino que el bolchevismo entiende al partido revolucionario como un partido de combate, mientras que el reformismo sometía todas las formas de lucha política, y en especial aquellas que tenían su eje en la acción directa de las masas, a la primacía de la acción parlamentaria.

Es falso que el bolchevismo hubiera sido un puro resultado objetivo de la "situación" imperante en Rusia, que el CI caracteriza como "que no daba margen para una política reformista". ¡El Partido bolchevique se habría educado y formado sin una lucha teórica y práctica a fondo contra el reformismo!

¿Qué dice Lenin?:

"...El bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida base de la teoría del marxismo... el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de 15 años (1093-1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Pues ningún país, en el transcurso de estos quince años, conoció ni siquiera aproximadamente una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan breve período de tiempo semejante variedad de formas, de matices, de métodos de lucha de todas las clases de la sociedad contemporánea; lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia la "última palabra" de la experiencia política americana y europea" (Infantilismo).

Los países en donde "el reformismo no tiene margen" constituyen las 4/5 partes de la humanidad, y no por ello fueron la cuna del bolchevismo. Lo que la situación rusa tuvo de peculiar fue concentrar en un tiempo relativamente breve las principales experiencias de la lucha de clases moderna, haciendo posible una asimilación política y teórica profunda, a la vanguardia revolucionaria.

La incapacidad del CI para aprehender lo que es el bolchevismo revela mucho sobre lo que es realmente ese CI. Suplantar la rica asimilación política que da lugar al bolchevismo, por la noción del centralismo, es propio de la mentalidad de aparato. Exaltar a los profesionales es de un fetichismo fantástico, como si los profesionales sin sólida formación teórica, sin la asimilación profunda de la experiencia política, sin capacidad de sacrificio y heroísmo para ligarse a las masas en cualesquiera circunstancias, no fueran otra cosa que simples burócratas.

Por eso, las "tesis" son de una alabanza constante a la "disciplina rígida", a las "instancias jerarquizadas" y cuando mencionan (al pasar) la democracia, lo hacen como un suplemento apenas del centralismo. Centralismo y democracia son contradictorios, por eso es necesario subrayar que el partido se organiza sobre la base de esos dos principios unificados, en la acción, a través de la fidelidad al programa y a la revolución.

El bolchevismo no se estructuró en el centralismo sino en el centralismo democrático que es la fusión en la lucha del partido revolucionario. "La centralización democrática en la organización del Partido Comunista debe ser una verdadera síntesis, una fusión de la centralización y la democracia proletarias. Esta fusión sólo puede obtenerse por una actividad común permanente, por una lucha igualmente común y permanente del conjunto del Partido" (I Congreso de la IC).

Las "tesis" escamotean esto para justificar su propio burocratismo y que se expresa entre otros, en sus propios estatutos, como vimos anteriormente. "Una centralización formal o mecánica no sería más que la centralización del 'poder' entre las manos de una burocracia empeñada en dominar a los otros miembros del Partido o a las masas del proletariado revolucionario; la lucha por la dominación o un antagonismo de autoridades es incompatible con los principios adoptados por la Internacional Comunista, relativos al centralismo democrático" (idem). La democracia exige elección de todas las instancias del partido, revocabilidad y salida permanente del BI para todos los militantes y derecho de expresión de la minoría.

Del fetiche del centralismo digamos sólo dos cosas. El centralismo del partido bolchevique desapareció virtualmente en 1917-18 cuando el partido quedó totalmente confundido con los Soviets (ver Pierre Eroué —Le parti bolchevique— Minuit). Se reconstituyó por la conciencia política, históricamente probada, de su vanguardia, y por su profunda penetración con la revolución. Más tarde, el centralismo, variando de esa conciencia y de esa penetración, fue el instrumento de la burocracia thermidoria.

Sobre los "profesionales" basta releer el "Stalin" de

Trotsky, donde éste demuestra el papel de freno que jugaron en la proletarianización del partido (1905-07). En 1917, toda una parte de ellos apoyó al gobierno burgués, contra las tendencias profundas de la base obrera del partido (ver Historia de la Revolución Rusa). Los cuadros profesionales del bolchevismo fueron siempre los primeros en refractar las presiones políticas adversas, que eran superadas por la intervención de conjunto del partido, impulsada por Lenin. La disciplina férrea no se conquistó con la receta de un método de organización sino por un programa sometido a la experiencia y a la fusión con las masas en lucha, en todas las fases de ésta, para elevarlas a los objetivos revolucionarios.

Adulterando al bolchevismo, los pichones de burócratas del CI quieren embellecer su propia estampa antibolchevique.

Pero el problema de qué es el bolchevismo trasciende la polémica con estas barrabasadas.

¿Por qué ni la IV Internacional, ni ninguna de sus secciones, reunió las condiciones necesarias para dirigir la lucha del proletariado al poder?

Mejor todavía: ¿Por qué la IV Internacional, ni ninguna de sus secciones, logró pasar del estado de secta, logró construir una organización que sea realmente un partido proletario?

Una excepción es el POR boliviano cuya preocupación y actividad estuvieron centradas en penetrar en las masas y elevarlas al programa revolucionario. De este esfuerzo salieron las Tesis de Pulacayo (1946), el programa de la COB (1970), la Asamblea Popular (1971) (1).

La IV Internacional se fundó, en 1938, con una experiencia internacional que no tuvo ninguna de las Internacionales precedentes. El programa de la IV^o es la riquísima asimilación de las más grandes victorias y de las más grandes derrotas del proletariado internacional. Pronostica con acierto milimétrico la inminencia de la guerra mundial y la inevitable eclosión de una situación revolucionaria como consecuencia de ella.

En lo sustancial la segunda posguerra tuvo las mismas características de la primera; más, en el curso de la 2^o guerra se obtiene una victoria histórica, como el aplastamiento del fascismo, que le da un lugar especial en relación a la primera posguerra.

Que la burocracia stalinista saliera con un prestigio mayor de la 2^o guerra que la socialdemocracia de la primera, es una diferencia importante, pero para nada decisiva. Así como el stalinismo logró frenar la revolución en los países avanzados, el mismo "éxito" tuvo la socialdemocracia en la primera guerra. En ésta se produjo la revolución de octubre, pero en el curso de la posguerra fue aislada y, como resultado, se degeneró el Estado salido de ella. La segunda posguerra vio la victoria de la revolución china y la expropiación del capital en varios países. El capitalismo logró, igualmente, aislarlos.

En síntesis, no es en las condiciones históricas de la segunda posguerra, en sus "insuficiencias", donde está la explica-

ción de la no implementación de la IV^o en el seno de las masas de algún país, en ese momento, o en los treinta años posteriores.

Analizando retrospectivamente, la principal diferencia, en lo que hace al desarrollo revolucionario, entre la primera y segunda guerras y posguerras, es que en la primera hubo un partido realmente ligado a las masas revolucionarias de su país, con anterioridad. Luego de la muerte de Trotsky, la IV^o no tenía elementos que representaran la tradición revolucionaria en ningún país. La posibilidad de una revolución dirigida por los trotskistas era, por lo tanto, remota en relación al 17.

El "Estado Mayor" de la revolución mundial no contaba con la más modesta brigada en ningún país. La tarea planteada era construir esos partidos nacionales, y no pretender colarse en la revolución mundial saltando esta tarea. Cuál fue el trabajo de Trotsky desde 1930 sino dedicar su esfuerzo principal a construir en España y, desde 1934, en Francia, organizaciones revolucionarias ligadas a las masas, capaces de intervenir en todos los virajes de la revolución en sus países. Cuál es si no el gran significado del "viraje francés", entrar a los PS para construir fracciones y partidos bolcheviques de masas. Qué fue el pablismo y todos sus sucesores, sino el intento de saltar esta etapa: construir partidos en cada país.

Es aquí donde el debate de qué es el bolchevismo cobra su trascendencia. El CI propone partidos "centralizados" y "profesionales" que actúen como agentes teleguiados de París.

Las "tesis" arman toda una discusión para llegar a la conclusión de que no hay razón para que una Internacional deba construirse necesariamente en un momento de ascenso, que fue lo que ocurrió con la IV^o fundada en pleno período de derrotas.

Pero lo que estas "tesis" escamotean es que ninguna Internacional puede justificarse o subsistir si no es una expresión del movimiento obrero revolucionario real. Trotsky consideraba que lo era, a pesar del reflujo, y por eso fundó la IV^o. Dijo que había surgido de las más grandes derrotas, que lucha y vive. El problema hoy es reconstruir la IV^o como expresión del movimiento obrero revolucionario real, y no como un reagrupamiento oportunista o sectario que cacarea sobre la vigencia del programa. Esta es la diferencia de perspectivas entre el CI y la TCI.

Lo que está planteado es pues: 1) elaborar el programa de la revolución en cada país; "todas las cuestiones teóricas esenciales de la revolución" (Lenin, Infantilismo); 2) ligarse a las masas interviniendo en sus organizaciones (cualquiera sea la naturaleza de las direcciones de éstas), principalmente el proletariado; 3) ponerse a la vanguardia de la lucha de todas las clases, no sólo el proletariado, que entran en choque con el régimen político imperante; 4) elaborar una táctica política acertada, basada en el programa y en el análisis concreto de las situaciones concretas, y ayudar a las masas a que se convengan por

La llegada al poder del nacionalismo determinó una crisis en el POR porque militantes pequeño burgueses y algunos de sus cuadros sindicales consideraron que había que entrar o disolverse en el MNR. Esta gente nada tenía que ver con la desviación pablista del mismo tipo, que se produciría en 1954. Es una falsedad total que en 1952, como afirman las "tesis", el POR "era poderoso" y "había participado como co-dirección en la insurrección..." (pág. 64). Como Partido, el POR no llegó a estar presente en la insurrección de abril de 1952. En ningún momento se presentó la oportunidad para que los trotskistas bolivianos tomaran el poder. Todo esto está ampliamente analizado en "La Revolución Boliviana" de Guillermo Lora (año 1964).

La OCI francesa reiteradamente ha denunciado al POR boliviano como una organización nacional-trotskista mutilada, porque ésta sostiene que la revolución boliviana sería un gran factor de impulso para reconstruir la IV Internacional. Y ahora esta gente hace al POR el chivo emisario de la no transformación de la IV Internacional en partido de masas en la posguerra y responsable de la subsistencia del stalinismo y la socialdemocracia en la mayor parte del mundo!!

experiencia propia de la justeza de esa orientación política.

Esto es, aproximadamente, el bolchevismo. Una tradición de formación de partidos de combate y no de sectas de aventureros.

Socialdemocracia: un ausente que se siente

Resulta particularmente significativo que los autores de las "tesis" no hayan dedicado siquiera un capítulo al análisis y caracterización de la socialdemocracia. Salvo dos o tres párrafos perdidos, la socialdemocracia ni siquiera es mencionada. Después de leer las "tesis" pareciera que la socialdemocracia es una cosa del pasado.

Es significativo esto porque tanto el CORCI como la FB están metidos hasta el cuello en la estrategia de desarrollar "partidos socialistas" y lo plantean sin ninguna delimitación de la II Internacional. Así tenemos que para Polonia plantean reconstruir el viejo partido socialista ligado a la II Internacional; en Bolivia estuvieron dentro del PS de Quiroga Santa Cruz; en Brasil buscaron formar un partido de "convergencia socialista" hasta que la emergencia del PT hundió el "gran" pronóstico; en Argentina se declaran rabiosamente parte de la "familia socialista"; en Francia, la OCI borró toda diferenciación de Mitterrand, al punto que declaran que el carácter de clase del gobierno mitterrandista está por verse; en Portugal estuvieron a la rastra del Partido Socialista, y así podríamos seguir enumerando.

De todo esto en las "tesis" no hay ni una palabra, lo que demuestra que son inservibles para guiar la acción revolucionaria. Se trata, además, de una prueba de oportunismo político, porque el propósito de esta omisión es quedar con las manos libres para todo tipo de maniobras políticas.

En una de las raras menciones a la socialdemocracia, las "tesis" señalan que ésta jugó un papel contrarrevolucionario en la primera posguerra y en la 2^o guerra mundial. "Pero enseguida el stalinismo ocupa su lugar de principal agente contrarrevolucionario en las filas obreras, y a él se deben las derrotas ulteriores" (Tesis III, pág. 12). Inclusive plantean la teoría de que "su utilidad para esta misma burguesía ante un ascenso revolucionario es mucho menos importante que la del stalinismo a escala mundial" (idem).

Recordemos que en otro capítulo se negaba que la burocracia pudiera ser "estructuralmente obrera", para reconocerse, sí, ese carácter a las "aristocracias obreras", que tradicionalmente fueron la base de los PS.

Se trata, evidentemente, de un embellecimiento de la socialdemocracia. ¿Así que en los últimos años la socialdemocracia no jugó un papel central en la reconstrucción del Estado burgués en Portugal, después de la revolución de 1974, y no es hoy un pilar central en el sostenimiento de la monarquía española? ¿Así que el rol de la socialdemocracia fue secundario en Inglaterra? ¿Así que la socialdemocracia está dispensada de responsabilidad en la reconstrucción capitalista europea de posguerra?

Las "tesis" pretenden minimizar el papel contrarrevolucionario de la socialdemocracia, cuando ésta, no digamos en los últimos 40 años sino en nuestros días, capturó el ascenso obrero europeo (España, Portugal, Francia), constituye un factor de primer orden en la contención de la revolución nicaragüense y se plantea como alternativa "institucionalizadora" frente a los regímenes dictatoriales de América Latina.

Este embellecimiento de la socialdemocracia es toda una teoría para el CI, pues las "tesis" señalan que "los aparatos socialdemócratas son dependientes de la democracia burguesa o de lo que quede de ella" y que esa sería una diferencia con el stalinismo, para quien "la forma del régimen político burgués es relativamente indiferente" (Tesis XVI, pág. 34). Para ejemplificar esto, las Tesis señalan el apoyo de los PC a la monarquía española, al gobierno de Videla, a Vasco-González en Portugal.

Las anteojeras de los autores de las Tesis no podían ser mayores. ¿Y el PSOE no apoya a la monarquía española, tanto

o más que el PC? ¿Y la socialdemocracia portuguesa no sustuvo el ascenso del General Eanes, haciendo del parlamento una fantochada del bonapartismo militar? ¿Y los "grupos socialistas", en la medida de sus escasas fuerzas, no apoyaron el golpe militar de Videla? Todo lo cual demuestra que es falso que la socialdemocracia sea incompatible con las formas bonapartistas o con las dictaduras militares, lo que le conferiría alguna progresividad, como pretende el CI.

En nuestra polémica en relación a los Sindicatos (1978), ya le señalamos a la OCI que era absolutamente falsa la idea de que la socialdemocracia tendría una especie de vínculo uterino que la liga a la "democracia burguesa". Mostramos que el modelo de la socialdemocracia, el PS alemán, no se desarrolló en un régimen parlamentario, que los principales líderes socialistas españoles formaron parte de la dictadura de Primo de Rivera, etc. (Ver Respuesta a Just, por Anibal Romero). Trotsky desarrolló la idea de la incompatibilidad absoluta entre la socialdemocracia y el fascismo, pero nunca dijo que habría de luchar, necesariamente, contra él. Todo lo contrario (Et maintenant, enero 1932).

Trotsky, polemizando con los stalinistas, demostró que era falso que la socialdemocracia y el fascismo fuesen "hermanos siameses", y señaló que la capitulación del primero frente al segundo entrañaría la autodestrucción de la socialdemocracia. De ahí el total realismo de una política de frente único del PC y el PS contra el hitlerismo. Pero lo que no dijo nunca, como lo sostienen las "tesis", fue que para el PC fuese indiferente la victoria del nazismo. Lógico, esta victoria significa la liquidación de toda organización obrera, y alcanza, del mismo modo, al PC y al PS. El error del CI es que reduce a los PCs al stalinismo moscovita, sin comprender su naturaleza contradictoria de partido obrero-burgués. Pero ni el propio Stalin "buscó" la victoria de Hitler, lo que conduciría a la guerra contra la URSS, sino que llevó al PC alemán a la capitulación ante él, a partir de la estrechez chauvinista y el burocratismo desenfrenado de la casta social dirigente en la URSS.

Trotsky jamás pensó, o podía pensar, que el PC alemán y la URSS degenerada sí fueran compatibles con el fascismo. "Stalin —señaló Trotsky— esperaba que el Partido Comunista Alemán lograra una victoria y es absurdo pensar que disponía de un 'plan' para permitir al fascismo llegar al poder. Es una divinización de Stalin" (Escritos Tomo X, volumen 2, 1938-39, Ed. Pluma, pág. 384).

Todo esto indica que no existe una única vía de integración (la democrática) de la socialdemocracia al Estado burgués, sino que esa integración adopta diversos regímenes y que, inclusive, puede colaborar con el ascenso del fascismo, aunque esto implique su autodestrucción.

En su ceguera por embellecer a la socialdemocracia, las "tesis" afirman que "la burocracia socialdemócrata se encuentra colocada en las grandes organizaciones obreras, en cada estado nacional, pero no ha conseguido dirigir ningún estado obrero. Cuando ella ha gobernado ha sido en el marco del estado burgués. Por el contrario, la burocracia stalinista se caracteriza por ser parásita de los estados obreros, es decir de una institución infinitamente más poderosa que la más poderosa de las organizaciones socialdemócratas" (Tesis XVI, pág. 33). ¡Y los socialdemócratas son parásitos de las organizaciones obreras que existen bajo el capitalismo, más el agregado de la corruptela a que la somete el Estado burgués!

Que la socialdemocracia dirija estados capitalistas le conferiría —según el CI— un carácter más benigno que el stalinismo, porque éste dirige sólo Estados Obreros. Así, se presenta como menos pernicioso para el proletariado el entrelazamiento directo con el imperialismo mundial en cada país.

Por la unidad socialista de Alemania

Las "tesis" consideran que Alemania es el centro (nuestros agregamos, estratégico) de la revolución socialista europea. Pero no plantean la "unidad socialista de Alemania".

En el siglo XIX la realización de la unidad alemana era la

condición de la revolución social. Hoy, partida en dos por el acuerdo contrarrevolucionario entre el imperialismo y el Kremlin, la revolución social realizará la reunificación nacional, como un momento de la unificación socialista de toda Europa.

La OCI se ha negado siempre a plantear la unidad socialista, porque sería condicionar la "unidad". Pero este condicionamiento lo establece la realidad; sólo el proletariado en el poder (expulsión de la burocracia en el Este y de la burguesía en el Oeste) realizará la unidad de la nación y del proletariado alemán. La burguesía mantendrá la división o la resolverá mediante una guerra mundial contra los Estados Obreros (esto demuestra que la consigna de "unidad" puede llegar a llenarse de un contenido contrarrevolucionario).

La unión del proletariado alemán para la revolución social exige un sistema de reivindicaciones transitorias que forjen la lucha en común. El CI, que tiene su base en Europa, no aporta nada de eso en las "tesis". Para desenmascarar la maniobra de la socialdemocracia alemana, que propugna el desenvolvimiento de relaciones intra-estatales, como sustituto de la unidad revolucionaria del proletariado, y la del stalinismo, que plantea un acuerdo especial entre Estados soberanos, debe decirse claramente que hay que luchar por la unidad socialista del país.

El comienzo de la lucha del proletariado del lado oriental por sindicatos independientes, por las libertades de palabra y de organización, contra la desigualdad creciente, y la de la clase obrera del lado oeste contra la desocupación, por la apertura de los libros, por el control obrero, por la nacionalización de la gran industria, pondrán sobre el tapete el combate común, lo que al plantear la cuestión de la unidad brindará los medios para realizarla.

Frente antiimperialista, no

Frente democrático, sí

Las "tesis" se pronuncian, inequívocamente, contra la táctica del Frente Único Antiimperialista. Lo hacen en nombre de un montón de consideraciones aisladas y fuera de lugar, cuando lo que tenían planteado era sacar las conclusiones de la experiencia latinoamericana de la última década, así como del papel que las organizaciones, que hoy se nuclean en el CI, jugaron. Nos referimos al Comando Político y a la Asamblea Popular, en Bolivia, a la nefasta política del PST y el POMR respecto del ARI, en Perú, en 1980, y el frente democrático suscripto por el PST en defensa del gobierno de Perón, en 1974.

Según las Tesis, el revisionismo se caracterizó por poner un signo igual entre el frente obrero y el frente antiimperialista, cuando en realidad el "Frente Obrero" estaría en una escala jerárquica superior. Respecto al Frente Obrero -dicen- "hacemos gala de patriotismo clasista"; en el frente no obrero "nuestro objetivo es que la clase rompa". El Frente Único Obrero tiene "un carácter permanente", el antiimperialista es apenas una "unidad de acción limitada" (pág. 45).

Quien pone un signo (no igual sino) equivalente entre el Frente Único Obrero y el Frente Antiimperialista no es el revisionismo sino las Tesis sobre Oriente del IV Congreso de la III Internacional. La analogía se refiere a que, bien que las naciones donde se aplican ambos frentes son diferentes (opresoras y oprimidas), y bien que la composición social de ambos es distinta (el Frente Antiimperialista agrupa a una masa mayoritariamente no obrera), ambas tácticas corresponden a un período de acumulación de fuerzas y deben ayudar a la penetración del Partido Revolucionario en las masas y a conquistar a la mayoría de ellas para la revolución proletaria.

El Frente Obrero parte del hecho de que la mayoría de las masas, en los países imperialistas, sigue a los partidos contrarrevolucionarios. El Frente Antiimperialista, de que la mayoría de las masas no obreras, e incluso obreras, sigue a partidos nacionalistas burgueses o pequeño burgueses. Postular, en este mismo caso, el Frente Obrero, es decir, con partidos minoritarios, es condenarse al aislamiento y a la inacción. Postular

el "patriotismo" en el Frente Obrero, allí donde esta táctica sí tiene vigencia, es firmar un cheque en blanco a los partidos obreros contrarrevolucionarios. Esta concepción se acomoda muy bien a la total ausencia de diferenciación política de la OCI respecto a Mitterrand.

La distinción entre frentes circunstanciales y permanentes es todavía más nefasta. Lo único permanente en la vida y en la política es lo transitorio; no se trata, entonces, de esta tautología sino de los fines y métodos de la táctica frentista. Pero como el CI eleva al Frente Obrero a la categoría de "permanente" y dice que en el Frente Antiimperialista hay que plantearse por finalidad la escisión, mientras que en el Frente Obrero no, se concluye que detrás del "Frente Obrero" se está proponiendo disolverse en los partidos tradicionales.

¿Cuán "circunstancial" es un acuerdo del PST con la UCR argentina en defensa de la "institucionalización"? Según nuestros cálculos diez años y aún no estaría agotado. Comienza en 1971 con el planteo de Lanusse de ir a elecciones, sigue con la llamada defensa del gobierno peronista contra la "derecha" (1973-75), sigue, por supuesto, bajo la actual dictadura y continuará hasta la victoria de la revolución proletaria, esto porque las instituciones democráticas argentinas, si se restablecen, seguirán amenazadas de por vida. El "acuerdo circunstancial" se revela como toda una alternativa de poder.

Quedan justificados, con la etiqueta de "circunstancial", "los acuerdos tácticos con sectores pequeño burgueses y aún con sectores burgueses y sus partidos..." "...de unidad de acción democrática" (idem), que pueden durar decenas de años y que no salen del automatismo formal, es decir, del Estado burgués. Pero mientras pueda existir una oposición formal común tanto de los obreros como de los burgueses, contra una dictadura, por la recuperación de las garantías constitucionales, se desarrolla también una lucha de clases entre los oprimidos del país contra el imperialismo y la burguesía nativa. De lo que se trata es de agrupar a estas masas en lucha a armar un Frente revolucionario común.

Un frente político por la democracia formal que da la espalda a las huelgas, manifestaciones, etc., es un frente reaccionario, que procura encerrar al movimiento de las masas en el campo del orden burgués e imperialista.

De aquí se desprende que con los partidos de la burguesía que no se encuentran sometidos a la presión de las masas en lucha no corresponde armar un frente político común sino sólo acuerdos PRACTICOS (manifestaciones, piquetes, organización de paros, etc.). Al plantear, en contra del Frente Antiimperialista, de un lado el Frente Obrero, del otro lado el Frente democrático las "tesis" se deslizan al Frente sindical y al Frente Popular. Esto fue el Bloque de los 8, con el PST, en Argentina, y la propuesta de un frente a todos los partidos bolivianos con el objetivo de un gobierno de la UDP (en agosto de 1980). Cuando esa propuesta de frente democrático se extiende a los gobiernos proimperialistas (incluido Videla!!!) y al imperialismo para que bloqueen a una dictadura, como la de García Meza, estamos en presencia de un frente democrático-imperialista. (Pero las "tesis" no descienden a analizar su propia política). Así como el frente circunstancial puede terminar durando varias décadas, el Frente Antiimperialista puede no pasar de acuerdos muy breves. Este es un hecho que depende de la lucha y de la situación política. Pero lo que no es puramente ocasional es la táctica del Frente Único Antiimperialista, dirigido a todas las organizaciones que se encuentran bajo la presión de las masas, con vistas a una lucha revolucionaria común.

El comando político de la COB (octubre 1970) duró tres meses, y el POR planteó que, vista la radicalización de las masas, estaba agotado, que debía lanzarse la consigna soviética de la Asamblea Popular.

La oportunidad de la táctica del FUA está relacionada con una situación en que el inmovilismo de las masas ya ha sido sacudido, y por ello, se ha abierto la perspectiva, con altos y retrocesos, de una prolongada lucha antiimperialista.

En el Frente Antiimperialista, el partido obrero debe

mantener por entero su independencia política. No puede hacer ninguna concesión que comprometa la lucha revolucionaria de las masas, sólo por mantener a los aliados en el frente común. El partido revolucionario no entra al Frente en calidad de secta, sino de partido, por eso no tiene por finalidad la escisión, ni se empeña tampoco en una campaña para que las masas rompan con las fuerzas frentistas aliadas (como propugnan las tesis para escamotear su frentepopulismo). La vigencia de una forma determinada del Frente Antiimperialista (por ejemplo bloque de partidos dirigiendo una lucha de masas o una campaña electoral) y su pasaje a otras (soviets de obreros, campesinos, soldados y nacionalidades oprimidas) incluidas las escisiones, depende de la experiencia de las masas mismas y de los cambios de conjunto en la situación política.

La mayor parte del tiempo, los partidos burgueses o pequeño burgueses de las masas explotadas se afanan por llegar a compromisos con el imperialismo y a bloquear toda evolución independiente del movimiento obrero. La consigna del Frente Antiimperialista sólo puede tener, aquí, un carácter de propaganda, para mejor denunciar los compromisos con la reacción foránea, para pronosticar su inutilidad como vía para superar el atraso del país y la miseria de las masas y para mejor acercarnos a las masas proletarias para luchar por su independencia sindical y política.

Dimos los ejemplos de capitulación abierta ante los frentes burgueses derechistas, como el de "los 8" con Balbín, o con la UDP de Siles Zuazo. Pero una experiencia igualmente nefasta fue la que el Comité Paritario en su conjunto desarrolló en Perú, contra la Alianza Revolucionaria de Izquierda, que había evolucionado del antitrotskismo y de la revolución por etapas, al planteamiento del gobierno obrero y campesino y la aceptación de la candidatura de Hugo Blanco. Lograron la proeza de provocar el derrumbe electoral de éste y permitir el copamiento con fuerza del ARI por parte del partido stalinista, del velazquista y de los maoístas de derecha.

Otro ejemplo de cómo entiende el CI la "acción antiimperialista" fue el llamado del PST argentino a apoyar un "apagón de vidrieras" en algunas ciudades, por parte de un sector de las entidades empresarias (la CONAE), que exigía lo siguiente: devaluación monetaria, absorción de los pasivos patronales por el Estado, inflación galopante y oposición a los aumentos de salarios -el programa que hoy aplica Viola.

El frente antiimperialista puede asumir formas diversas, que corresponden a la evolución de las masas y a la vigencia de nuevos métodos de lucha y organización. El frente antiimperialista revolucionario puede y debe, en las circunstancias propicias, convertirse en gobierno revolucionario. Si sigue la línea maestra de la táctica del FUA un gobierno de éste será un gobierno depurado de sus elementos burgueses conciliadores, con peso decisivo de los partidos más avanzados y, en primer lugar, del proletario, basado en las masas armadas, y en la destrucción de las instituciones estatales burguesas semicoloniales. Esto no es otra cosa que el gobierno obrero y campesino, gobierno independiente de la burguesía. Pero las "tesis", que ni remotamente han comprendido que la táctica revolucionaria debe actualizarse permanentemente, según la propia experiencia de las masas y la situación política de conjunto, desde el punto de vista de la correlación de fuerzas en presencia, los métodos de lucha y la organización de las masas, pontifican: compromisos gubernamentales, no. Mientras tanto, luchemos por el retorno de la UDP, en Bolivia, y del frente burgués, en Argentina.

El frente antiimperialista deberá estructurarse en la claridad política, y no en la confusión. Sin comprometer para nada la independencia de propaganda y de acción del partido revolucionario. Deberá abrir el camino hacia las masas y organizar la lucha común de las clases oprimidas. No deberá reducir las grandes reivindicaciones de la democracia: independencia nacional, revolución agraria, soberanía popular basada en el desarme del gendarme opresor y en el armamento del pueblo, a las reivindicaciones de la democracia formal.

Las "tesis" rechazan todo "frente estable con la burguesía", pero propugnan el entrismo en las organizaciones nacio-

nalistas "aunque manteniendo la prensa trotskista independiente" (Tesis XXIII, pág. 46).

En el anteproyecto se daba como un ejemplo de esto lo que hicieron "los trotskistas argentinos" con "un entrismo indirecto en la organización sindical del peronismo, las 62 organizaciones" (Tesis XXXIV, pág. 42). Este párrafo fue eliminado; pero eliminar no significa superar, porque el CI no ha hecho la crítica a la nefasta trayectoria de la corriente morenista. De ahí que la concepción morenista esté plenamente vigente en las tesis.

Moreno realizó durante 10 años un entrismo, no indirecto sino bien directo, en el peronismo. La supuesta prensa independiente (porque la sacaba él) era Palabra Obrera que textualmente estaba "bajo la disciplina del Gral. Perón y del Comando Superior Peronista". Ernesto González -dirigente del PST y del CI- en un folleto escrito en 1971, dice que se proclamaron "parte del movimiento nacionalista burgués..." (¿Qué es y qué fue el peronismo? Revista de América Nro. 5, Mayo-Junio 1971). Palabra Obrera publicó y vendió 4 capítulos del libro "Los Vendepatrias" de Perón, donde éste hace profesión de fe anticomunista.

Tan evidente fue el sometimiento al peronismo que Ernesto González reconoce que el entrismo "nos llevó a minimizar las vacilaciones y capitulaciones de su dirección burguesa" (idem, pág. 46). En 1958 llamaron a "acatar la orden" y votar a Frondizi "para no romper la unidad de la clase obrera", o sea la subordinación obrera a la burguesía. Reconoce también que "Palabra Obrera apoyó críticamente al ala dura..." de las 62 Organizaciones (idem, pág. 43) y que cayeron en el "error" de considerar a Fidel Castro como un Aramburu y a confundir la revolución cubana con la Libertadora (golpe contrarrevolucionario de 1955) (idem, pág. 49). Lo que no dice González es que actuaron así por la obsesión de mantener una fisonomía peronista inobjetable en momentos en que la dirección peronista era pro-Batista.

El entrismo concluyó en un fracaso. Esto es lo que el balance debería hacer; lo contrario de las "tesis" que resolvieron el problema con un "pacto de caballeros", eliminando la referencia al entrismo de Palabra Obrera pero manteniendo la concepción trinitaria de éste.

Las tesis plantean también la necesidad de formar "frentes o partidos comunes" con las tendencias centristas salidas de los partidos tradicionales y "saber arrastrarlas... hacia un partido revolucionario común". Para esto, señalan, se debe partir de "algunos puntos fundamentales de nuestro programa revolucionario, los que corresponden al trabajo común y tienden hacia una organización común" (Tesis XXXII, pág. 57). Se confía en la conquista de los centristas, no en la imposición de las líneas maestras del programa, sino en la infiltración, en el copamiento, y, por qué no, en la corrupción económica.

La reivindicación de la Asamblea Constituyente

El CI se refiere a esta consigna de un modo superficial en su "tesis" XXI (pág. 41), lo que, sin embargo, alcanza y sobra para poner de relieve que no han entendido la función política de la consigna. Debemos decir, nuevamente, que este superficialismo no es casual: es el resultado de negarse a someter a examen los errores que han cometido en el pasado reciente, a estudiar la rica experiencia de los últimos años y a reexaminar las polémicas habidas en el pasado (en especial con PO).

Para las "tesis", la consigna de la AC es una "concentración" de todas las reivindicaciones agrarias, nacionales y democráticas, lo que en cualquier idioma del mundo quiere decir que es la forma política de la resolución de esas tareas. Esto no le impide decir que lo que la Asamblea Constituyente "concentra", "la revolución proletaria (lo) debe resolver". El único sentido de esto es que la Asamblea Constituyente aparece como la forma política de la revolución proletaria, es decir, como sinónimo de la dictadura del proletariado.

Las "tesis" no hacen más que decir, alambicadamente, lo que Lambert señaló oportunamente con toda claridad: "...el

contenido de la constituyente soberana no es la constitución de la nación burguesa y sí la constitución de la nación liberada por el proletariado" (Informe de convocatoria al 23º Congreso de la OCI, julio 1978).

Es sobre la base de esta concepción que se presentó en Perú una "moción roja" que reclamaba a la Asamblea Constituyente dominada por la burguesía, que asumiera el poder ejecutivo para resolver "las contradicciones fundamentales del pueblo oprimido". Sobre esta base se le prometía, incluso, el apoyo político al que sería el nuevo gobierno burgués. En un texto que enviamos al POMR defendimos el reclamo de que la Constituyente asumiera el ejecutivo (defensa de la soberanía popular contra el gobierno militar, desenmascaramiento de los partidos burgueses mayoritarios), pero denunciábamos la orientación de considerar a la Constituyente la vía de paso al socialismo.

Es falso que la reivindicación de la Constituyente ocupa el primer lugar ("la expresión más elevada", dicen las "tesis") en el orden de jerarquía de las reivindicaciones nacional-democráticas. "La tarea central —dice el Programa de transición—... es la revolución agraria... y la independencia nacional... La consigna de Asamblea Constituyente... debe ligarse indisolublemente con el problema de la liberación nacional y el de la reforma agraria... en determinada etapa de la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deben surgir los soviets... Sólo ellos pueden llevar a su consumación la revolución democrática y abrir la era de la revolución socialista" (Edit. Fontamara).

La "jerarquía" establecida en las "tesis" no existe. Una guerra nacional liberadora puede hundir el régimen despótico y poner a la orden del día la Asamblea Constituyente. Esa guerra puede engendrar, o viceversa, la revolución agraria. Finalmente, la imposición de la reivindicación de la Constituyente va concitando el interés de las masas, que la burguesía se encarga de frustrar; esto provoca un alzamiento agrario o nacional. Estas combinaciones no se pueden prever, lo que importa es que pongan en marcha la revolución social y el armamento de las masas. Para las "tesis", la Constituyente debería "votar el armamento del proletariado" (pág. 42). Está claro que la consideran un sinónimo de dictadura proletaria.

El valor de la reivindicación de la Asamblea Constituyente es que plantea la vigencia de la soberanía popular contra los gobiernos autoritarios en los países en que la democracia burguesa clásica no llegó a prosperar. Para la burguesía el interés de esta consigna es ampliar las bases de su dominación, o darse medios más firmes para resistir una presión dislocadora del imperialismo. Por eso le interesa que la Asamblea Constituyente "concentre" los problemas del país, es decir, los ahogue; que el problema político de la democracia se desvincule de la revolución social. Para los revolucionarios el interés es el inverso; estimular la acción de las masas, sobrepasar, en la experiencia concreta, el estadio de la democracia formal. La conquista, por medio del voto, de la tierra para los campesinos, del armamento, de la escala móvil, de la expropiación de los monopolios ("tesis", pág. 42) es una ilusión del CI. Si ésta existe en las masas, la lucha por la Constituyente y en la Constituyente debe servir para superarla. Las "tesis" la comparten.

Frente a este peligro de las ilusiones constitucionales y democráticas, Trotsky señaló:

"1) El Partido debe recordar que, en relación con su principal objetivo, la conquista del poder con las armas en la mano, las consignas democráticas no tienen más que un carácter secundario, provisional, pasajero y episódico..."

"2) El Partido debe, en la lucha por las consignas de la democracia arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas de la pequeña burguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder en el Estado no se obtiene mediante formas democráticas de voto, sino mediante la propiedad y el monopolio de la enseñanza y del armamento..." (Leon Trotsky, El gran organizador de derrotas, pág. 303, Ed. El Yunque).

El pasaje del CI al democratismo se ve en otros dos as-

pectos.

Primero. El texto se plantea la relación que debe haber entre la consigna de "abajo la dictadura" y la de Asamblea Constituyente, y la resuelve así: antes de la apertura de una situación revolucionaria hay que plantear "abajo la dictadura". Luego que la dictadura cayó, la Asamblea Constituyente. De aquí se deduce algo valiosísimo: no plantear "abajo la dictadura" cuando ésta ya no existe.

Los errores se acompañan aquí con una insoportable pedantería; todo está clasificado.

Está fuera de duda que la consigna de fuera la dictadura tiene un gran valor como denuncia de la arbitrariedad imperante; pero en una situación contrarrevolucionaria sólo puede tener un valor agitativo, si es que no se la distorsiona hacia el putchismo. Pero no puede tener un valor de orientación para los trabajadores en condiciones de las masas en reflujo.

Sí lo puede tener la Asamblea Constituyente. A pesar del reflujo, la crisis política no cesa. La lucha interburguesa prosigue. La camarilla gobernante busca alguna legitimación constitucional. Unos y otros buscan atraer a ciertos estratos de la pequeña burguesía a su lado. La cuestión constitucional se plantea o se discute. El reclamo de Asamblea Constituyente basada en el sufragio universal y la libertad de organización y prensa, puede convertirse en un punto de agrupamiento de masas. Bajo la cobertura constitucional se pueden organizar centros legales. Las masas franquean un paso que las llevará a luchar por acabar con la dictadura. La consigna, como tal, es incompatible con un régimen autocrático.

Pero afirmar que cuando la dictadura cae la Asamblea Constituyente "cobra su plena virtud" es una pedante anticipación de los hechos. En Alemania, en 1918, fue el instrumento para acabar "democráticamente" con la revolución proletaria. En Cuba y China (1949), ni se planteó. Que la consigna sirva para desenmascarar al gobierno no proletario que pueda surgir en una revolución, depende de muchos factores, por ejemplo hasta qué punto la contrarrevolución no puede agrupar a una parte ponderable de las masas tras esa consigna, en otras constitucionales fue lo que ocurrió con la contrarrevolución popular en Bolivia, en 1946, y en Argentina, en 1944-45.

Darle "plena dimensión" a la consigna "después", vuelve a mostrar que consideran a la Asamblea Constituyente la forma política acabada de la revolución.

Segundo. Nos hemos enterado que el CI está en contra del planteo de "gobierno de Solidaridad" en Polonia, y que le contrapone la Asamblea Constituyente. No sabemos si esta consigna es apropiada: en Política Obrera hemos planteado la libertad para formar partidos, aunque esté prohibido por la constitución.

Pero este no es el asunto. El asunto es que, aquí, el CI plantea la Constituyente antes, y no después de la caída de la dictadura burocrática. Más, opone frontalmente la Asamblea Constituyente al gobierno de Solidaridad. ¿Qué tenemos que concluir? ¿Qué Kania va a convocar a la Constituyente!

El planteamiento de una oposición irreductible entre la Asamblea Constituyente y el gobierno de Solidaridad conduce, no a plantear la revolución política (proletaria) sino el restablecimiento de la democracia burguesa, es decir, un paso hacia la restauración política del Estado burgués. Y esto es tanto más nefasto en un país donde el peso de la Iglesia domina a una parte del proletariado y a la mayoría de los campesinos. Apoyamos todos los planteos de libertad política contra la burocracia dominante, pero explicando: a) que sólo "Solidaridad" los hará realidad; b) que consideramos al gobierno de Solidaridad la forma más alta de democracia.

El CI se ha "arrugado" todo. Las masas, no sólo en Polonia, tienen profundas ilusiones democráticas, por eso les repugna que se instaure un gobierno que represente a una parte del país, los obreros, incluso siendo ellos los obreros. Por eso, los soviets, Solidaridad o quien sea tiene la obligación de reclamar la vigencia de la libertad política. Sólo cuando se comprueba que ésta sólo será impuesta por los soviets o Solidaridad, es que la consigna penetra en toda su dimensión. Por eso

la consigna de Asamblea Constituyente no es incompatible con los soviets; se articula con estos. En la práctica se niega que haya en Polonia un doble poder.

Las "tesis" sostienen que las consignas de la democracia tienen cada vez mayor vigencia en los países imperialistas (pág. 41).

Es evidente que no encontraremos ningún país que tenga un desarrollo burgués democrático completo. Pero en los países imperialistas la democracia política tomada en su conjunto tiene un carácter reaccionario porque se trata de naciones burguesas consolidadas en la opresión sobre el conjunto del planeta. En los países coloniales y semicoloniales, en cambio, las reivindicaciones de la democracia política tienen un carácter progresivo porque chocan con el dominio del imperialismo. Las "tesis" no hacen la distinción elemental entre países burgueses opresores y oprimidos.

El CI se ha pasado al democratismo liberal más rampante.

Sindicatos y burocracia sindical

Durante años, la OCI francesa sostuvo la tesis de que los sindicatos de masas dirigidos por direcciones nacionalistas habrían dejado de ser organizaciones obreras. En cambio, los sindicatos dirigidos por stalinistas o socialdemócratas eran organizaciones independientes del proletariado. En el primer caso, se debía luchar por destruir esas organizaciones burguesas, en el segundo, se debía "recuperarlas".

P.O. mostró que los sindicatos de masas bajo el liderazgo nacionalista, stalinista o socialdemócrata reflejaban distintos grados de integración al Estado y a la política burguesa, y que constituía por lo tanto un embellecimiento de las direcciones stalinistas y socialdemócratas caracterizar a los sindicatos bajo estas direcciones como independientes.

La OCI se declaró neutral ante la intervención militar de la CGT argentina puesto que se trataría de una lucha interburguesa, un gobierno burgués que interviene una institución burguesa. La misma posición asumió cuando la dictadura brasileña intervino el sindicato metalúrgico dirigido por Lula, en 1979. La lógica de la posición de la OCI la conducía a coincidir con las dictaduras más reaccionarias del planeta.

Ahora bien, la historia del morenismo (a partir de 1954, porque antes tenía la posición lambertista) es la opuesta, porque sostenía que la burocracia sindical peronista representaba una alternativa independiente frente a la burguesía y al propio Perón. De ahí que su estrategia de construcción del partido se basaba en que la burocracia sindical peronista construiría un partido obrero. Ya fuera del peronismo, a partir de 1964, siguió sosteniendo esa estrategia, apoyando a cuanto burocrata sindical peronista levantara una vía de integración con las dictaduras militares independiente de Perón.

La misma concepción sostuvo el PST después del golpe militar de 1976. Como la dictadura militar desmantelaba conquistas sindicales históricas de la clase obrera, el PST sostuvo que la burocracia sindical estaba obligada a resistir a la dictadura y por lo tanto la conducta de los revolucionarios era estimular esa resistencia. De esta forma, en los años de mayor colaboración y pasividad de la burocracia (formaron comisiones asesoras de los interventores militares y sabotearon todo intento de lucha del proletariado), el PST "descubrió" una progresividad en la burocracia y con esa concepción llamó al activismo al "frente único con la burocracia", lo que entregó a ese activismo a la delación y al despido.

Ahora el ex CORCI suscribe —en las "tesis"— que "para la Argentina el combate por la independencia de los sindicatos pasa hoy por la reconquista obrera de la CGT" (Tesis XXXI, pág. 56). Años y años polemizando con nosotros, recurriendo a toda clase de faccionalismo, para sostener ahora, sin ninguna explicación ni autocrítica, esta consigna.

Y con qué argumento plantean la consigna: con el de que el aparato burocrático sindical argentino no es una agencia del Estado. ¡Claro que lo es, e incluso de la dictadura!

Así, las tesis del C.I. referente a los sindicatos concluyen de la peor manera: unen al embellecimiento de las burocracias stalinistas y socialdemócratas propias del CORCI, el embellecimiento de las direcciones nacionalistas, en especial del peronismo, característica de la corriente morenista.

Los revolucionarios deben militar allí donde están las masas, no importe quién controla sus organizaciones, para emancipar al proletariado de la tutela de la burguesía y cualesquiera sean sus agentes. Hay que recuperar la CGT argentina porque se trata de la organización sindical, de masas de los obreros, expulsando a la intervención militar y derrotando a la burocracia.

Tampoco bajo el gobierno peronista, la burocracia de la CGT y de los sindicatos era independiente o semiindependiente, pero la lucha por la recuperación de aquéllos era válida porque constituían la organización de masas del proletariado argentino.

Treinta años después: la OCI (CI) abandona las posiciones del PCI francés contra el pablismo

Las "tesis" afirman como norma del desarrollo político revolucionario la toma del poder por partidos stalinistas o pequeño burgueses y la formación de Estados burocráticos desde el inicio (revoluciones de "febrero"). También dicen que los partidos del tipo mencionado continúan siendo contrarrevolucionarios, aún cuando dirigen una revolución victoriosa. El establecimiento de Estados obreros dominados por una burocracia parasitaria no lo presentan como el resultado de condiciones específicas sino como la consecuencia inevitable del tipo de direcciones que encabezaron la lucha que desembocó en la destrucción del Estado burgués.

Pues bien, todo esto es exactamente el núcleo teórico del pablismo, expuesto en 1951, y combatido, exclusivamente, por el Partido comunista internacionalista de Francia —organización de la que desciende la actual OCI. Esto implica que la OCI, y con ella el CI, se ha autodesheredado de su único, pero valioso, elemento de tradición revolucionaria de lucha contra la liquidación de la IV Internacional. Este completo giro en las posiciones históricas de la OCI debe ser meditado cuidadosamente; de un lado, porque significa un cambio radical en la posición de esta organización en la lucha por las posiciones revolucionarias; en segundo lugar, porque es muy instructivo, ya que muestra con extraordinaria claridad como se metamorfosean los principios políticos cuando en lugar de servir como base granítica para construir un partido revolucionario, sólo se usan en la componenda y en la maniobra.

La variante "única" planteada por el CI, Pablo la formuló de la siguiente manera: el pasaje del capitalismo al socialismo "va a tomar probablemente un período entero de varios siglos y va a ser llenado entretanto con formas y regímenes transicionales entre el capitalismo y el socialismo y necesariamente desviándose de las formas y las normas 'puras'" (del texto ¿Hacia dónde vamos?). Es decir, en el lenguaje del CI, tendremos como norma, "febreros" y Estados burocráticos desde el inicio. ¿Qué decía el PCI al respecto?

En un documento —de junio de 1951— que fue avalado por la mayoría antipablista del partido ("¿Hacia dónde va Pablo?", cuyo autor es Bleibtreu-Fabre) se dice: "Lo que vemos es que la casta burocrática, que consideramos ser el producto específico de veinticinco años de degeneración del primer estado obrero, se supone que es la prefiguración de la 'casta' llamada a dirigir el mundo por dos o tres siglos. Así la noción de 'casta' ha sido archivada, y lo que está realmente envuelto aquí es una clase que no fue prevista por Marx, Engels, Lenin o Trotsky".

Respecto al asunto más particular de la burocratización de China desde el inicio (Pablo había planteado esto un año y medio después de la victoria de la revolución china), Bleibtreu-Favre, planteaba, en nombre del PCI lo siguiente:

"Si alguien pudiera explicarnos en qué coyuntura, en qué siglo, y sobre qué planeta la evolución de China pudiera

probarse comparable a la de la burocracia soviética nos gustaría oírlo.

“La noción es sólo admisible si aceptamos de antemano las tesis de Burnham sobre la rápida formación (cuando no la preexistencia) de una burocracia de tipo soviético dentro del mismo curso de una revolución.

“En este caso, esta burocracia no sólo tendría una ideología de valor internacional, sino que tendríamos que acordarle un rol históricamente progresivo. Al contrario, sin embargo, todo nos lleva a creer que el resultado de una revolución —incluso una que está aislada— va a probar ser diferente y distinta del de la URSS, incluso si esta revolución tuviera que degenerar debido a su aislamiento y debilidad. Trotsky demostró, claramente, en oposición a los revisionistas, que la degeneración de la URSS tiene un carácter histórico específico” (subrayados del autor).

Lo que está claro aquí es que para el PCI no había Estados burocráticos desde el inicio y que consideraba inadmisibles la formación de una burocracia en el curso de una revolución. Pero hay que entender que la posición contraria era la esencia del pablismo, que así lograba justificar su caracterización de que la situación mundial consistía, en esencia, en la oposición entre el imperialismo y lo que llamaba el “campo stalinista”.

Uno de los factores que llevaron a los planteamientos pablistas fue la conducta de los trotskistas chinos que fueron huyendo de las zonas conquistadas por la revolución hasta terminar, lógicamente, en Hong-Kong. Para Pablo esto se debía a que no comprendían la naturaleza dual de la política stalinista, y lo usó como elemento para liquidar las posiciones de la IVO en relación al stalinismo —suplantando la caracterización de socialmente dual o contradictorio, por políticamente dual. El texto del PCI se ve obligado, entonces, a analizar en extensión el problema de la revolución china. La naturaleza de la burocracia y de los PC. Vamos a citarlo entero, y su simple lectura va a mostrar el abismo que existe entre las posiciones revolucionarias del PCI y las del CI. Nuestra posición se entronca en la tradición de la lucha política del PCI.

“¿Cuál fue el error en China?”

“De acuerdo con el camarada Pablo, este error comenzó a continuación de la victoria de Mao Tse-tung’. En nuestra opinión, es un poco anterior.

“Una revolución estuvo desarrollándose en China desde 1946, una revolución en la que los trotskistas debían haber sido parte integral. Abandonados por Stalin, cuyo consejo apuntando a la formación de un gobierno de frente nacional con Chiang Kai-shek ellos habían rechazado, y cercados en virtud de que el ejército rojo (soviético) había entregado Manchuria a Chiang, los líderes chinos tuvieron que confrontarse con la más poderosa ofensiva que las tropas blancas hayan jamás lanzado contra el séptimo ejército. La única posibilidad que les quedaba abierta (al igual que la situación que tuvieron que confrontar los líderes del partido comunista de Yugoslavia en 1942-43) fue la movilización revolucionaria de las masas. Rechazando su línea stalinista de los años previos, adoptaron un programa limitado de reforma agraria, que las masas saludaron con gran entusiasmo. Por todos lados surgieron comités campesinos y grupos de resistencia que se organizaron para defender y extender la reforma agraria y para aplastar a Chiang, el representante de los terratenientes. El avance del ejército de Mao fue por sobre todo el producto del masivo reclutamiento del campesinado revolucionario, y del paralelo colapso del ejército campesino de Chiang, que fue contaminado por la revolución y por el hambre de tierras. El propio Partido Comunista chino sufrió un cambio en su composición social, los hijos educados de los campesinos acomodados que constituían la espina dorsal de sus cuadros hasta ese momento (y algunos de ellos tendieron a oponerse a la explosión de violencia elemental desatada por el giro efectuado por su partido), fueron sumergidos por el influjo de nuevos militantes endurecidos en la forja de la revolución misma.

“Así:

“1) El nacimiento de la revolución china fue el comienzo del fin del ‘stalinismo’ del PC chino.

“2) El PC chino dejó de subordinarse a las directivas del Kremlin y quedó bajo la dependencia de las masas y de sus acciones.

“3) Su composición social fue realmente modificada.

“4) El PC chino dejó de ser un partido stalinista y se transformó en un partido centrista que avanzaba paralelamente con la revolución. Esto no significa que el PC chino se transformó en un partido revolucionario ipso facto. Conservó de su pasado una serie de conceptos incorrectos y burocráticos, que vinieron a reflejarse en sus acciones:

—en el tímido carácter de su reforma agraria

—en limitarse al norte de China

—y en el esfuerzo conciente del PC chino para mantener aislado de la revolución al proletariado urbano.

“La dialéctica de la realidad social ha levantado ya ciertas barreras y hay razones para esperar que este curso continuará.

“En todo caso es absurdo hablar de un partido stalinista en China, y más absurdo todavía alimentar la creencia en cualquiera el parecido de ‘una victoria del stalinismo en China’.

“El error de los dos grupos chinos es precisamente haber fracasado en comprender la realidad social. Identificaron la revolución con el stalinismo, lo que significa identificar al stalinismo con su negación.

“Los camaradas chinos le dieron la espalda al movimiento revolucionario de las masas, retrocedieron cuando fueron confrontados con el avance de aquéllas, y finalmente acabaron en Hong Kong.

“Su mayor error no fue su fracaso para comprender al stalinismo; fue una más seria y diferente falta de comprensión.

“No reconocieron el verdadero rostro de la revolución. Vieron al avance de los ejércitos revolucionarios de Mao como un paso adelante del stalinismo. Fracasaron en entender que lo fundamental es la acción de las clases, que son las clases y no los aparatos las que hacen la historia, y que una vez puestas en marcha la acción de las masas es más poderosa que el más fuerte de los aparatos.

“En varios aspectos el camarada Pablo revive los errores analíticos de los camaradas chinos, aún si sus conclusiones son las contrarias, aunque igualmente desastrosas.

“Comete el mismo error sobre la naturaleza de la revolución china, a la que considera como una victoria —no una ‘pura y simple victoria’— pero con todo una victoria del stalinismo...

“Comparte el mismo criterio errado en lo que respecta a la naturaleza ‘stalinista’ de un partido comunista. La naturaleza stalinista de un PC está constituida por su dependencia total y directa de los intereses y de la política del Kremlin. La negativa de parte del PC chino a aceptar la existencia legal de la tendencia trotskista —sea fuera o dentro de sus filas— e incluso la represión contra esta tendencia de ninguna manera puede constituir un criterio que ‘demostraría su carácter stalinista y burocrático’ (Pablo), pero solamente su falta de comprensión de la revolución permanente, una falta de comprensión que no es específicamente stalinista.

“Comparte la misma falta de comprensión de las relaciones entre las masas, el PC y la burocracia del Kremlin: Pablo pone un signo igual entre la naturaleza dual de los PCs y la naturaleza dual de la burocracia soviética...

“La naturaleza dual de la burocracia soviética es el reflejo y el producto de contradicciones en la sociedad soviética. Se expresa en el bonapartismo del stalinismo cuando es confrontado con fuerzas sociales dentro de la Unión Soviética y a escala mundial. La política de la burocracia no es dual sino, más bien forma un conjunto integral a través de todas sus variaciones; es una política de mantener el equilibrio entre las clases básicas.

“La naturaleza dual del partido comunista significa una cosa un poco diferente y expresa una contradicción diferente,

por el hecho de que una burocracia parasitaria de tipo soviético no existe internacionalmente. La dualidad, la contradicción de un PC, viene del hecho de que es un partido obrero en virtud de su base social (una base necesaria para la acción de equilibrio del Kremlin) y un partido stalinista en virtud de su política y de su dirección (una dirección elegida desde arriba sobre la base de su total sometimiento a los órdenes del Kremlin).

“Cuando por una razón u otra esta subordinación deja de existir, el partido deja de ser stalinista, y expresa intereses diferentes de los de la casta burocrática en la URSS. Esto es lo que ocurrió (debido a la acción revolucionaria de parte de las masas) en Yugoslavia bien antes de la ruptura de relaciones; la ruptura sólo la hizo oficial. Esto es lo que ya ha ocurrido en China, y se reflejará inevitablemente en una ruptura de relaciones cualquiera sea el curso que tome la revolución china” (Los subrayados son del autor. El texto está extraído de Trotskyism versus revisionism - A documentary history - volume one, New Park Publ., págs. 52-79).

En un documento de los trotskistas franceses, de octubre de 1953, que hace el balance de “las sucesivas etapas del revisionismo pablista”, ratifica todas estas posiciones, y allí donde las “tesis” del CI afirman que “el revisionismo tiende a destruir la IV Internacional” (¡tiende!) (pág. 63) y proponen discutir una “modalidad” de unificación con el SU el documento de balance de Octubre de 1953, decía:

“La salvación de la IV Internacional exige imperativamente la inmediata expulsión de la dirección liquidacionista. Una discusión democrática deberá en este sentido ser abierta dentro del movimiento trotskista a escala mundial sobre todos los problemas en suspenso, enmarañados o falsificados por la dirección pablista en tres años. Dentro de este cuadro, será indispensable para la salud de la Internacional que la mayor

autocrítica sea emprendida sobre todas las fases y causas del desarrollo de la gangrena pablista”.

Adónde va el CI

El Comité Internacional es el fruto de dos “pecados”: de la ruptura sin principios del PST con el SU y de la escisión sin principios del CORCI por parte de la OCI, esto de un lado; y del otro, del acuerdo maniobrero y sin principios del PST con la OCI. Este proceso y estos métodos explican la degeneración política que testimonian las tesis. La maniobra suplanta a la discusión; el agregado indiscriminado de las posiciones de uno y otro reemplaza la claridad; el disciplinamiento prematuro de las diferencias prevalece sobre la necesidad del amplio balance político, capaz de permitir un nuevo impulso teórico y de organización.

Pero aún en engendros anti-natura como el CI, la lucha de clases ejerce su presión implacable. Esto plantea dos alternativas. La primera es que el CI se aferre a salvar a todo precio su unidad burocrática. En este caso tendrá que encubrir los desastres y el mayor apartamiento de la vía revolucionaria de sus tendencias y/o secciones. El resultado de esto será el entrar en un proceso de mayor degeneración política.

La segunda es que la confrontación con la lucha de clases haga entrar en saludable crisis los planteamientos del CI. Esto quiere decir que la discusión se abra paso. En este caso el CI entrará en estado de asamblea o disolución. Una última posibilidad sería que asuman lúcidamente la necesidad de abrir una honesta delimitación y clarificación de posiciones. Los indicios, sin embargo, apuntan hacia la primera alternativa.

agosto 1981

El desbande del Comité Internacional

Por Jorge Altamira - Julio N Magni

(del CC de Política Obrera)

Con una rapidez asombrosa, el Comité Internacional (CI), fundado por el CORCI y la FB, en diciembre de 1980, se dividió 9 meses después. La lucha de clases, rápidamente, hizo entrar en crisis los planteamientos del CI y todos los problemas políticos y organizativos que se intentaron tapar con la "unificación" saltaron al primer plano. En lugar de abrir una discusión honesta y avanzar hacia una clarificación de las posiciones políticas en divergencia, los componentes del CI se precipitaron por la vía de los métodos del faccionalismo, las expulsiones sumarias y las acusaciones de todo orden. Esto se puede ver gráficamente en lo siguiente: de las centenares de páginas de la "polémica", sólo 15 escasas carillas corresponden a la discusión política, las restantes son denuncias, acusaciones, resoluciones y actas-sumarias de maniobras.

Todos esos métodos organizativos traducen el fracaso político del CI, que se mostró incapaz de organizar en sus filas la discusión política. Más aún, contra lo que proclamaban a diario, es decir, que marchaban hacia el centralismo y que la "unidad" era tal que ya no quedaban rastros de las corrientes que lo habían conformado, apenas se produjeron las divergencias salió a luz la estructura organizativa y política real del CI: la disolución de las Tendencias había sido ficticia, funcionaban por acuerdos, reinaba el federalismo; en síntesis, no eran una organización realmente internacional, no estaban basados en una real actividad colectiva internacional de organizaciones efectivas y reales en cada país. Por eso se dividieron con tanta facilidad; por eso pudieron tirar por la borda, en cuestión de horas, al "Comité Internacional".

Podemos extraer un primer balance de esta división. Las unificaciones apresuradas, sin principios, son una fuente de confusión política. Pero una vez que las divergencias políticas

se abren paso, se plantean dos alternativas. Una es que sus componentes organicen la discusión, lo que permitiría un avance en la clarificación política. La discusión podría absorber las divergencias o conducir a la división, pero en ambos casos, sobre bases políticas claras y delimitadas. En cualquier circunstancia, el resultado sería un progreso en la comprensión y en la elaboración del programa. La otra alternativa es que se ahogue la discusión, por mezquinos intereses de preservación. El resultado es el encubrimiento de los desastres políticos, el mayor apartamiento de la vía revolucionaria de esas corrientes y la confusión y desmoralización de sus militantes.

Esto último es lo que ha ocurrido con el CI (para lo primero faltaba no solo principios políticos y revolucionarios sino también honestidad). Si la "unificación" tuvo un carácter regresivo; lo mismo ha ocurrido con la división. Fue una escisión no preparada, sin delimitación política, rápidamente ahogada, y, por lo tanto, una fuente de confusión y desmoralización política para las bases de esas corrientes.

La Tendencia Cuarta Internacionalista (TCI) ha ido marcando paso a paso el fraude político del Comité Internacional, y nuestro pronóstico sobre su inevitable fracaso ha tenido una contundente confirmación. Para entender la bancarrota del CI es inevitable remitirse a lo dicho por nosotros desde el comienzo.

Los componentes del Comité Internacional

El Comité Internacional (precedido por el Comité Paritario, constituido en octubre de 1979) fue el resultado de un fraude político. Este es un punto fundamental que debe quedar claro de entrada. La división del CI resulta de una falla de origen, y

no de problemas derivados de un desarrollo.

De un lado estaba la OCI, para quien las divergencias históricas con el revisionismo corporizado en el Secretariado Unificado (revisionismo que se expresaba en el seguidismo de éste a los movimientos pequeño burgueses de los países atrasados aliado a la burocracia moscovita) habían dejado de tener un carácter de principios. Es así que la OCI fue virando hacia un planteo de unificación con el SU, al que pasó a calificar de organización revolucionaria basada en el Programa de Transición y parte del mismo tronco de la gran familia trotskista, como una de sus ramas.

Posiblemente hubo en este viraje el cálculo de que ello podría escindir a la sección francesa del SU, donde existía un grupo pro-OCI y al propio SU, entre la corriente encabezada por el SWP y el mandelismo, dadas las divergencias que existían entre estos en torno de una serie de cuestiones y también en torno de la propia apertura de un proceso de unificación con la OCI. La OCI actuaba en base a una caracterización de la crisis del SU, en la cual la corriente de Mandel personificaba al "centrismo" rescatable contra la que sería la franca derecha antitrotskista dirigida por el SWP —aunque, claro está, desde 1972 a 1979 caracterizaban a la fracción de Mandel como esa derecha y al SWP como un partido obrero revolucionario. (El morenismo, nucleado en la fracción bolchevique, no entraba, aparentemente, ni en los cálculos ni en las caracterizaciones de la OCI). Pero la OCI proponía la unificación con el conjunto del SU, es decir con las dos corrientes (además de otras menores), y de ningún modo reclamaba la ruptura del centrismo con la derecha. Como era una maniobra sin principios, los cálculos de beneficios organizativos se anteponían a la lucha política de posiciones. La OCI fue tan lejos por este camino que no abrió la boca ante el pasaje abierto del SWP a las posiciones del castrismo (formulado en enero de 1979, en ocasión del XX aniversario de la revolución cubana), ni tampoco ante el apoyo político incondicional del SU al sandinismo y al gobierno de reconstrucción nacional de Robelo y Chamorro en julio de 1979. El Bureau del CORCI, en octubre de 1979, no tuvo ningún problema en considerar un texto de Mandel, enmendado por Lambert, "como un texto de principios". Ni en ese texto ni en ningún otro, el CORCI formuló alguna objeción al curso pro-castrista y pro-sandinista del SU, más aún, Lambert en sus enmiendas proponía que las cuestiones de la coexistencia pacífica, el stalinismo, el castrismo, de: "en una palabra, todas las cuestiones que son el objeto de las más vivas discusiones en las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional" ("La Verité" nro. 589, diciembre 1979, pag. 85) quedarán para ser tratadas más adelante. Con toda razón S. Just, dirigente de la OCI reconoció un mes después de constituido el Comité Paritario, que "su constitución no estaba en nuestras perspectivas..." (I.O. nro. 925, 24/11/79), porque éstas no eran sino las de la unificación con el SU.

De otro lado estaba la Fracción Bolchevique. Esta se encontraba, al revés, dentro del SU desde su fundación en 1963 y se había propuesto, como aún lo reconocían en diciembre de 1980, "disputar la dirección de la IV Internacional para el XI Congreso" (Informe de actividades de la FB, pag. 6). La FB concentró su plataforma política en la crítica a la concepción de "dictadura del proletariado" de la mayoría del SU, para proponer una concepción más revisionista aún, pues identificaba el fortalecimiento de las burocracias de los estados obreros con la defensa de éstos y proclamaba perimida la teoría marxista de la dictadura del proletariado como una transición hacia la abolición del Estado y como una etapa en la que éste va agonizando (ver crítica en Internacionalismo nro. 2).

Respecto a la línea del SU de apoyo al castrismo y al sandinismo, la FB le había tomado la delantera desde mucho tiempo antes. Ya en noviembre de 1977, la FB había caracterizado el frente del FSLN con la burguesía opositora como "un fenómeno contradictorio", esto es, "regresivo en tanto forma parte de la estrategia mundial del imperialismo americano, pero enormemente progresivo en tanto puede llevar al fin la dictadura somocista y a detonar antes o después un potente movi-

miento de masas en el país ("Revista de América" nro. 6, noviembre de 1977, subrayado nuestro). Es decir, que lo que llevaría al fin del somocismo era el resultado de una estrategia mundial del imperialismo, y no que esta estrategia era "un freno interior" a la victoria completa de la revolución. Toda la trayectoria de la FB apuntaba hacia su disolución política y organizativa en los movimientos pequeño burgueses y nacionalistas.

Lo real es que la FB no contaba con ninguna base política, ni organizativa, para poder convertirse en dirección del SU, por lo que sus textos eran una mezcla de un faccionalismo espeluznante con el super-autoabultamiento de sus cifras de militantes para reclamar una representación en el Congreso del SU, diez veces mayor que la real.

La posición de la FB frente a la propuesta de unificación efectuada por la OCI fue planteada en la reunión de éste del 31 de marzo al 4 de abril de 1979 (o sea, a sólo 6 meses de unificarse con el CORCI —OCI—) y que fue rechazado por la mayoría del SU. Allí sostenían:

"Que el CORCI es una organización trotskista cuyo rasgo dominante es el sectarismo y que además en estos momentos atraviesa una crisis que lo está llevando a la desaparición como organización internacional, así como a serias crisis en sus organizaciones nacionales" y proponía "no concretar una unificación internacional antes de que transcurra un año de trabajo conjunto" y "previa unificación nacional de la OCI y la LCR francesas como mínimo" (Boletín mensual de la FB, abril 1979, anexo 4).

Esta moción ilustra varias cosas. Primero, reivindicaba al SU, ante el cual el CORCI era una "secta en disolución". Segundo, buscaba someter a la OCI a un proceso de integración con la LCR, o sea, procesar el ingreso pleno de la OCI al SU a través de su disolución política y organizativa previa. Tercero, que este proceso se extendiera para después del XI Congreso, a fin de que el lambertismo no se sumara a la mayoría del SU y dejara a la FB en una superminoría.

A fines de setiembre de 1979 estalló una crisis en el SU que tuvo como detonante la expulsión de la Brigada Simón Bolívar por el gobierno nicaragüense. Esta "Brigada" fue formada por la FB en una línea de pleno apoyo al FSLN. Si bien casi no llegó a actuar (llegaron a Nicaragua cuando el FSLN hacía su entrada en Managua), se presentaron con las banderas del FSLN y hasta se llegaron a pavonear por haber sido recibidos por el Chamorro y Robelo, en Costa Rica.

El SU exaltó la formación de la BSB y "Rouge" (órgano de la LCR francesa), en su primera página, saludó a "nuestros primeros combatientes" en suelo nicaragüense. Para la mayoría del SU, la maniobra de la FB de formar la BSB al margen suyo estaba ampliamente compensada por la audaz iniciativa de enviar un contingente, aunque sea pequeño, a respaldar al FSLN, lo que podía abrir amplias posibilidades de colaboración con el sandinismo.

La crisis en el SU estalló, no cuando la BSB se formó, lo que muestra que no existían orientaciones divergentes, sino cuando fue expulsada. En la "autocrítica" del PST colombiano (de la FB) sobre este punto se señala que la expulsión de la BSB no fue por desarrollar un enfrentamiento político con el FSLN, que no existió, sino que la atribuía a la desconfianza del FSLN hacia una organización separada que podía estar haciendo un doble juego. Para el PST colombiano, de acuerdo con esto, lo que se debió haber hecho era disolverse también organizativamente en las filas del FSLN para un trabajo a largo plazo.

Para la mayoría del SU la expulsión de la BSB fue un incidente menor, o directamente una provocación, de la propia FB, que había concluido poniendo en peligro las relaciones con el FSLN. Se daba así el exabrupto de una organización "revolucionaria" que no sólo no salía en defensa de sus militantes ante el ataque del FSLN sino que se sumaba a este ataque todo lo cual, a su vez, era compatible con la permanencia de la FB en las filas del SU !!

Ante la crisis política en el SU, que colocaba la exclusión de

la FB como un hecho, la FB pegó un espectacular viraje político y pasó a denunciar a la mayoría del SU por hacer frente con un gobierno burgués en la represión contra los "militantes trotskistas" y colocándose a sí misma en una orientación de denuncia del FSLN.

Esta crisis hizo estallar el proceso de unificación de la OCI con la mayoría del SU. Primero, porque puso de relieve que las divergencias en la mayoría del SU eran secundarias en relación a su amplio acuerdo con la política de integración con las corrientes pequeño burguesas favorables al compromiso político con la burguesía. Segundo, porque la OCI, manteniendo una caracterización de compromiso con el SU y llevada por la maniobra, siguió por la variante del impresionismo y pasó a ver ahora en la FB a un desprendimiento por la izquierda, que en el seno del SU combatía por posiciones trotskistas revolucionarias, cuando toda su trayectoria e incluso su orientación para Nicaragua, era de integración, más profunda aún que la mayoría del SU, en la política burguesa (disolución en el peronismo, en el centrismo, en el maotsetunismo, defensores de los procesos de institucionalización burgueses, etc.).

La formación del Comité Paritario

La "unificación" en el "Comité Paritario", del CORCI con la FB (a la semana de excluirse ésta del SU), tenía detrás suyo todo este fraude político. La metodología que se usó para la "unidad" ahondó más el carácter maniobrero del nuevo bloque político.

Cuando organizaciones de largas trayectorias políticas divergentes deciden abrir un proceso de "unidad" se supone primero que han clarificado divergencias y han verificado que tienen principios políticos compatibles con un marco organizativo común. Precisamente, el rasgo común de la OCI y del PST era el de haberse ubicado, en los últimos veinte años, en posiciones antagónicas. Para la OCI, por ejemplo, los movimientos nacionales de contenido burgués que se desarrollan en los países atrasados forman un único bloque reaccionario con el imperialismo opresor. Para el PST, por el contrario, los partidos "democratizantes" de la gran burguesía de esos países, que tienden a actuar en concierto con el imperialismo (UDP boliviana, Robelo y Chamorro en Nicaragua, radicalismo y peronismo en Argentina) tienen un carácter progresivo, por lo que deben ser apoyados. Para la OCI, los sindicatos obreros de masas dirigidos por el nacionalismo burgués son instituciones de la burguesía, anti-sindicatos, mientras que el morenismo los calificaba de "soviets obreros" (como llamó a los sindicatos peronistas). Si para el primero, los burócratas de esos "anti-sindicatos" eran meros funcionarios del Estado burgués, para el PST la burocracia era una expresión de independencia de clase y así apoyaba la normalización de los sindicatos intervenidos por la Junta Militar argentina a través de las "comisiones asesoras" organizadas por los interventores militares y compuesta por los burócratas peronistas. Otro ejemplo era la caracterización sobre la etapa abierta con la reconstrucción económica de Europa, en el plano mundial: para la OCI, se trataba de un período cuyo rasgo dominante era la destrucción absoluta de las fuerzas productivas, la imposibilidad de intentos democráticos formales por parte de la burguesía, sea la imperialista o la semicolonial, y la definición de todas las clases fuera del proletariado como integrantes de una misma "masa reaccionaria". Para el PST, asistíamos al período de mayor progreso histórico de la humanidad, de gran perspectiva para los procesos burgueses democratizantes y de inmensas posibilidades para substituir la construcción del partido revolucionario, por transformar a las direcciones pequeño burguesas en la dirección de la revolución socialista.

En lugar de proceder a una verificación en la actividad de las divergencias y a su clarificación, procedieron a... "limarlas" a cualquier precio para hacerlas "entrar" en la "unificación". La FB presentó la unificación como el resultado "inevitable" y "natural" de "dos corrientes históricas trotskistas ortodoxas",

de modo que no era "un hecho milagroso, inexplicable o casual" (Informe de actividades de la FB, pag. 3). Si en la declaración de la Tendencia Bolchevique (noviembre de 1976) todavía se reivindicaba la creación del SU, en 1963, presentando como uno de sus méritos el haber dejado fuera "a los sectores incurables (Healy, Lambert)", ahora se decía "que la reunificación de los años 1963 y 1964 fue viciosa y llena de problemas, mal encarada" y que en su momento Moreno, líder de la FB, había alertado "sobre el carácter indispensable de la participación de las dos organizaciones trotskistas de Europa, la dirigida por Healy en Inglaterra y la de Lambert en Francia, para asegurar y permitir una dirección proletaria en el proceso de reunificación" (N. Moreno, I.O., noviembre 1979). El "sector incurable" o "la secta en desaparición" se transformaba sin ninguna explicación en los guardianes de "la tradición obrera principista del trotskismo", como explicó Andrés Delgado, del PST, en un mitin de la OCI ("Correspondencia Internacional" nro. 1, enero 1980, pag. 98).

La FB presentó la escisión del CORCI de 1979, debido a la polémica de PO con la OCI, en torno a los sindicatos, como "una evolución que iba lentamente abriendo las puertas hacia el acercamiento posterior al PST argentino y la FB, ya que rompieron el POR de Lora en Bolivia y Política Obrera en Argentina, lo que significará un fortalecimiento para el CORCI al desprenderse de sus corrientes nacional-trotskistas" (Informe FB, ídem, pag. 5), y esto, cuando las posiciones del PST, sobre los sindicatos, eran del más crudo oportunismo ya que consideraban a las burocracias sindicales como corrientes independientes de la burguesía, declarando prioritario "en las tareas del PST considerar a la burocracia (sindical peronista) como nuestro principal aliado" (documento T. Bolchevique, agosto 1977) y "orientar todo nuestro trabajo hacia el frente único con ella". Más aún, consideraban al planteo de la dictadura militar argentina, de dictar una ley de asociaciones profesionales que sustituyera gradualmente la intervención militar directa por otra de regimentación "institucional", como progresivo, y así la apoyaron públicamente (documento de la dirección nacional del PST argentino, mayo 1978 —ver también "Opción", junio y julio de 1978).

Lo que era real en este informe de la FB era el señalamiento del viraje de la OCI hacia la unificación incondicional con el SU, del cual la ruptura con PO y el POR fue un paso importantísimo que creaba un terreno común con el revisionismo en todas sus alas, incluida la FB y el PST.

La formación del CP no tuvo una base de principios ni siquiera en torno a la Brigada Simón Bolívar. Lambert, en julio de 1981, en pleno "jililio" del CI, confesó que "al comienzo, nosotros, del CORCI no sabíamos lo que era la Brigada pero sabíamos que el PST argentino era un partido trotskista" (reportaje en "O Trabalho" nro. 115, 22/7/81, Brasil). Lo primero no le impidió salir en defensa de la orientación y posiciones de la Brigada y formar una "organización" internacional para "reconstruir la IV Internacional". Lo segundo era falso porque durante toda su existencia la OCI denunció al morenismo como "antitrotskista".

"No lograrán separarnos —advertía N. Moreno en la conferencia de formación del CI en diciembre de 1980—. No existe maniobra oratoria que nos pueda separar. Es el método y el programa que nos une, son 40 años de lucha por la clase obrera y la IV Internacional". Casi las mismas palabras empleaba Lambert. "Teníamos una historia común aunque con trayectorias no comunes. La historia común es el programa de la IV Internacional, la historia común era la de la intervención en la lucha de clases a partir de ese programa" ("O Trabalho", ídem). ¡Qué farsa!

Se puede sacar aquí una conclusión. No existe maniobra por más legítima que sea (en este caso, aprovechar las divergencias en el SU) que pueda justificar el reemplazo de la claridad política por el abandono de la delimitación con el revisionismo. Presentada al comienzo por la OCI como una "táctica" para atraerse al SWP y separarlo del mandelismo, pasó a ser la "táctica" para atraerse a este último contra el SWP, para luego

“unificarse” con la FB, al margen de Mandel y del SWP y proclamar que la finalidad de esta “unidad” era la “unificación” con el SU. Como lo importante en las maniobras son sus finalidades políticas, y como el abandono de la diferenciación con el revisionismo significa un viraje político global, el CORCI concluyó disolviéndose políticamente en la corriente más derechista por excelencia del SU, que desplegó y despliega una política de abierta colaboración con la burguesía de su país y ¡de qué trayectoria!

La capitulación ante el frente popular: base de la unificación.

A pesar de todo este “floreo” entre el CORCI y la FB, los imperativos de la lucha de clases que actúa como una ley ciega y absoluta sobre todas las clases y partidos, pero por sobre todo sobre oportunistas que creen que podrán librarse de ella, hicieron estallar el compromiso político oportunista del CI. Una de las divergencias más importantes radicó en la estrategia del frente único, tanto en los países imperialistas como en los atrasados.

Es importante, en este balance del CI, señalar que toda la corta trayectoria del CI se centró en el apoyo político a los frentes populares o de colaboración de clases con la burguesía. La actual política de la OCI en Francia, ante el frente popular y la socialdemocracia, impugnada ahora por el PST, estaba en pleno desarrollo cuando se formó el CP y el CI, y estos se pronunciaron en la misma línea que la OCI. Ya vimos que la FB apoyó el frente con la burguesía en Nicaragua, antes del incidente de la Brigada. Pero éstas no fueron los únicos casos de apoyo a la política de colaboración de clases.

Otro caso fue la posición del CP ante el golpe de García Meza en Bolivia. Plantearon, entonces, la “unidad de todos los partidos y de todas las organizaciones obreras y democráticas” con el objetivo de “la lucha por la democracia”, que se expresaba en el reconocimiento de un gobierno (el de Siles Suazo) que había abandonado la lucha y se encontraba en el exilio negociando con el Departamento de Estado.

El CP se colocó a la cola de la burguesa y proimperialista UDP. Planteaba un frente “por la democracia”, sin decir a qué clase de democracia se referían, pues no planteaban el reemplazo del ejército gorila por el armamento del pueblo, no planteaban las medidas antiimperialistas básicas (desconocimiento de la deuda externa, por ejemplo), no planteaban un frente único para poner en pie las organizaciones de las masas ni tampoco un planteo de control obrero de la economía nacional; se trataba pues de un frente para restaurar la democracia formal en la medida estricta en que ésta podía interesar a una fracción de la burguesía y al propio imperialismo. El CP proponía el reconocimiento internacional del gobierno inexistente, especialmente al Pacto Andino y a los EEUU (a éste porque –textual– “ha rechazado públicamente el golpe de Estado”, “Correspondencia Internacional” nro. 1, octubre 1980) es decir, que querían una marioneta dirigida por los yanquis para cerrar el camino independiente de resistencia a los explotados bolivianos. Ni qué decir que se silenciaba toda crítica a la UDP. Así, exactamente así, concebía el CP el frente único en los países atrasados.

En la misma orientación, el PST en El Salvador pidió, para esa misma fecha, su ingreso al Frente Democrático Revolucionario (FDR) calificándolo de “un paso progresivo en el combate actual contra la dictadura...” (“El Socialista Centroamericano” nro. 8, setiembre 1980). Se trataba aquí también del apoyo político a un frente de colaboración de clases, puesto que el FDR es la subordinación de las organizaciones armadas salvadoreñas a un programa, a una estrategia, y a una dirección burguesa; por lo tanto un factor de freno y no de impulso, de la revolución. Otro ejemplo de orientación similar es el Brasil, donde los grupos del CI estaban metidos en el PT sin ninguna diferenciación de su dirección pequeño burguesa (ver artículo en este número).

Hay que detenerse también en Perú porque aquí las posibilidades de desarrollo de los grupos del CP eran muy grandes. En 1978, el FOCEP había obtenido el 12 por ciento de los votos en las elecciones para la Constituyente, dejando muy por atrás al stalinismo y a las corrientes maoístas y centristas. Sin embargo, apenas instalada la Constituyente, un sector del FOCEP (PST, POMR, PRT, Ledesma) y de la UDP presentaron la “moción roja”, que planteaba que la Constituyente se hiciera cargo del gobierno para “resolver las contradicciones del pueblo oprimido” (“Revolución Proletaria” nro. 78). Se llevaba, así, a la Constituyente controlada por los partidos de la derecha a la categoría de un Soviet –única institución que puede asumir la tarea de resolver las contradicciones (antagonismo de clases interno y externo) de la nación. La experiencia electoral y parlamentaria hundió en 24 horas el revolucionarismo mal asimilado de estos “trotskistas” peruanos, que siguen un libretto francés (también mal asimilado, porque la Constituyente peruana no era una Convención y porque en el Perú de 1980 es el proletariado y no la burguesía el caudillo revolucionario de la Nación).

Finalmente el CP terminó llevando a la bancarrota a sus grupos peruanos afines cuando se constituyó el ARI, un frente electoral que reunía al 90 por ciento de la izquierda peruana, que levantaba un planteamiento de gobierno obrero-campesino y adoptaba como candidato presidencial a Hugo Blanco. El PST y el POMR se opusieron sin principios y formaron un frente propio, sectario, porque contaban con una tendencia infiltrada en la organización de Hugo Blanco, con la que esperaban forzar a éste a romper con el ARI y prestar su nombre electoral al Comité Paritario. En la maniobra tuvieron éxito, pero en política fracasaron, porque los electores obreros y campesinos repudiaron el divisionismo y le quitaron a Blanco el 90 por ciento de sus votos. “Abandonado” por los “trotskistas” el ARI fue copado por moscovitas y pekineses y se alzaron al rango de segunda fuerza electoral del país (por encima del APRA) y los grupos del CP se fueron a la bancarrota. En el informe de actividades de la FB de diciembre de 1980 se señalaba, acertadamente, que la situación del PST peruano es de “un panorama verdaderamente desolador” (sobre Bolivia decía que era “parecido” a Perú, con un trabajo “gris, mezquino”), lo que era atribuido a problemas organizativos y de compañeros (sic).

Por último, toda la orientación del PST argentino –como veremos más adelante– se basaba en el reclamo a los partidos burgueses a conformar un frente político, incluida el ala viedista de las FFAA, para una “apertura política”.

Necesariamente esta orientación se reflejará en las “tesis” programáticas constitutivas del CI, donde no hay ni un capítulo de análisis del Frente Popular siendo, como afirmó Trotsky, “la cuestión principal de la estrategia de la clase proletaria”. Esta omisión era más significativa aún porque en Francia, donde el CI tenía la principal sección, existía un frente popular en vísperas de llegar al gobierno.

Que sobre esto en las “tesis” no hubiera ni una palabra, se complementaba con la ausencia de un capítulo dedicado al análisis y caracterización de la socialdemocracia. Salvo dos o tres párrafos, la socialdemocracia no era siquiera mencionada, al punto que parecía una cosa del pasado.

En nuestra crítica a las “tesis” del CI pusimos de relieve ese hecho. “Es significativo esto –escribimos en “Internacionalismo” nro. 3– porque tanto el CORCI como la FB están metidos hasta el cuello en la estrategia de desarrollar ‘partidos socialistas’ y lo plantean sin ninguna delimitación de la II Internacional” y concluimos que “el propósito de esta omisión es quedar con las manos libres para todo tipo de maniobras políticas”. Esto se veía confirmado en que las dos o tres menciones de la socialdemocracia eran con el propósito de embellecerla. Se afirmaba, por ejemplo, que la socialdemocracia había cesado de jugar un papel contrarrevolucionario principal después de la segunda postguerra o que aquella era dependiente de la “democracia burguesa” por lo que se ubicaba como antagonica con las formas bonapartistas o con las dictaduras

militares, confiándole alguna progresividad. Esto, como veremos enseguida, coincidía plenamente con las posiciones políticas de la OCI respecto a Mitterrand y el PS francés.

El apoyo al frente popular francés es la base de la constitución del Comité Internacional

El Comité Paritario se formó en octubre de 1979. La “crítica” del PST a la OCI es de octubre de 1981. La actual política de la OCI estaba en pleno desarrollo cuando se formó el CP y durante dos años la FB respaldó la orientación de la OCI. Esto, además, lo dice explícitamente el propio documento del PST que critica a la OCI, pues, repetidamente, elogia la conducta política de la OCI hasta mayo de 1981.

La estrategia política de la OCI, desplegada en los últimos 5 años, parte de la caracterización de que la socialdemocracia francesa, encarnada en la dirección de Mitterrand, es antagonica a la V República gaullista y está, por lo tanto, objetiva y subjetivamente, por la liquidación del régimen bonapartista abierto por De Gaulle en 1958.

“En tal sistema (de la V República) no tiene cabida un partido socialdemócrata poderoso... el político burgués de ‘izquierda’ François Mitterrand se convirtió en dirigente de un poderoso partido socialdemócrata cuya vocación gubernamental es liquidar la forma bonapartista de gobierno, forma que las masas, obligadas por la situación, deberán liquidar mediante su movilización” (“Correspondencia Internacional” nro. 5-6, febrero-marzo 1981).

El vocero del Comité Internacional retomaba los análisis y orientaciones de la OCI que explicaba el resurgimiento del PS francés “como partido no colaborando con los gobiernos de la V República”, situado “sobre el terreno de la unidad de acción con el PCF” y respondiendo “a las aspiraciones unitarias” (“La Verité” nro. 592, junio 1980, S. Just, pág. 64). La OCI afirmaba que esa característica antibonapartista de los PS en general los llevaba “a jugar un rol particular como fue el caso en Portugal en 1975 o como lo es hoy el del PS en Francia” (“La Verité” nro. 586, pág. 108, abril 1979). Es significativa esta mención al ejemplo portugués porque en 1975 el PS se opuso a una de las fracciones militares que quería instaurar un régimen bonapartista con apoyo del PC, para apoyar a otra fracción (Eanes) que también propugnaba, e impuso, un régimen semibonapartista con apoyo del PS. Fue este último bloque el que liquidó los comités de obreros y de soldados que existían en Portugal.

Para la OCI, la “vocación” del PS es la de “liquidar la forma bonapartista de gobierno”, es decir al Estado burgués que existe concretamente bajo la forma de ese régimen. El PS no sólo tendría así un alto valor progresivo sino que estaba evolucionando hacia un partido realmente independiente de la burguesía. A esta conclusión llegaba la OCI puesto que afirmaba que todas esas “particularidades” le daban al PS “la posibilidad de un cierto desarrollo, de un reagrupamiento en su seno de militantes obreros que buscan las vías del combate por el frente único de clase para terminar con Giscard y la V República y sus instituciones bonapartistas” (“La Verité” nro. 586, abril 1979, pág. 109).

Como para la OCI, “la suerte del PS está estrechamente ligada al parlamentarismo burgués” y “en la V República y sus instituciones bonapartistas, el parlamento es un mero apéndice del poder ejecutivo...” (C.I. nro. 5-6, febrero-marzo 1981), el PS tenía por delante un papel enormemente progresivo.

Pero que el parlamento sea un apéndice del ejecutivo es algo que tiene sin cuidado a los partidos reformistas, pues cuanto más bastarda sea su existencia política, mejor –menor su responsabilidad ante las masas trabajadoras. Adjudicarle a los PS una vocación irreconciliablemente parlamentaria es acreditarles una vocación realmente empeñada en la reforma social. Se olvidó que fue el PS francés anterior a Mitterrand un artífice esencial del ascenso de De Gaulle (1958) así como de su consolidación. En realidad toda la sapiencia de la OCI se reducía a esto:

en un régimen como el francés, si el ejecutivo y el legislativo no están en las manos del mismo partido, puede plantearse una crisis institucional. Pero de ocurrir esto, la vocación del PS va a ser la de cerrar las brechas y evitar que la herida se abra. Como quiera que Mitterrand consiguió el ejecutivo y mayoría en el parlamento, ésta perspectiva no se dió. Desde 1975 Mitterrand viene reafirmando que será fiel a las instituciones gaullistas, y ni qué hablar a la principal de éstas, el ejército, que fue el que llevó a De Gaulle al poder y que es la única y verdadera fuerza del ejecutivo francés, como se vio en mayo de 1968 (la negativa del ejército a intervenir obligó a De Gaulle a llamar a un referéndum, que perdió).

En la polémica de PO con la OCI, en 1978, pusimos de relieve que era absolutamente falsa la idea de que la socialdemocracia tuviese una especie de ligazón inamovible con la “democracia burguesa”. Mostramos que el modelo de la socialdemocracia, el PS alemán, no se desarrolló en un régimen parlamentario (“hoja de parra del emperador alemán” –Marx), que los principales líderes socialistas españoles formaron parte de la dictadura de Primo de Rivera, etc. (ver “Respuesta a Just”, por Aníbal Romero, año 1979). Más recientemente, están los ejemplos de adaptación del PSOE a la monarquía de Juan Carlos y la del PS portugués al Gral. Eanes. La tendencia parlamentarista del PS es secundaria y totalmente subordinada al objetivo central que es la defensa del Estado burgués imperialista.

Lo que también es importante señalar aquí es que el ala de Mitterrand encarnaba, dentro del PS, al sector partidario de construir la “Unión de Izquierda”, esto es un Frente Popular, en el marco del régimen, contra las otras alas que se orientaban hacia un bloque parlamentario con el sector de Giscard (Rocard). Es falso pues que la “suerte” del PS estuviese ligada al parlamentarismo, porque sus dos corrientes fundamentales planteaban la integración con el régimen bonapartista o el frente popular. (En todo caso Rocard era más “parlamentarista” que Mitterrand, ya que éste buscaba formar una nueva mayoría para gobernar, mientras que aquél planteaba basarse en combinaciones parlamentarias cambiantes).

Ahora bien, con el desarrollo de la crisis del bonapartismo, profundizado con la huelga general de mayo de 1968, no sólo el PS sino partidos de la propia burguesía entraron en contradicción con este régimen específico del estado burgués (Giscard votó contra De Gaulle en el referéndum que provocó la caída del bonaparte). Esa contradicción significaba, precisamente, que en el campo burgués surgían fuerzas que se prestaban a tomar el relevo del régimen en decadencia, pues de lo contrario se crearía con seguridad una crisis revolucionaria. Pero esto no significa que el partido burgués o socialista van a luchar contra el régimen existente, ni mucho menos que van a buscar su liquidación o desmantelamiento, porque ello es incompatible con su función de defensores del Estado Burgués. La OCI abandonó el análisis de la política en base a la lucha de clases, para reducirla a combinaciones parlamentarias. Esto, porque el antagonismo abierto entre el PS, o un gobierno del PS, y la V República, sólo puede aparecer como un reflejo deformado de la agudización de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, en el que el PS juega como factor conciente (y no es, en tanto que partido, sino un factor conciente) un rol frenador y contrarrevolucionario.

El PS es un partido obrero-burgués, en el sentido de que es obrero, por su forma, y burgués, por su contenido, es decir por su programa y función política. Este partido, totalmente en crisis, fue reconstruido en la última década por un conjunto de corrientes provenientes de formaciones burguesas ajenas a la socialdemocracia francesa (como la del propio Mitterrand) y a medida que la crisis del gaullismo, agravada por la huelga general de 1968, planteaba la cuestión del recambio. En el PS francés la burguesía está presente de un modo diferente a otros PS, porque aquí está organizada en forma de fracciones autónomas (CERES, Rocard, Mitterrand). El PS francés es, hasta cierto punto, por esta razón, un frente popular en forma de un partido.

Esto, todavía, no agota el problema. El PS es un partido li-

gado a la clase obrera pero de una base social compuesta predominantemente por la clase media profesional y tecnócrata. Si se analiza la composición de los gabinetes ministeriales, de los responsables designados en las empresas públicas y en las empresas a nacionalizar, se ve que más del 50 por ciento son elementos sin partido, o directamente giscardianos-gaullistas, que sirvieron durante más de una década en funciones similares en el régimen bonapartista, y el resto son "socialistas" que formaban parte de los "staffs" de las empresas públicas y sociedades mixtas designados por Giscard-Pompidou, etc. Es esta capa social, compuesta de dirigentes asalariados del Estado o de dirigentes directos del capital que se convierten ahora en ejecutivos de las empresas nacionalizadas y a nacionalizar, la que asciende con Mitterrand. Esto, explica el entrelazamiento que se ha producido entre el gobierno "socialista" y el régimen de la V República.

Hay que también agregar en este desarrollo otra cuestión importantísima. La reconstrucción del PS comenzó con una estrategia de frente popular que llevó, a inicios de la década del 70, a la formación de la "Unión de Izquierda", esto es, la alianza del PS, PC y el grupo burgués (MRG), radicales de izquierda. El stalinismo francés tomó la iniciativa en 1975 de romper la Unión de Izquierda, como una forma de defensa del régimen giscardiano, para lo cual caracterizó como enemigo principal, no a Giscard, sino al PS.

Ante la ruptura de la Unión de Izquierda, se desarrollaron en el PS dos tendencias, la de Mitterrand, con la estrategia de reconstruir el frente popular, y el rocardismo, de armar una coalición política con Giscard. Predominó el ala de Mitterrand, lo que significaba una línea de oposición política a Giscard y de oposición al "divisionismo" del stalinismo. Aunque el PS no estaba en el mismo frente político con el PC, Mitterrand planteaba acceder al gobierno con una estrategia de Frente Popular es decir, con el PC y los radicales y gaullistas de "izquierda". Para la OCI, en cambio la oposición al viraje "divisionista" del PC colocaba al PS en una línea de "unidad obrera" y la oposición política de éste al giscardismo en una estrategia de ataque al régimen burgués. El divisionismo del PC provocó una alteración óptica en la OCI, pues se olvidó que si Mitterrand quería una unidad "obrero" con el stalinismo (esta unidad es también burguesa si no plantea el armamento del proletariado), también quería y realizaba una unidad burguesa con gaullistas y radicales renegados.

Otra alteración óptica fue provocada por las características de la elección presidencial de mayo de 1981. Como de un lado había un candidato burgués, Giscard, y del otro uno "obrero", Mitterrand, éste apareció encarnando la lucha real contra la burguesía, al punto de que la propia izquierda revolucionaria estaba obligada a llamar a votar por él. Pero aún bajo esta forma "pura", Mitterrand, por su política, era el candidato de una forma del propio régimen burgués actual.

Una muestra: las elecciones parlamentarias de 1978

Ya en las elecciones parlamentarias de 1978 fue clara la línea de capitulación de la OCI ante el frente popular. Es necesario recordar que para ganarse la confianza de un sector de la burguesía, Mitterrand aseguró de antemano que, en caso de una mayoría parlamentaria no pondría en cuestión la presidencia de Giscard, respetando las "instituciones" de la V República.

La OCI elaboró alrededor de esas elecciones el siguiente pronóstico: "cualquiera que sean los obstáculos que se levanten en el camino de las masas, más temprano o más tarde, antes de las elecciones, como resultado de las elecciones o después de las elecciones" se abrirá "la crisis revolucionaria" ("IO", nro 842, 15/3/78). En otro lugar decían que "una mayoría en votos y en electos del PS-PCF hacia concreto el objetivo de un gobierno PC-PCF sin ministros de las organizaciones y partidos burgueses. Esto significaba la muerte de la V República, la apertura de la crisis revolucionaria" ("La Verité" nro. 581, pág. 14).

¿Para quién se hacía "concreto" un gobierno "sin ministros

burgueses? Para el PC y el PS por supuesto que no, ya que estos estaban empeñados, uno, en lograr que continuara el gobierno de Giscard, y el otro en formar gobierno con el PC y la burguesía frentepopulista. ¿Para los obreros? ¿De qué modo, si estos siguen confiadamente a los partidos que, según la OCI, están obligados a liquidar la V República? Lo correcto era decir que una mayoría parlamentaria PC-PS ponía sobre estos la responsabilidad de poner un gobierno obrero independiente, pero que estos la rehuían como a la peste. Por tanto la lucha por una mayoría obrera debía ir acompañada de la lucha por darse los medios de tirar abajo a Giscard e imponer un gobierno realmente obrero. Esos medios podían ser los comités de acción, comités por un gobierno realmente obrero independiente formado por el PC, el PS, los sindicatos.

En base a su orientación, la OCI centró su campaña en el siguiente slogan "Los dirigentes del PS se han comprometido a desistir (a votar en el segundo turno por el candidato de "izquierda" —o sea PC, MRG— ahí donde éste esté mejor colocado). Si los dirigentes del PC se comprometen a desistir (por el PS), el 12 de marzo mayoría PC-PS; el 19 de marzo, la victoria" ("IO", 841). La victoria del frente popular. Además se ocultaba que el PS se comprometía a desistir no sólo por el PC sino también por el MRG y que, en 34 circunscripciones, le había cedido a éste las candidaturas.

En la primera vuelta de esas elecciones, los partidos que sostenían al gobierno obtuvieron el 46,5 por ciento de los votos, y el PC, PS y la llamada extrema izquierda el 46,3 por ciento. Los votos restantes se repartieron entre MRG, ecologistas y otras formaciones menores. La OCI dedujo de aquí que existía "una mayoría PS-PCF ("La Verité", nro. 581, abril 1978), sumando a los votos de estos los del MRG y la mitad de los ecologistas, (lo cual aún así le daba el 49,45 por ciento). "Es perfectamente legítimo sumar votos y porcentajes obtenidos por el PCF, PS, MRG y la llamada extrema izquierda y agregarle la mitad de los votos y del porcentaje de los ecologistas, cuya función ha sido de diversión en este escrutinio..." ("LV", Idem)

Hay que detenerse en esto porque todo este ejercicio matemático de la OCI apuntaba, ya no a abstraer de los partidos obreros su naturaleza frentepopulista, sino a considerar los votos a un grupo burgués —el MRG— como votos obreros. Si esto es así, ¿cuál es la diferencia entre la "Unión de Izquierda" y la "suma" de la OCI? Más aún, había que haber propugnado por que el PS y el PCF se presentaran con el MRG en un frente electoral unido, ya que esto hubiera ampliado "los votos y porcentajes"...

Por último, concluyeron encubriendo el apoyo del PS a los candidatos del MRG, presentando a la dirección socialdemócrata como autocrítica por ese "desliz" cuando se trató de una política tradicional y conciente. "Al interior del PS, de la base a la cúspide, —sostuvo la OCI ("La Verité" nro. 581)— se afirma la opinión (¿dónde, quién, cuándo?) que fue un error costoso abandonar 34 circunscripciones a los radicales de izquierda quienes, en todos lados, tuvieron un número de votos inferior al que hubiera obtenido un candidato del PS". Nuevamente la técnica electoral intenta sustituir el análisis de clase; lo cierto es que la "cúspide" no lo consideró un "error" como lo volvieron a mostrar en las elecciones "parlamentarias" europeas de 1979 y en las legislativas de junio de 1981 cuando los radicales de izquierda integraron las listas del PS. Todo esto fue criticado por PO en los años 1978 y 1979, lo que demuestra que el pasaje de la OCI a las posiciones del frente popular no comenzó en junio de 1981. (Ver "Destrocemos la provocación de Just-Lambert" por Rafael Santos, ed. PO, 18/2/79 y también PO nro. 302 (30/10/79).

La OCI y las elecciones de 1981

Toda la campaña electoral de la OCI se basó en la mistificación de que "las elecciones presidenciales fueron un combate clase contra clase, la burguesía, de un lado, la clase obrera y las masas explotadas, del otro" ("Informe del BP de la OCI preparatorio del XXVI Congreso", 29/7/81).

Que la masa de la burguesía se haya puesto de un lado, y la masa del proletariado y los oprimidos del otro, revela la pureza clasista que está adquiriendo la lucha política en Francia. Pero ésta no se presentó realmente así, pues, de un lado y de otro, los que se encontraban en la dirección eran direcciones burguesas. El fraude del Frente Popular consiste, precisamente, en que la representación de las masas es asumida por partidos obreros contrarrevolucionarios, coaligados políticamente con la burguesía. La candidatura de Mitterrand, en su forma obrera, era por su contenido, de frente popular. Por lo mismo, las elecciones no fueron un "combate clase contra clase", sino que éste estaba desdibujado entre una representación burguesa clásica (Giscard) y la burguesía frentepopulista.

Este hecho podía quedar parcialmente velado en las presidenciales donde se opusieron Giscard, candidato burgués, versus Mitterrand, candidato "obrero". Pero no ya en las legislativas siguientes de junio, cuando el PS se presentó en coalición con el partido burgués MRG. Pero en todo momento se trató de un enfrentamiento electoral donde la representación de las masas era asumida por una dirección burguesa de frente popular y la burguesía "bonapartista".

En la declaración del CC del 17 de mayo, la OCI calificó del siguiente modo el triunfo electoral de Mitterrand: "El 10 de mayo, el bloque unitario de los trabajadores y los partidos obreros derrocó a Giscard" ("Correspondencia Internacional" nro. 9, junio 1981). Se tomaba un aspecto de las elecciones, que las masas votaron contra los partidos de la burguesía, para escamotear que el bloque triunfante no era "unitario obrero" sino de frente popular.

Esa misma declaración planteaba, ante las legislativas de junio, (donde el PS hizo frente con el MRG), que "este voto trazará los contornos del futuro gobierno de Mitterrand y le proporcionará los medios para resolver los problemas vitales para el porvenir del país". (idem).

En lugar de señalar que lo que se planteaba era barrer del Parlamento a la UDF y RPR, a los partidos burgueses, sin depositar ninguna confianza en el PS y PC, la OCI planteaba que había que ayudarlos, claro que para la única política que estos partidos pueden ejecutar: la de la burguesía imperialista.

Cómo asombrarse entonces que el mismo día del triunfo electoral de Mitterrand, en una declaración del BP (10/5/81, 21 horas), la OCI sostuviera que "para los trabajadores" no se trata de "conseguir todo en un sólo día", (como si Mitterrand fuera a conseguirlo en mil); "se trata entonces ante todo de determinar hacia qué dirección se dirige y cuáles serán las primeras medidas que tomen" (idem). Un llamado a la pasividad, de refuerzo de las ilusiones en Mitterrand, de que éste podría marchar en un sentido revolucionario. En un editorial de "IO" del 30/5/81 se negaban a caracterizar al gobierno de Mitterrand de burgués, abriendo inusitadas ilusiones en que podría marchar por una vía revolucionaria: "El fondo de la cuestión se reduce a la respuesta que será dada a la pregunta: ¿colaboración de clase con el capital o lucha de clases contra el capital?"

Todo esto demuestra cuán redondamente falso es, como sostiene el documento del PST de "crítica" a la OCI que, la OCI, hasta el acceso de Mitterrand al gobierno, "denunció en su prensa la adaptación de Mitterrand, el PS y el frente popular, a los intereses, las necesidades y las instituciones de la burguesía y la V República". Esta insistencia del documento del PST es toda una confesión, ya que intentan salvar su corresponsabilidad en la orientación frentepopulista de la OCI y ocultar este aspecto de la base antimarxista de la "unificación".

La OCI y el gobierno de Mitterrand

Según el documento del PST, la divergencia con la OCI no radica en la caracterización del gobierno de Mitterrand puesto que "todos coincidimos en definir al gobierno Mitterrand como un Frente Popular" (M. Capa, "C. Internacional", nro. 13).

La verdad es que, si bien ambos dicen que se trata de un gobierno de Frente Popular, ninguno le da ese contenido, a saber que se trata de un gobierno de colaboración de clases recurso de la burguesía contra la movilización revolucionaria de las masas.

"Para determinar el carácter del gobierno Mitterrand. Mauroy es indispensable partir del movimiento de las masas que lo llevó al poder" ("Informe del BP de la OCI", ...idem). A lo que agregan: "Partiendo de estos datos, la OCI (u) considera que este gobierno burgués... es un factor de liquidación de la V República y de sus instituciones, un factor de profundización de la crisis del Estado burgués". Esta sola conclusión tira al tacho de basura toda la caracterización de gobierno de frente popular, recurso último del imperialismo contra la revolución proletaria, freno de las masas, etc., porque un gobierno que actúa para liquidar el régimen político de la V República, es decir, al propio Estado burgués que existe concretamente bajo la forma de ese régimen, un gobierno así es cualquier cosa menos un gobierno contrarrevolucionario.

Pretender determinar el "carácter" de un gobierno, es decir, su carácter de clase y su función política, por el hecho de que subió apoyado en una movilización (en este caso, electoral) de las masas, es un fraude. ¿Qué debería decirse, de acuerdo con esto, del gobierno de Perón, de Komeini o del FSLN? Este "método" de caracterización está escogido para llegar a una determinada conclusión, a saber, que se trata de un gobierno que impulsa, y no que combate, a la revolución.

La naturaleza y envergadura de un movimiento de masas que logra modificar la realidad gubernamental es un factor fundamental en la determinación de la nueva situación política que, bien entendida, se refleja sobre la propia conducta del gobierno. Por eso, contra todas las apariencias, puede decirse que, en la nueva situación creada en mayo de 1981, el gobierno Mitterrand es un gobierno burgués débil, si se lo compara con el de Giscard-Barre, esto, porque debe atender al problema de frenar a las masas y ganar tiempo mediante algunas concesiones. Pero el carácter de clase del gobierno y su función están determinados por su programa y su composición. Es de acuerdo a este criterio que el de Mitterrand es un gobierno burgués (de colaboración de clases), que es un factor de contención de la crisis de la V República y del Estado burgués. Al colocarse desde el punto de vista "de las masas que lo llevaron al poder", la OCI se coloca desde el punto de vista de las ilusiones de éstas, que creen que porque fueron ellas las que le dieron la victoria a Mitterrand, éste es su gobierno.

"La OCI considera —insiste el informe del BP citado— que este gobierno burgués de colaboración de clases no es el gobierno que la burguesía considera como suyo, porque es consecuencia de su derrota, de la descomposición de su representación y de sus cuadros políticos, porque resulta de la victoria política de la clase obrera que impulsó la unidad contra Giscard, el RPR y la UDF. Bajo este aspecto, es un factor de liquidación de la V República y de sus instituciones, un factor de profundización de la crisis del Estado burgués".

Se deduce de aquí, que, para la OCI, existirían peculiaridades en la situación política francesa que le darían al gobierno de Mitterrand un contenido real *altamente progresivo*. Nuevamente, la definición de que se trata de "un gobierno burgués de colaboración de clases" queda reducido a cero porque se le adjudica, ni más ni menos, que ser "un factor de liquidación de la V República y de sus instituciones, un factor de profundización de la crisis del Estado burgués". El gobierno de Mitterrand no sería entonces un freno de la lucha de clases del proletariado en las condiciones de crisis del régimen político de la burguesía, sino que se colocaría en una línea de ruptura con éste, como factor político conciente.

La OCI dice, acertadamente, que el de Mitterrand "no es el gobierno que la burguesía considera como suyo", para ocultar que, sin embargo, no puede actuar sino como instrumento de ella. Esto significa que, por eso mismo, Mitterrand tiene que esforzarse por ganar la confianza de la burguesía con concesiones de toda especie, y ésta es la línea fundamental de desen-

volvimiento de este gobierno. En verdad, este es el gobierno que la burguesía considera y no considera como el suyo. En tanto gobierno cuyo personal está en parte reclutado de las filas de los partidos obreros conciliadores (la mayor parte de los miembros de los gabinetes ministeriales, así como de los futuros dirigentes de las empresas nacionalizadas, ya fueron funcionarios de algunos de los gobiernos gaullistas precedentes), es un gobierno burgués hasta cierto punto indirecto, que la burguesía tolera y permite en tanto actúe al servicio de su clase, en particular conteniendo a los trabajadores y prosiguiendo como agente de la burguesía francesa a defender sus intereses, contra los pueblos oprimidos por ésta y en la competencia con los imperialismos rivales. Así ha caracterizado históricamente el trotskismo a los frentes populares, por lo que el planteo de la OCI significa una revisión en toda la línea.

Lo que la OCI descubre como peculiaridades "francesas" (ah! el "nacional-trotskismo") no son sino las peculiaridades generales de un gobierno de Frente Popular, a saber que sube en una situación de radicalización de las masas, que éstas colocan en el gobierno a partidos que se reclaman de la clase obrera y que por esto lo consideran como suyo. Por esto mismo, no son gobiernos burgueses "clásicos", "normales", sino recursos que la burguesía está obligada a admitir, para mejor defender al Estado burgués en crisis. Son recursos para preservar al Estado burgués y no, como afirma la OCI, para liquidarlo.

Qué clase de "recurso" es el frente popular

Que la OCI no le da a los gobiernos de frente popular el contenido de recurso último de la burguesía contra la revolución proletaria también puede ser visto desde otro ángulo.

S. Just (ver "Correspondencia Internacional" nro. 13) sostiene que "infringir a las masas una derrota mayor, exige derrotar al gobierno que las masas llevaron al poder, aunque éste sea un gobierno burgués. La burguesía de cualquier país siempre considera y trata así a los gobiernos de Frente Popular".

La burguesía prefiere en general a los partidos burgueses, lo cual es completamente lógico, pero hay momentos en que prefiere a los partidos obreros, porque son su único factor de contención, aunque lógicamente, no lo vaya a decir porque su objetivo general siempre va a ser el retorno al gobierno de los partidos burgueses, para lo cual tiene que preparar el terreno, por lo menos mediante la crítica. Si Just se limitara a decir esto, no diría más que una tautología, y la palabra "derrotar" es un abuso de lenguaje. Pero Just sostiene otra cosa; sostiene la inevitabilidad de un choque extraconstitucional, golpista, de guerra civil, que estaría dado por una suerte de incompatibilidad absoluta del frente popular con la clase capitalista.

La idea de que la vocación del PS es la de liquidar a la V República, de ninguna manera es un patrimonio de la OCI; en este punto, lo que ha hecho la OCI es seguir rastreadamente el pensamiento político de Mitterrand. Antes de capitular en los hechos, es en las ideas y en el programa, que la OCI se sometió a Mitterrand. Antes de 1971, fue Mitterrand, y no la OCI, el que planteó que no era posible el desalojo del gaullismo del gobierno con los métodos previstos por la constitución de la V República (ver "Le Coup d'Etat permanent", 1964, de François Mitterrand). Pero el mayo francés (1968) demostró que el régimen gaullista si aún no se rompía ya se doblaba, y que la salvación del Estado burgués en su conjunto implicaba negociar la perspectiva de un recambio gubernamental. A partir de 1970, Mitterrand abandona todo lo que hay de "radical" en sus planteos, y es aproximadamente en este período que la OCI va a proclamar que la vocación del PS es liquidar la V República, es decir, justamente cuando de esta "vocación" ya no queda nada.

El PS pasó a postular a partir de 1970 el mantenimiento, levemente "retocado", de las instituciones de la V República. El programa del PS de 1972 y el "programa común" de la Unión de Izquierda de 1973 ya se definían expresamente por una política de modificaciones formales de las estructuras de la V República. Así, por ejemplo, se postulaba el mantenimien-

to, modificando la forma de elección, del Consejo Constitucional, que tiene poder de veto sobre la Asamblea Nacional y el presidente. En 1978, para las elecciones parlamentarias, Mitterrand sostuvo abiertamente que en caso de un triunfo socialista no cuestionaría la presidencia de Giscard ni la V República. Y en 1981 gobierna con las instituciones bonapartistas.

Debemos detenernos en esta concepción de la OCI porque es una parte esencial de su estrategia respecto de Mitterrand. En resumen, significa lo siguiente: no hay que "pasarse" en las críticas a tal o cual medida del gobierno de frente popular, ya que, en definitiva, éste "siempre", más tarde o más temprano, concluye en el choque con la burguesía. Prepararse para ese momento significa no dejar pasar sombra alguna de que los trotskistas están en la oposición al gobierno de Mitterrand. Es lo que podríamos llamar la estrategia de la línea recta. El error es considerar aquí que el gobierno de frente popular está condenado a una única alternativa. Pero bien mirado sus alternativas son dos: a partir del objetivo de frenar y derrotar a las masas, puede lograrlo por sus propios medios o preparar el terreno para que lo haga un golpe o el fascismo. Son innumerables los gobiernos de colaboración de clases que lograron tal finalidad directamente (en Chile entre 1936 y 1947, el socialismo alemán en 1918-23, el frente popular francés en 1945-46, los gobiernos laboristas británicos, el frente popular portugués en 1974-75 o el socialismo portugués en 1975-77, etc.). El choque entre el gobierno colaboracionista y la burguesía en su conjunto, es una de las posibilidades, y es significativo que la OCI la considere la única, y que base su táctica en esta eventualidad, y no en lo que está ocurriendo hoy efectivamente -con Mitterrand acercándose con todo a la burguesía.

Está claro que allí donde el gobierno de colaboración de clases logra frenar a la clase obrera o derrotarla, deja de ser útil a la burguesía y es despreciado por las masas. En estas condiciones, puede caer o ser derrotado en las elecciones. Se ve, entonces, que la cuestión del "derrocamiento" de tales gobiernos se plantea cuando ya han logrado en mayor parte sus objetivos, porque ahí sí son, de un lado, un obstáculo a la imposición del conjunto de medidas sociales y económicas que la burguesía exige para restablecer la plenitud de su dominación, y, del otro, son un factor que bloquea la canalización del descontento popular de una parte de la pequeña burguesía y del proletariado hacia la derecha. Por todo esto, el desplazamiento de un gobierno de frente popular es un momento de crisis política, que puede o no replantear una situación de ascenso obrero. Pero hoy en Francia, donde es la burguesía la que está en retroceso, el frente popular es insustituible para el capital y lo que está planteado es cómo orientar a las masas para superar el obstáculo de este gobierno.

El frente popular es un recurso contrarrevolucionario último de la burguesía porque, en un período de crisis revolucionaria, su objetivo es desarmar y derrotar la movilización de las masas en defensa del Estado burgués. Ese es el contenido concreto del Frente Popular. Esto significa que despliega un conflicto con el proletariado, que se desarrolla permanentemente, incluso en situaciones de crisis política con los partidos burgueses y el ejército, porque el frente popular se interpone como un obstáculo para la lucha por la dictadura del proletariado.

Es a partir de este antagonismo entre el frente popular y las masas -que la OCI oculta por completo- que se explica la conducta de la burguesía. Si el gobierno de frente popular logra directamente sus objetivos, esto significa que con métodos democráticos y bonapartistas, logra derrotar y disciplinar a las masas. Por ejemplo, ese fue el intento de Allende en Chile, que, entre otras cosas, incorporó a los militares al gabinete y aprobó la ley de requisición de armas contra las masas. Si Allende hubiese logrado aquel propósito, hubiese dado un paso hacia el bonapartismo y por lo tanto la alternativa del golpe pinochetista hubiera quedado inferiorizada. El allendismo, en este caso, hubiese cumplido, con sus propios métodos, los objetivos más generales del pinochetismo. Trotsky analizó esta variante en la guerra civil española. Consultado sobre la situa-

ción que se crearía con un triunfo del campo republicano, contestó: "Es posible que incluso con una victoria militar, el régimen victorioso se transforme en poco tiempo en régimen fascista, si las masas siguen estando descontentas e indiferentes y si la nueva organización militar creada por la victoria no es una organización socialista" ("La Revolución Española", V 2, pág. 98). Quiere decir que, para Trotsky, los republicanos, en caso de triunfar sobre Franco, cumplirían los objetivos generales del franquismo, y más aún, no excluía la posibilidad de que el régimen republicano se transformara en fascista. Ya Mitterrand dejó en pie las instituciones de la V República, lo que quiere decir que se prepara, ante una agudización de la lucha de clases, a utilizarlas contra las masas.

El conflicto directo entre la burguesía y el frente popular es un aspecto subordinado del antagonismo revolucionario entre las clases, que se expresará si el proletariado no se encheleca en la conciliación frentepopulista.

Es el fracaso del frente popular en disciplinar a las masas y no una cualidad inherente de él, lo que llevaría a la burguesía a derrocarlo. La OCI abstrae el antagonismo entre las masas y el frente popular para colocar a éste en conflicto irreductible con la burguesía. De esta forma, exige al frente popular de su objetivo de derrotar a las masas y por eso no lo coloca como un recurso "último" de la burguesía (alternativa del fascismo, pues ambos son "recursos últimos" que se imponen según la situación política: uno en Alemania de 1929-33, y el otro en Francia de 1934-36) sino que lo presenta como su negación. (Pero entonces: ¿por qué la burguesía no busca imponer ese otro gobierno ahora? Porque hoy su único instrumento posible es el frente popular).

Las nacionalizaciones: "Una negación de la propiedad privada"

Todos los partidos socialistas presentan en sus plataformas electorales el punto de las nacionalizaciones como un aspecto de su pretendida lucha antimonopolista. Lo mismo hizo el PS que, en su programa, de comienzos de la década del 70, decía que el propósito de aquélla era "arrancar de los monopolios el instrumento de su poder..." Esta formulación es, en boca de la socialdemocracia, palabrerío hueco (o "pour la galerie") pues cuando llegan al gobierno se olvidan de la "promesa", alegando diversos pretextos, como que no tienen mayoría en el parlamento, que los necesarios aliados no están de acuerdo, etc. Con Mitterrand se planteaba la misma situación, con la diferencia que la quiebra de la base pequeña burguesa de los gobiernos gaullistas le dio un arrasador triunfo electoral y mayoría parlamentaria absoluta para su partido. Este hecho ha obligado al nuevo gobierno a quebrar sus "promesas", ejecutándolas de tal manera que mayor sea el beneficio para la burguesía y que lo más rápidamente esas empresas vuelvan a manos privadas.

Que el gobierno de Mitterrand se ha visto obligado a marchar por la vía de las nacionalizaciones, en cierto modo contra sus intenciones, se aprecia en que ha modificado su justificación planteándolas como necesarias para "reequilibrar la estructura industrial del país", lo que nunca fue el planteo del PS. Se pretende con esto ocultar lo mucho de forzado que hay en las nacionalizaciones y reformular a estas últimas de modo de preservar las grandes posiciones nacionales e internacionales del capitalismo francés. Este replanteamiento tiene el propósito de ganar la confianza de la burguesía y mostrar que los planes económicos de la socialdemocracia son compatibles con las relaciones de producción capitalistas.

Para entender el programa de nacionalizaciones de Mitterrand hay que tener en cuenta que la burguesía imperialista francesa es una de las más endeudadas, con grupos empresarios con el 60 por ciento de sus activos hipotecados. El Estado francés, bajo el dominio gaullista-giscardiano, salió a rescatar las pérdidas de su burguesía, al punto que puede decirse que se trata de una "burguesía estatizada", esto es, sostenida por los subsidios estatales. Existen 800 empresas en las que el Estado

tiene una participación superior al 30 por ciento y esto sin contar las deudas empresarias con él. "No habría casi la menor duda que, si la antigua mayoría hubiese conservado el poder, habría ido al rescate de Rhone-Poulenc que, debido a su muy mala situación financiera no podría más recurrir al mercado de capitales" ("Le Monde", 8/12/81). En la siderurgia, que entró espectacularmente en crisis en 1977-78, el gobierno de Giscard salió a respaldarla, como fueron los casos de las empresas Bacilor y Usinor. Paralelo a este proceso se dio otro de financiamiento de las empresas estatales por la banca extranjera; por ejemplo Electricité de France, entre 1977 y 1980, obtuvo por ese medio el 57 por ciento de sus créditos. Esto muestra, a su vez, la coaligación entre la banca mundial y la burguesía francesa en las empresas estatales. Mitterrand continuará con esto, aplicando una política de "alianza con las firmas extranjeras" que mostrará "que la cooperación europea puede dar buenos frutos" ("Le Monde", 22/12/81).

Mitterrand contempló 5 grandes grupos a nacionalizar, pero excluyó de ello a las filiales; los bancos extranjeros (136) y 34 bancos regionales no se nacionalizan. La participación industrial en manos de los bancos será devuelta a los capitalistas privados. En algunos casos hay un retroceso porque el estado, de una participación supermayoritaria, pasa a tener el 51 por ciento de las acciones. Las nacionalizaciones se realizan en base a suculentas indemnizaciones, motivo por el cual grupos financieros compraron ultimamente acciones de las empresas nacionalizables, elevando el precio de las acciones, que son la base para el cálculo del monto indemnizable. Pero hay más todavía, la ley de nacionalizaciones, de acuerdo a la Constitución de la V República, todavía tiene que pasar por el Consejo Constitucional, integrado por "personalidades" de la derecha francesa, y es seguro que se las arreglará para elevar el monto previsto de 30.000 millones de francos de indemnizaciones.

Por el nivel de endeudamiento con el Estado, las nacionalizaciones significan que los préstamos "morosos" del Estado aparecen reemplazados por la participación estatal directa.

Tampoco se trata de una movilización de recursos financieros ociosos que el Estado los dirige hacia el desarrollo de ciertas áreas productivas. Aquí el Estado se hipoteca hasta la coronilla para "rescatar" industrias deficitarias.

Ahora bien. La OCI entró de lleno en la apología de las nacionalizaciones del PS. S. Just, en un artículo sobre éstas, sostiene:

"el gobierno Mitterrand-Mauroy debe intentar superar la crisis económica, remediar las debilidades del capitalismo francés... levantar industrias hoy decisivas, capaces de rivalizar con los grandes grupos extranjeros, en los mercados europeo y mundial: equipamiento industrial, química, electrónica, informática, etc." ("Correspondencia Internacional" nro. 13). Se trata, entonces, no de un recurso de crisis de la burguesía tratada, sino de un gobierno reformista, del conjunto del capitalismo sino de un gobierno reformista, del conjunto del capitalismo sino de un gobierno reformista, del conjunto del capitalismo sino de un gobierno reformista (es decir, de una "alternativa reformista y el estado francés (es decir, de una "alternativa reformista global", como los revisionistas del SU caracterizaron, precisamente hace 10 años, al programa de Mitterrand).

De más está decir que, si con las "nacionalizaciones", el PS logra lo que Just dice, el capitalismo francés tendría posibilidades de un amplio desarrollo y Mitterrand sería el representante legítimo de la burguesía, puesto que le daría una proyección que no pudieron darle ni De Gaulle, ni Pompidou, ni Giscard-Barre. Just dice que las nacionalizaciones son para el mejor competir en el mercado mundial, escamoteando que el primer paso de Mitterrand es reventar al Estado burgués en 30.000-45.000 millones de francos, o sea, reventar el futuro de las propias "nacionalizaciones". A Just se le ha "escapado" que el PS nunca planteó las nacionalizaciones para reformar económicamente al capitalismo francés, sino en relación a la utopía de la llamada "democratización del Estado". El "nuevo" planteo es un giro de última hora para acomodar la defensa del capital francés a la nueva situación política.

Para la OCI, las nacionalizaciones "son una negación de la propiedad privada de los medios de producción en el cuadro de la propiedad privada de los medios de producción, incluso

para salvarla" (S. Just, ídem). Estaríamos entonces en presencia de una expropiación parcial de los explotadores, es decir de una medida revolucionaria. La nacionalización burguesa es, en realidad, un acto de afirmación de la propiedad privada contra la tendencia a su supresión por la crisis y la bancarrota. El Estado sale a salvar, y no a negar, al régimen de producción que su propia crisis está llevando a la disolución. Las nacionalizaciones de éste son un acto de afirmación de la propiedad privada a través de la intervención del estado imperialista que toma a su cargo las pérdidas de la burguesía. Esto significa, que las nacionalizaciones buscan reforzar al imperialismo contra las masas del país y los pueblos coloniales y semicoloniales, mediante la intervención del Estado.

Que las nacionalizaciones no son una negación del capitalismo se ve hasta en el simple hecho de que las mismas no sólo están inscritas en la Constitución sino que ésta exige la nacionalización de todo lo que sea servicio público o monopolio de hecho; o sea, que forman parte, no sólo del capitalismo, sino del propio régimen político vigente.

Puede darse el caso de que la nacionalización constituya una centralización por el Estado de ciertas ramas o empresas que, de otra forma, por la acción del capital privado, no podrían desarrollarse. En este caso, no es una absorción de "pérdidas" sino la única alternativa para el desarrollo, merced a los recursos del Estado, de ciertas ramas productivas. También aquí no se trata de un acto de negación de la propiedad privada sino de afirmación de ésta por el Estado capitalista pero su resultado es un progreso económico. Pero Mitterrand hipoteca el Estado en 30.000 millones de francos para rescatar a una parte de la burguesía francesa.

Engels analizó, precisamente, que la tendencia a absorber las empresas en ruinas constituía una tendencia marcada por la crisis, que no negaba la relación capitalista sino la afirmaba.

"El período industrial de alta presión, con su crédito inflado ilimitado, lo mismo que la crisis con la ruina de los grandes establecimientos capitalistas, empujan a esta forma de socialización de masas considerables de medios de producción que se presenta bajo las diferentes formas de sociedades por acciones... Pero ni la transformación en sociedades por acciones ni la transformación en propiedad del Estado suprime la cualidad de capital de las fuerzas productivas. El caso es evidente para las sociedades por acciones. Y el Estado moderno no es sino la organización que la sociedad burguesa se da para mantener las condiciones exteriores generales del modo de producción capitalista contra las invasiones provenientes de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera sea la forma, es una máquina esencialmente capitalista: el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Cuanto más fuerzas productivas se apropie tanto más se convierte en un verdadero capitalista colectivo, más ciudadanos explota. Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. La relación capitalista no se suprime; muy al contrario es llevada a su culminación. Pero, llegado al punto máximo, se invierte. La propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas no es la solución del conflicto pero contiene el medio formal, la manera de alcanzar la solución". (Anti-Dühring, cap. Nociones Teóricas).

Es por esto que constituye una caricatura del marxismo la afirmación de que las nacionalizaciones tienen, en sí mismas, un carácter progresivo. Esto último dependerá si la nacionalización —como aclara Engels— es una "necesidad económica", o sea, "en el caso que signifique un progreso económico" (ídem). Es cuando el Estado toma a su cargo la propiedad y dirección de ciertas ramas o empresas que, por su dimensión, o por el monopolio privado, no se desarrollarían, lo que permite darle un impulso a las fuerzas productivas.

Pero si el frente popular es un recurso contrarrevolucionario de la burguesía, esto significa que viene a defender al capital de su disolución por la crisis, en especial de su factor conciente: el proletariado. Más en general, podemos afirmar que en la época del imperialismo la intervención de los Estados imperialistas responde, no a una necesidad de desarrollo de las fuerzas productivas, sino lo contrario: a la preservación de la propie-

dad privada y de las relaciones de producción capitalistas, contra la rebelión de las fuerzas productivas. Fue lo que señaló Trotsky en "La Revolución Traicionada".

El "estatismo, sea en la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler, los EEUU de Roosevelt o la Francia de León Blum significa la intervención del Estado sobre las bases de la propiedad privada, para salvar a ésta... El estatismo, en sus esfuerzos por dirigir la economía, no se inspira en la necesidad de desenvolver las fuerzas productivas, sino del problema de mantener la propiedad privada en detrimento de las fuerzas productivas que se rebelan contra ella. El estatismo frena el esfuerzo de la técnica sosteniendo empresas no viables y capas sociales parásitas. Es en una palabra *profundamente reaccionario*" (subrayado nuestro).

A diferencia de la OCI, es la gran patronal francesa que ha comprendido esta cuestión. Sostiene: "Esperamos que las empresas nacionalizables seguirán siendo empresas competitivas sometidas a las reglas de la economía de mercado, aplicando la regla de oro del equilibrio de los balances... Esperamos que, nacionalizadas, no serán 'estatizadas' y consideradas como servicios públicos. Si esto se realiza, si el gobierno cumple con sus compromisos públicos en este terreno, no vemos por qué estas empresas no podrán tener su lugar en nuestras organizaciones profesionales..." (Yvon Gattaz, Presidente de la Confederación Nacional de la Patronal francesa, "Le Monde", 31/12/81).

Como se desprende de estas palabras, para la gran patronal francesa no existe la "expropiación parcial" de que habla la OCI.

Para la OCI, en cambio, "estamos de acuerdo con un plan de 2 años, integrándose en un plan de 5 años contra la crisis, contra el desempleo. Estamos por el principio de las nacionalizaciones" (Informe BP de la OCI, ídem).

En lugar de esclarecer ante las masas el carácter reaccionario de las nacionalizaciones de Mitterrand, la OCI le hace la apología y manifiesta su acuerdo con el "principio de las nacionalizaciones". Pero el trotskismo no está por la nacionalización sino por la confiscación, por la expropiación, y esto, porque en la medida que significa un golpe a la burguesía, acerca, facilita, ayuda a la preparación del proletariado para la toma del poder.

El Programa de Transición plantea que frente "a la estúpida consigna reformista de nacionalizaciones", hay que plantear la expropiación, sin indemnizaciones, basada en la acción directa de las masas y vinculada a la toma del poder por el proletariado. Referente a los bancos, señala que la estatización de estos "sólo producirá estos resultados favorables si el poder estatal mismo pasa completo de manos de los explotadores a manos de los trabajadores".

Para la OCI "la onda de nacionalizaciones permite realizar la agitación sobre la necesidad de la ruptura política con la burguesía..." (S. Just, ídem). La agitación política de ruptura con la burguesía no está planteada por la OCI en contraposición a Mitterrand, su programa y "nacionalizaciones", sino como un complemento de estos, como la culminación de la "expropiación parcial", de la "negación de la propiedad privada", que había iniciado Mitterrand. Se trata de una concepción de "frente popular de combate" o sea, considerablemente progresivas, las cuales deberían ser completadas, radicalizadas, por la presión de las masas.

S. Just sostiene que, una vez electo Mitterrand, podría haberse creído que todo esto (las nacionalizaciones) quedarían como promesas no cumplidas" y agrega que eso "sería olvidar que las masas trabajadoras derrocaron a Giscard justamente porque aspiran a poner fin al aumento de los precios, al desempleo, a la crisis y que sean satisfechas sus reivindicaciones" ("CI", nro.13). Se ve nuevamente aquí que, para la OCI, las nacionalizaciones del PS son una satisfacción de las reivindicaciones de las masas.

Pero no es así. Mitterrand, es cierto, necesita cumplir con las promesas electorales, y no con todas, por la amplitud de

la votación que obtuvo, pero para negarlas en la práctica. Esto último muestra que su objetivo es ganarse la confianza de la burguesía, pero por lo anterior, se ve su carácter de gobierno débil que tiene que maniobrar con las ilusiones obreras. La burguesía tiene perfectamente en cuenta esta contradicción política de Mitterrand y presiona al gobierno a gobernar en función de las necesidades del capital sin importarle el lenguaje que usa para consumo interno.

La apología de la OCI a las nacionalizaciones se complementa con la orientación seguida frente a la ley referente a la descentralización de las municipalidades. La misma limita las atribuciones de los prefectos y amplía la de los consejos municipales. "Estas medidas, que van en la vía del dismantelamiento de la V República (como se ve no hay confusión posible, para la OCI el PS se plantea concientemente "liquidar la V República), de la ampliación del poder sobre todo de las municipalidades, de la supresión de los prefectos, son viejas reivindicaciones democráticas, pero es poco probable que el gobierno se dirija verdaderamente en esta vía ("Informe BP de la OCI, ídem). ¡Qué jeringo! El gobierno adopta medidas reales que tienden a liquidar la V República pero "no es probable" que el gobierno verdaderamente tome esas medidas. Enténdalo quien pueda. Todo esto es para buscar atenuar un poco una política vergonzosa.

Però la descentralización de Mitterrand tiene el propósito no de democratizar las municipalidades, sino fortalecer el poder de los consejos económicos-sociales, organismos de carácter corporativo-colaboración de clases. El mayor peso que la ley le da a los consejos se dirige a facilitar los acuerdos con las empresas de la región, incluido el vuelco del dinero de las municipalidades hacia las empresas privadas, como sostuvo Rocard. La "descentralización" acompaña a las "nacionalizaciones", porque facilita el respaldo y la asociación oficial a las empresas privadas.

Se trata, por un lado, del rescate del corporativismo, pues intenta colocar a los consejos como los árbitros de los problemas fundamentales de las regiones. Por esto mismo, se integra a la estrategia de Mitterrand, no como dice la OCI de dismantelar la V República, sino de preservación de los poderes del árbitro sobre la lucha de clases. El "socialista" Mitterrand sigue actuando bajo las instituciones de la V República y si la agudeza de la lucha de clases lo requiere usará sus poderes contra las masas.

Ni lucha frontal, ni de atrás, ni de costado: Mitterrand, un gobierno inatacable

En otro informe de la OCI al Congreso, firmado por el CC, se señala que, dadas las ilusiones de las masas, la intervención política de la OCI no debe partir "de la denuncia frontal del contenido burgués del gobierno". Se señala, más adelante, que a diferencia de 1936, cuando Trotsky planteó "fuera los burgueses radicales del gobierno de Blum", hoy en el gobierno de Mitterrand "los ministros provenientes del gaullismo y de los radicales... no llaman la atención de las masas". Propone, entonces, que las reivindicaciones de las masas se dirijan contra los capitalistas y los banqueros que están fuera del gobierno, contra el capital en general, contra la V República y "no contra el gobierno Mitterrand-Mauroy" ("Informe CC de la OCI", ídem).

Ahora bien. Una de las características del gobierno de Mitterrand, comparado con el de Blum en 1936, es que el engaño de las masas es mucho más amplio porque, dada la aplastante mayoría de socialistas en el gobierno, éste aparece ante los ojos de las masas como un gobierno "obrero", "socialista", independiente. Además, como el ascenso de masas es mucho menor que en 1936, menos se pone de relieve ante los obreros que se trata de un gobierno de compromiso con el capital. Finalmente, por toda la política del PC de bloquear el ascenso del frente popular al gobierno, el PS terminó por llegar formalmente al mismo no por medio de un frente electoral de

Frente Popular, sino autónomamente.

Esto significa que el punto de partida de una política revolucionaria es poner en evidencia toda esta operación de engaño de las masas y llamar la atención sobre el carácter burgués, de compromiso con el capital, del gobierno Mitterrand. Para la OCI, en cambio, el gobierno no debe ser denunciado frontalmente (es decir, con todas las letras) porque su carácter burgués está velado.

Pero sigamos. La OCI establece una muralla infranqueable entre la burguesía y el gobierno puesto que propone atacar lo que estaría fuera del gobierno y no a éste. Pero el problema es que la política revolucionaria de ataque a la burguesía sólo puede ser concebida como la punta de una cadena para romper todos los eslabones y no para detenerse ante el que centraliza a estos, o sea el gobierno. Cuando Trotsky planteó "fuera los ministros burgueses" era para que las masas llegaran a la comprensión del carácter contrarrevolucionario del gobierno de León Blum y preparar así las condiciones para su derrocamiento revolucionario. No oponía los ministros burgueses a los "obreritos", sino proponía atacar a los primeros por ser un flanco más comprensible para las masas, y como táctica para hacer saltar toda la política de compromiso socialista-comunista con la burguesía; esto es, atacarlo por el costado derecho. Más aún, cuando Trotsky se refiere a lo prematuro de un ataque frontal tiene en cuenta a la agitación y no a la propaganda que tiene que explicar sistemáticamente lo que significa como frustración y potencial de traición el gobierno de frente popular. La política revolucionaria busca determinar el ángulo de ataque al gobierno burgués. Pero para la OCI el gobierno es inatacable de cualquier ángulo.

Uno de los problemas importantes en este punto es que la OCI hace la apología de las ilusiones de las masas y se adapta formidablemente a ellas al punto que, en su nombre, propone seguir con el engaño de éstas. Pero para llamar la atención de las masas sobre el engaño de sus ilusiones es inevitable chocar, en un cierto punto, con esas ilusiones. La OCI no quiere nadar contra la corriente pero cierta lucha contra la corriente es inevitable y el problema de la política revolucionaria es determinar cual es el ángulo desde el que debemos desenvolver esa lucha para arribar a la crítica a las ilusiones de las masas.

Ahora bien. ¿Cual es en concreto, el programa de la OCI ante la actual etapa política francesa?

Se dice que se debe atacar al capital y a la V República pero no se formula el programa de reivindicaciones políticas del proletariado, que corresponda a estos objetivos.

La denuncia de la V República se ha convertido, en boca de la OCI, en una cáscara vacía al punto que coloca a Mitterrand como un factor conciente de liquidación del bonapartismo.

La V República nació en 1958, del golpe de estado militar que entronizó a De Gaulle como "bonaparte", o sea de las fuerzas armadas como árbitro entre las clases en defensa del Estado imperialista. Con esta apoyatura, De Gaulle puso en pie un conjunto de instituciones bonapartistas que subordina al Parlamento al Ejecutivo, un Consejo Constitucional que oficia de veto del Parlamento, un Senado que no surge del sufragio, etc., todo esto sostenido en un Ejército permanente. En el campo específico sindical, la V República significó avances fundamentales del capitalismo francés sobre las organizaciones y conquistas del movimiento obrero.

Mientras que en Chile, Allende subió al poder sobre la base de un pacto de garantía con las FFAA y los partidos burgueses, Mitterrand subió encuadrado en las instituciones bonapartistas; o sea no firmó como Allende ninguna "garantía" porque todo ya estaba firmado.

La OCI, dice que las reivindicaciones deben dirigirse contra la V República, pero ¿cuáles son? ¿cuál es el programa? Este debe ser un conjunto de reivindicaciones que apuntan al corazón del bonapartismo, esto es a las FFAA. El programa debe plantear la derogación de toda la legislación antisindical bonapartista, la constitución de una Asamblea Legislativa única plenamente soberana y el armamento de los trabajadores. La OCI se coloca por detrás del socialismo francés de preguerra, pues no

plantea reemplazar al ejército permanente. Precisar el programa de lucha contra la V República desnudaría la afirmación de Mitterrand de que él se sirve de las instituciones bonapartistas pues así puede comandar un "ejecutivo fuerte" en unión a un parlamento favorable, cuando en realidad es el rehén de una legalidad nacida de un golpe de estado militar.

No plantear la cuestión de las fuerzas armadas, cuando se habla de "liquidar" la V República, y esto en un régimen salido de un golpe militar, significa propugnar el retorno al parlamentarismo "normal". Esto está muy lejos de ser un planteo progresivo y no tiene nada de "liquidación" de la V República. Primero, porque el parlamentarismo formal sigue siendo el recurso de la burguesía ante una crisis mayor del régimen, esto para bloquear la revolución. Segundo, porque sería preservar a la institución base de la V República: el ejército y sus cuerpos armados.

Toda esta caracterización seguidista de Mitterrand, se refleja necesariamente en la orientación política de la OCI. Sostiene que "estamos de acuerdo con la consigna "guerra al desempleo", "guerra a la crisis" que Mauroy (primer ministro) formuló en su declaración gubernamental frente al Parlamento" ("Informe BP", ídem). Así se presenta en la práctica el apoyo de la OCI a Mitterrand, cuando la realidad es que no hay ninguna "guerra" ni a la crisis ni al desempleo, sino todo lo contrario. Se ve claramente la identificación con el programa del frente popular y sus métodos, la confianza en el Parlamento, el gobierno burgués y el programa de Mitterrand. Pero más todavía. ¿cuál es el programa que levanta la OCI contra la desocupación y la crisis? No se plantea la formación de comités de fábrica, el control obrero, la ocupación de toda fábrica que despidan, nada de nada. Sólo frases de embellecimiento de Mitterrand.

Otro aspecto del enfeudamiento a Mitterrand es que la OCI presenta la actual situación política francesa como la de una inmensa ofensiva del capital contra el gobierno, para plantear: "estamos prontos para apoyar toda resistencia del gobierno Mitterrand-Mauroy a las presiones y el sabotaje de los capitalistas" ("Informe BP", ídem).

Antes de entrar en este punto es conveniente hacer un breve balance de la política de la OCI ante la ofensiva golpista en Chile contra Allende porque sirve para apreciar toda la evolución (o involución) de esta organización y el significado de su política actual en Francia.

Todo el análisis de la OCI sobre Chile se basó en la caracterización de que el allendismo subía para defender al Estado burgués (en aquella época decían que un gobierno de Mitterrand haría lo mismo preservando la V República) ("La Verité", nro. 559, pág. 63, enero 1973) pero fue incapaz de ver la amenaza del golpe, cuando la burguesía comenzó a reagruparse, en 1973, detrás de las FFAA, esto es, que se abría un conflicto directo del golpismo con el allendismo. Claro está que en ese conflicto el frente popular buscaba la colaboración de los militares y desorganizaba cualquier resistencia de las masas, pero la primer tarea era caracterizar correctamente la ofensiva del golpismo y señalar el programa para enfrentarla.

La OCI no caracterizó que el enemigo principal pasaba a ser el golpe en marcha y todo su análisis consistió en señalar la confluencia del allendismo con el golpe. La OCI abstraía de la situación política concreta un factor, que arbitrariamente elegía como más importante, y ocultaba el hecho de que la burguesía se preparaba para derrocar al gobierno del frente popular (Ver "La Verité", nro 559, 560 y 562, enero, abril y octubre de 1973).

Pero en Francia, ya se declaran "prontos" para apoyar la "resistencia" de Mitterrand cuando no existe una ofensiva de la contrarrevolución ni resistencia burguesa conspirativa contra el gobierno. La comparación con la situación chilena de 1973 sirve pues para ver todo el recorrido que ha dado la OCI, del sectarismo al oportunismo.

Pues lo cierto es que para el gran capital no está planteado "atacar frontalmente al gobierno" y lo hará o no en función de

la evolución de la lucha de clases. Golpea eso sí, sobre su "costado izquierdo", para que las nacionalizaciones sean más suculentas, para que las reivindicaciones de las masas sean desnaturalizadas, reduciendo al gobierno de frente popular a la impotencia, desmoralizando a las masas con "su gobierno".

El presidente de la gran patronal francesa declaró recientemente, "que no seremos una fuerza de oposición sistemática, menos aún una fuerza de oposición ideológica. Deseamos simplemente ser una fuerza de proporción...". (Yvon Gattaz, "Le Monde", 31/12/81). Esto es, la gran burguesía francesa trabaja desde "dentro" del gobierno, a través de sus agentes directos e indirectos, para que se aprueben sus "propuestas" y para que el programa de Mitterrand se realice en concordancia con los objetivos y métodos del capital. El sabotaje desenfrenado y la oposición frontal de la gran patronal es un invento de la OCI.

Pero si fuese cierta la apreciación de la OCI, lo que se debería definir es cuál es el programa contra esa ofensiva y los métodos para enfrentarla. En cambio dice que "debemos apoyar toda resistencia del gobierno Mitterrand-Mauroy..." ¿qué resistencia? Contra la derecha es correcto estar en el mismo campo de Mitterrand pero nunca apoyando su "resistencia" que no pasa los límites de su compromiso estratégico con el capital.

Las posiciones del PST ante el triunfo de Mitterrand

Apenas se produjo el triunfo electoral de Mitterrand, la prensa del PST la festejó como una victoria revolucionaria, propia, como si fuera una victoria de su corriente internacional, de una forma que dejara pequeñas las capitulaciones de la OCI. Sostuvieron que la victoria de Mitterrand fue "un triunfo de las masas francesas" que demostraría que "la crisis y descomposición del sistema capitalista sólo puede ser capitalizada en una perspectiva de progreso si se le contraponen poderosos partidos socialistas. Esa no es sólo la perspectiva de Francia: es una realidad que está planteada en todas partes" ("Opción" nro. 28, mayo 1981).

La socialdemocracia ya no sólo no es presentada como un factor de contención de las masas, sino como la alternativa revolucionaria, anticapitalista, para todo el planeta. Por eso calificaron la victoria de Mitterrand de "gran triunfo socialista", o sea como el triunfo de esa alternativa anticapitalista.

En un boletín especial editado por la dirección del PST fueron más lejos aún. Señalaron: "Al día siguiente de las elecciones cuando se conoció el triunfo de Mitterrand empezaron a llover felicitaciones, si señores, tal cual".

"Varios afiliados recibieron llamados de personas que conociendo sus ideas políticas los felicitaron por el triunfo del socialismo en Francia. A una afiliada la esperaban con un ramo de rosas rojas para felicitarla. En varias fábricas se acercaron compañeros de trabajo de los afiliados para darles sus congratulaciones.

"¿Por qué decimos que son grandes hechos? —se interroga la dirección del PST— Porque esas personas que se acercaron reflejan dos cosas: una, que están impactadas por el triunfo del socialismo en Francia, y dos, que ven a nuestros afiliados como parte de una corriente socialista mundial".

Esto, más suscitadamente, apareció también en "Opción" (nro. 29, junio de 1981).

Lo que estas frases encierran como caracterización y estrategia políticas y como programa de intervención de una organización que se dice trotskista es formidable.

Se insiste, a) en que el triunfo de Mitterrand no es el del frente popular sino del "socialismo", definido como alternativa anticapitalista, revolucionaria.

b) Se autodefinen, no como un componente del programa internacional del proletariado, de la IV Internacional, sino de la "corriente socialista mundial" representada por Mitterrand Willy Brandt y Felipe Gonzalez.

c) Reconocen que así son vistos por sus allegados, como un grupo reformista, electorero, que no guardan ninguna diferencia con la estrategia y la política de la II Internacional. El "trotskismo ortodoxo" es una frase para consumo externo

porque dentro del país se identifican con la socialdemocracia.

La orientación, pues, que el Boletín proponía no se diferenciaba básicamente de la política de la OCI, y hasta empleaba casi los mismos argumentos. "Por eso (por las ilusiones) millones de trabajadores siguen a Mitterrand y no a nosotros. ¿Podemos ganarlos diciéndoles simplemente que Mitterrand va a traicionar? ¿Alcanza con predicar buenas ideas para convencer a la gente? Así será fácil, simplemente saldriamos con miles de autoparlantes por toda Francia y cuanto más gente nos escucha más nos seguirán. Pero no es así..."

El PST se colocó incluso por detrás de la propia OCI.

Pero además hay que señalar que el Consejo General del CI o sea con el voto del PST, aprobó a fines de mayo una resolución sobre Francia en la misma línea que la orientación actual de la OCI. La resolución escamotea por un lado los principales problemas planteados al movimiento obrero con el triunfo electoral de Mitterrand. La única mención que se hace del PS es la siguiente:

"El hecho de que, para obtener esta victoria, las masas hayan votado masivamente, desde la primera vuelta, por Mitterrand, no significa un resurgimiento de la socialdemocracia. En realidad, las masas utilizaron la candidatura de Mitterrand y el PS para derrocar a Giscard y derrotar a la división. Pero el PS, así como sus homólogos europeos, sigue siendo extremadamente frágil y no puede reemplazar la eficacia contrarrevolucionaria del aparato stalinista" ("Suplemento Correspondencia Internacional", Junio 1981).

Se presenta aquí, a) a la socialdemocracia, como un instrumento de las masas, escamoteando que el PS "instrumentó a las masas para que la derrota de Giscard fuese a manos de una dirección comprometida con el capital; b) se insiste en que ese "instrumento" sería "extremadamente frágil", o sea fácilmente superable por las masas; c) se desprecia y descarta la eficacia contrarrevolucionaria de la socialdemocracia, la que sólo sería propia del stalinismo.

La declaración, por otro lado, está centrada en señalar que la caída de Giscard tendrá como consecuencia "la desestabilización directa de los estados semicoloniales del Africa franco-parlante", para agregar que no es casual que el primer mensaje "político" recibido por Mitterrand después de su elección fuese de Fidel Castro, con una propuesta de colaboración con el régimen burgués francés para mantener los regímenes existentes en el Africa franco-parlante" ("Supl. Correspondencia Internacional", Junio 1981).

El PST, junto a la OCI, presentan aquí el reemplazo de Giscard por Mitterrand como una especie de virtual descabezamiento del Estado francés, porque de otra manera no se puede entender por qué la victoria de Mitterrand, nada menos, que "desestabilizaría" al imperialismo francés. En realidad, el gobierno ha pasado de manos de un tipo de representante del imperialismo a otro. De todas las discontinuidades que puede producir el reemplazo de un gobierno burgués imperialista clásico por otro burgués-frentepopulista, si hay una que está excluida es precisamente la de la defensa, con las armas en la mano, de la política de rapiña de las colonias y semicolonias.

Es un hecho histórico comprobando mil veces que los frentes populares despliegan una política colonialista, todavía más proimperialista que la de los gobiernos burgueses clásicos. La razón de esto es que necesitan "compensar" la demagogia que efectúan en la metrópoli, con una política de defensa a muerte de los dominios de su burguesía, mostrando política (y también económicamente) al gran capital que, por encima de todo, son servidores del estado imperialista.

Los gobiernos "socialistas" y de Frente Popular han sido los responsables directos de las más grandes masacres coloniales. Tenemos, en el caso francés, la masacre de Madagascar en la inmediata posguerra. La masacre de "Sétif" en Argelia en el día de la liberación de París. Como mínimo, 50.000 personas fueron masacradas bajo las órdenes del gobierno de "coalición" de De Gaulle con el PS y el PC. La prensa del PC ocultó al proletariado francés por completo la matanza del gobierno que integraba, en tanto que el PC argelino participó físicamente de

los asesinatos y linchamientos. Los "socialistas" y "comunistas" metropolitanos actuaron como los grandes engañadores de las masas de sus países, en tanto sus pares en los dominios del imperialismo participaron en la primera línea en las masacres. El PST, junto a la OCI, no sólo no dicen nada sobre esto, sino que presentan la subida de Mitterrand como un cambio de perspectiva para las masas coloniales.

La reocupación de Indochina y el reinicio de la guerra contra el Viet Minh ocurrieron también bajo el gobierno de "coalición", de De Gaulle, el PS y el PC (cuando entre esos dos últimos reunían el 60 por ciento de los votos). El "socialista" Guy Mollet envió las tropas francesas, en unión a los israelíes e ingleses, en 1956, para atacar el canal de Suez nacionalizado por Nasser. Toda la guerra contra las masas argelinas, con sus espeluznantes masacres, lleva la indeleble responsabilidad "socialista".

El ascenso de Mitterrand ha permitido, y no obstaculizado, al imperialismo francés operar todo un replanteo en su política "africana" porque la de Giscard estaba "reventada" por sus permanentes intervenciones militares y su compromiso con los regímenes títeres, corruptos y sanguinarios (por ejemplo, Bokassa). Bajo un "ropaje socialista", Mitterrand sale a defender y a recomponer las alianzas coloniales francesas, ¿o acaso no fue Mitterrand quien, en París, logró formar una fuerza militar interafricana para intervenir en la guerra civil en el Chad y contra los movimientos antiimperialistas del continente? ¿Qué hizo Mitterrand ante la invasión sudafricana contra Angola sino apoyarla de hecho? ¿Y el apoyo a Senegal para invadir y anexionar a Gambia, donde había triunfado un golpe nacionalista?

El bloque PST-OCI, en este imperdonable crimen político tiene el caradurismo de poner a Fidel Castro como alcahuete de Mitterrand, como si éste no supiera lo que tiene que hacer para explotar sus propios dominios. Castro, en Africa, sostiene políticamente a los movimientos y regímenes burgueses nacionalistas, que concilian con el imperialismo pero Mitterrand es el jefe directo del Estado imperialista verdugo de las masas africanas.

En pocos meses, el gobierno "socialista" desplegó una rabiosa política exterior antisoviética, de reforzamiento de los pactos políticos y militares del Atlántico. En el Medio Oriente, reorientó al imperialismo francés hacia el apoyo a Israel. En América Latina, su principal esfuerzo se dirige a forzar a las organizaciones guerrilleras salvadoreñas a que depongan sus armas y arreglen una "solución política" en acuerdo con el imperialismo yanqui y la Junta "títere".

El PST, ahora, "critica" a la OCI por no denunciar a su propio imperialismo, pero lo cierto es que sus dirigentes firmaron con las dos manos un documento de apología a la política colonialista y antisoviética, del frente popular imperialista francés.

La "crítica" del PST a la OCI

La "crítica" del PST a la OCI apareció en octubre. Para esa fecha el Comité Internacional estaba atravesando por una crisis más amplia abarcando diversas secciones, al mismo tiempo que la prensa de la OCI estaba llegando a niveles extremos de capitulación ante el frente popular, en un momento en que comenzaba a hacerse evidente la desilusión de las masas con el gobierno.

En mayo, salieron a luz las divergencias en torno al frente único antiimperialista, lo que a su vez condujo en julio a una crisis en relación al Perú, que bloqueó la unificación del POMR y el PST (ver más adelante, capítulo sobre el "frente antiimperialista"). Para la misma fecha, la crisis irrumpió en Brasil en torno a la actitud frente al PT (ver artículo en este número). La unificación no caminaba en los países donde el CORCI y la FB contaban con grupos propios (Brasil, España, Perú). En este cuadro apareció el documento del PST.

La primera característica del mismo es que sostiene que la OCI desarrolló una orientación correcta hasta el triunfo de Mitterrand; en "Opción" se decía, inclusive, que "desde el

primer momento (la OCI) planteó la necesidad del candidato único PS-PC" ("Opción" nro. 28, mayo 1981).

Se trata de una falsedad total. La OCI, ya en 1979 y como parte de su política de "unificación" con el SU, planteó para la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1981, con dos años de anticipación!, el apoyo al candidato de la LCR francesa. A principios de 1981 la OCI presentó un "protololo de acuerdo" —rechazado por el SU— donde planteaba que el candidato de la LCR, Krivine, se transformara en una candidatura de unidad de la IV Internacional, lo que además de desmentir al PST, muestra su identificación política y programática con el revisionismo (ver crítica en "Internacionalismo" nro. 3). Finalmente el apoyo electoral a Mitterrand, como vimos, fue un apoyo político completo a la socialdemocracia y al frente popular.

La segunda cuestión es que se sostiene que la OCI cuenta con una caracterización justa del gobierno de Mitterrand ("todos coincidimos en definir al gobierno Mitterrand como un frente popular").

Es evidente que a partir de estas apreciaciones el PST no puede hacer una crítica de los planteamientos de la OCI puesto que sostiene que la intervención política electoral de ésta y su caracterización del gobierno de Mitterrand son acertadas. Si la política pasada de la OCI fue correcta, si su caracterización de Mitterrand también lo es, y como ni la OCI ni Mitterrand cambiaron de posición, la "crítica" del PST carece de toda sustancia. Lo que tiene es, entonces, una poderosa base faccionalista.

El documento del PST (M. Capa, "Correspondencia Internacional" nro. 13) sostiene que el gobierno de Mitterrand cuenta con el respaldo de la burguesía y el imperialismo, y propone atacarlo abiertamente. Afirma incluso que Mitterrand buscará "imponer los duros planes de hambre y desocupación de la burguesía, continuando la orientación de Giscard-Barre".

El primer error es que Mitterrand no es un gobierno burgués clásico sino un gobierno de compromiso con la burguesía. Mitterrand busca ganarse la confianza del gran capital lo que entra en contradicción con su base social.

El segundo error es que el PST no formula un programa, que solo puede elaborarse caracterizando el conjunto de los elementos de la etapa política. Deduce la intervención política de un elemento de la caracterización del gobierno (gobierno burgués) y, pegando un viraje de 180° en relación a su posición de que no era cuestión de salir con altoparlantes, propone una intervención política sectaria y panfletaria. En verdad se trata del clásico zig-zag de la política impresionista que sale a festejar como propia la victoria electoral del Frente Popular y que, a los pocos meses, se desilusiona y cae en la verborragia.

El documento, repetidamente, insiste en que "la del frente popular es quizá la única etapa en que se dan todas las condiciones para superar la crisis de dirección revolucionaria, pues sólo en ella el rol de las direcciones traidoras se vuelve plenamente visible ante las masas". Se apoya, para decir esto, en la suerte del kerenskismo ruso y en que Trotsky, a comienzos de la década del 20, sostuvo, ante un eventual gobierno laborista en Inglaterra o del Bloque de Izquierda en Francia, que el Partido Comunista, al quedar como fuerza de oposición, tendría grandes posibilidades en su trabajo revolucionario.

Hay que señalar aquí que cuando Trotsky, a comienzos de la década del 20, se refiere a la situación francesa e inglesa, tiene en cuenta que los partidos comunistas, a pesar de sus errores y debilidades, son secciones de una Internacional revolucionaria y que están rodeados del prestigio revolucionario de la Revolución Rusa. En estas circunstancias es que el acceso del laborismo o la "izquierda" francesa al gobierno le darían una gran perspectiva a los partidos de la III Internacional ubicados en la oposición revolucionaria.

Esta situación no tiene nada que ver con el pasaje entero de la IC al campo del orden burgués, en que los frentes populares tienen el apoyo y sostén de la burocracia del Kremlin y sus agentes. Si los gobiernos de "izquierda" en los años 20 podían llegar a ser débiles por referencia a la oposición revolucionaria de una Internacional revolucionaria, los gobiernos de frente

popular que se constituyen a partir de la década del 30 coalicionan a las direcciones obreras con la burguesía imperialista y las burocracias de los Estados Obreros.

Más aún; el kerenskismo ruso tenía la debilidad objetiva del profundo factor de descomposición de la guerra mundial y la debilidad subjetiva de tener ante sí al Partido Bolchevique. Por eso, como balance de aquél y del rol jugado por los PC en la década del 20, Trotsky sostuvo:

"Pero debe agregarse que el kerenskismo no será en cada situación y en cada país necesariamente tan débil como el kerenskismo ruso, el que fue débil porque el Partido Bolchevique era fuerte. Por ejemplo, el kerenskismo español —la coalición de los liberales con los 'socialistas'— no es en absoluto débil como fue en Rusia y esto es debido a la debilidad del Partido Comunista. El kerenskismo combina una política de frases reformistas, 'revolucionarias', 'democráticas', 'socialistas' y reformas democrático sociales secundarias con una política de represión contra la izquierda de la clase obrera" ("¿Qué es una situación revolucionaria?", 11/1931).

El gobierno de Mitterrand no tiene en común con el Kerenskismo ni su terrible debilidad emergente de la guerra ni a un Partido Bolchevique que estuviera entronizado en las masas y con una orientación revolucionaria. En estas circunstancias proclama que estamos en una etapa "en que se dan todas las condiciones para superar la crisis de dirección", como dice el PST, es un planteo exitista que escamotea el todavía largo proceso que hay que recorrer en Francia para agotar las ilusiones de las masas en el reformismo y construir el partido revolucionario.

El documento de PST propone que la OCI denuncie al gobierno. También el MIR o el MAPU chilenos denunciaron al gobierno de Allende o el ERP al de Perón, reflejando el desgaste de éstos y sus propias ilusiones. También la OCI "radicalizó" sus planteos últimamente, sin cambiar un milímetro su caracterización del gobierno. El planteamiento del PST es una faceta de una política impresionista, reflejo de la impaciencia pequeño burguesa ante la que definió "alternativa anticapitalista".

El documento del PST no es una crítica a la OCI; es insustancial, impresionista, y está dominado por una finalidad faccional.

Una "crítica" que se acompaña del ingreso al frente patronal argentino

Una crítica es real y principista cuando es un aspecto del programa y de la intervención política de la corriente que la formula. De lo contrario carece de todo valor y se transforma en una maniobra de ocasión, con fines faccionales.

La crisis política argentina determinó, a mediados del año pasado, la constitución de un frente político patronal, la llamada Multipartidaria. El PST, a fines de agosto, pidió su ingreso al mismo; o sea, con una mano denunciaba la "colaboración de clases" de la OCI y con la otra reclamaba su ingreso en un frente patronal.

La Multipartidaria reúne a los principales partidos burgueses (radicales, peronistas, desarrollistas, etc.) que plantea la alteración constitucional del régimen militar y una línea de rescate de la burguesía ante la descomunal crisis económica. Se trata de un frente opositor, democratizante, de la gran burguesía proimperialista, que ilustra la desintegración del régimen militar.

Los regímenes burgueses constitucionales pueden ser, respecto de las dictaduras militares reaccionarias, relativamente progresivos pues deben actuar en un cuadro de semi-libertades democráticas. Los frentes políticos democratizantes pueden también tener ese carácter en la medida, por mínima que sea, que chocan, se enfrentan o discrepan con una dictadura militar. Pero sólo en esa medida y bajo ese aspecto. Tomados en su conjunto son grandes frenos a la movilización real de las masas y profundamente proimperialistas. Los frentes democratizantes surgen por la impasse de los regímenes militares y con

el objetivo de prevenir la eclosión de una crisis revolucionaria. Estos frentes buscan atar tras sí al proletariado para asegurar la transición del régimen político y actúan como trampa "democrática" para empantanar la lucha de las masas.

Ni qué decir que un partido revolucionario no puede nunca apoyar a esos frentes, porque en ese caso se somete a la política de la burguesía.

La intervención política revolucionaria debe buscar que las masas se pongan al frente de la lucha contra la dictadura y el imperialismo. No podrá hacerlo si no explota la fractura en el régimen político y la oposición de sectores de la gran burguesía con él, por ejemplo utilizando esos momentos para exacerbar la agitación antidictatorial y organizar manifestaciones. Pero ni qué decir que debe combatir los intentos de subordinar al proletariado al frentismo burgués.

Todo esto significa que se debe plantear el programa del frente único de las masas en términos revolucionarios y no en términos democratizantes y atacar en la propaganda y en la agitación los planteos frenadores de la burguesía.

El PST en cambio, tiene la concepción estratégica de que el proletariado debe apoyar los frentes y regímenes democratizantes o institucionalistas de la burguesía, convirtiéndolos en absolutamente progresivos. Con esta caracterización apoyaron la institucionalización de Lanusse entre 1971 y 1973, el régimen peronista surgido de esa institucionalización, ingresaron al "bloque de los 8" con la misma finalidad y finalmente al ala de Videla por "prometer" la institucionalización.

Ahora, pidieron ingresar en la Multipartidaria, realizando "los propósitos de democratización que proclama sostener la Multipartidaria" (razón por la cual el PST reclama "un lugar en ella") y compromete su apoyo a las acciones de movilización que aquella emprenda (Ver "Opción", setiembre 1981). Se agrega, además, que "existe el peligro que la Multipartidaria se asiente sobre exclusiones y discriminaciones", esto es, se reclama abiertamente la participación en ella de todas las organizaciones del movimiento obrero.

Se ve claramente que el PST propugna la alianza del proletariado con la burguesía sobre la base del programa político de los partidos patronales; se le reclama a la Multipartidaria que no sea "excluyente", esto es que acepte el ingreso de la burocracia sindical y el stalinismo! La capitulación del PST ante el frente patronal argentino deja corta a la de la OCI ante Mitterrand, lo que desnuda el carácter faccional, sin principios y oportunista de su "crítica".

Frente Único Antiimperialista

En el curso de este trabajo hemos demostrado, con documentos y citas en la mano, estas cuatro cosas fundamentales: 1) que el PST sostuvo públicamente toda la política de la OCI en relación al frente popular francés, al menos hasta setiembre de 1981 —en tanto que PO la había venido denunciando desde febrero de 1979 ("Destrocemos la provocación de Just-Lambert" por Rafael Santos, ed. PO) y, más aún, que la prensa del PST argentino fue más lejos de lo que nunca fue la OCI en el apoyo incondicional al gobierno de Mitterrand; 2) que la crítica del PST a la OCI, a partir de setiembre, es enteramente superficial, ya que no cuestiona las caracterizaciones que la OCI hace del gobierno de Mitterrand, limitándose a proponer planteos de intervención práctica que, en la mayor parte de los casos, son completamente sectarios; 3) que en el mismo y preciso momento en que lanzaba las críticas a la OCI, el PST no sólo continuaba defendiendo su política de frente popular que tuvieron en Bolivia y El Salvador, sino que proponía ingresar a la Multipartidaria, en Argentina —un frente burgués democratizante con un programa de orden burgués semicolonial; 4) que la escisión del CI no se explica sólo por las diferencias políticas que surgieron al final de su desgraciada carrera (inclusive por el hecho de que eran y, al mismo tiempo, no eran diferencias, por todo lo dicho arriba), sino que se explica por el carácter sin principios del bloque agrupado en torno a la

sigla CI, de modo que bastó que surgiera un problema político de importancia para que se revelara la incapacidad del CI para procesar un debate político— y sí, en cambio, una dura lucha faccional.

Pero para dejar un balance claro de lo que fue políticamente el CI (un bloque de posiciones oportunistas y, a la vez, de falta de firmeza en esas posiciones —de ahí la enorme confusión que provoca, entre los menos avisados, la coexistencia de posiciones contrapuestas y el giro constante de unas a otras) es esencial detenerse en lo que fue una plataforma común de las dos tendencias del CI —nos referimos a la cuestión de su oposición a la táctica del frente único antiimperialista. Es en esta cuestión que se revela acabadamente la inconsistencia teórica del CI y sus posiciones de capitulación ante los tres grandes movimientos proimperialistas de masas en el mundo actual: la socialdemocracia, el stalinismo y el nacionalismo o democratismo burgués. Cuando se tiene presente que la cuestión del FUA fue planteada en el viejo CORCI, siendo un factor de discusiones y crisis constantes; que, en este viejo CORCI, la OCI se opuso primero al frente único antiimperialista, luego lo aceptó, pero nunca escribió un documento sobre este problema, de modo que un dirigente como Just, por ejemplo, se opuso al FUA hasta el final, pero sin hacer conocer su posición; y que en el propio CI, la OCI comenzó defendiendo esta táctica (en la discusión de las "tesis"), lo repudió (en las "tesis"), la volvió a defender (como se verá, desnaturalizándola) en una reunión del Consejo General del CI, en mayo de 1981, para volver a abandonarla en julio en carta dirigida al POMR y firmada por Moreno y dos dirigentes de la OCI; cuando se tiene presente todo esto, y se recuerda la duplicidad del PST en torno al frente popular, queda, entonces, muy clara, la total falta de ideas y de principios programáticos que formaron la base del CI. Que un bloque de esta laya hubiera podido permanecer unido por mucho tiempo, sólo hubiera podido ser el resultado de una perversion política (como dijimos en "Internacionalismo" nro. 3).

La primera parte del planteo del CI en relación al frente único antiimperialista, puede resumirse así: se trata de una táctica completamente secundaria en relación a la táctica (que para el CI se transformará en estrategia) del frente único obrero. Según el CI el FUA es "permanente", esto porque respondería a necesidades reales y objetivas, a saber, la lucha que está obligado a empeñar el proletariado contra el capital, lo que no ocurriría con el FUA, que respondería, en cambio, a problemas coyunturales, que pueden o no surgir como problemas políticos concretos. La segunda parte de este planteo la veremos más adelante.

Existe aquí, en primer lugar, una indudable confusión entre los problemas políticos y la correlación de clases y partidos que se plantean en los países imperialistas y los que se plantean en los países oprimidos por el imperialismo. En segundo lugar, se revela una fantástica ignorancia respecto a las necesidades reales y objetivas, es decir, respecto a las contradicciones del desarrollo económico, social y político de las naciones oprimidas.

Primero. En la mayoría de las naciones que han completado su desarrollo histórico capitalista y se han convertido en imperialistas, las grandes masas siguen a los llamados partidos obreros tradicionales. El dominio político de estos partidos resulta más firme en los períodos inter-revolucionarios, cuando las masas se encuentran luchando a la defensiva. Pero en tanto la hegemonía de estos partidos contrarrevolucionarios no ha sido sacudida, no se puede pensar en la victoria de la revolución proletaria. Se configura, de este modo, una situación de transición —de un lado, hacia una nueva, futura, situación revolucionaria y, del otro, hacia la transformación de los elementos o partidos revolucionarios en dirigentes de las masas. Tenemos presentes aquí dos elementos: la necesidad objetiva de la lucha unida del proletariado contra la ofensiva del capital, y la cuestión subjetiva de la penetración del partido revolucionario en las masas, para diferenciarlas de los partidos contrarrevolucionarios. Estos dos problemas se funden en la política del frente

único obrero: la lucha por el frente común parte de las condiciones concretas de la lucha del proletariado, dándole una salida política concreta a las aspiraciones de las masas: el frente único. Pero, de otro lado, esta misma táctica sirve para descubrir entre los obreros las vacilaciones de los partidos tradicionales y sus compromisos con el capital, aún en un período de ofensiva de éste. El CI, al calificar a este F.U.O. de "permanente", al declarar "patriotas" de este frente, es decir incondicionales de él, ha abstraído un elemento de la situación, las condiciones objetivas de la lucha, del conjunto de ella, a saber, de la necesidad de desplazar a los partidos contrarrevolucionarios del movimiento obrero y de conquistar para el partido revolucionario la hegemonía política. En estos dos sentidos, el F.U.O. es y no es permanente: nos esforzamos por transformarlo en una realidad durante todo el período transicional, buscando desenmascarar a nuestros "connacionales" contrarrevolucionarios, y luchamos abiertamente por la escisión cuando tal frente es un obstáculo al ascenso de la revolución. Los "teóricos" del CI se han "olvidado" de que el trotskismo siempre atacó la táctica del frentismo por el frentismo; que denunció las ilusiones de que el F.U.O. pueda suplantar la necesidad de poner en pie a la dirección revolucionaria, y que sólo apreció el frente único cuando era factor de impulso de la lucha independiente, pues la mayor parte de las veces era un factor de freno, que iría a convertirse directamente en frente popular. Toda la base de la capitulación ante Mitterrand está en esta concepción del F.U. —común a Moreno y a Lambert— en la que bajo la forma de "patriotismo" se procura una alianza estratégica con los partidos obreros contrarrevolucionarios. El frente único, por el contrario, debe tener siempre, un carácter condicional y subordinado —condicional a la situación política y a los fines políticos del frente, y subordinado a la estrategia de la revolución proletaria.

Para el CI el frente único obrero es sinónimo de "independencia de clase", lo cual es falso. Tenemos varios ejemplos: la socialdemocracia alemana y el laborismo británico, así como todas las centrales obreras, incluyendo el frente del PC italiano y el PSI hasta mediados de la década del 60, son frentes únicos de la clase obrera, pues la agrupan en su mayor parte en torno a las reivindicaciones económicas. Y preguntamos: ¿qué tienen de independiente de la burguesía? Lenin, en el congreso del partido bolchevique de 1919, planteó que el proletariado alemán no estaba diferenciado de la burguesía porque votaba a la socialdemocracia!!

Al combatir al frente único antiimperialista en nombre del frente único obrero, el CI nos presentó una caracterización antirrevolucionaria del frente único en general, nos reveló que disuelven todas las caracterizaciones marxistas sobre los partidos obreros contrarrevolucionarios a la hora concreta del planteo del frente único.

Los portavoces del CI dicen que nunca van a romper el frente único obrero (¡ya que son sus patriotas!), lo que significa que subordinan la lucha por el poder al acuerdo con las direcciones contrarrevolucionarias. Pero nuestra finalidad estratégica debe ser reconstruir la unidad del frente proletario bajo la hegemonía del partido revolucionario. No sólo el frente único bajo la forma de bloque de partidos, o bajo la forma de partidos que agrupan a la casi totalidad de la clase obrera, sino incluso bajo la forma de soviets, debe ser considerado desde el punto de vista de la revolución, y no sólo de las "necesidades objetivas". De lo contrario se convierte a los soviets en un fetiche organizativo, que reemplazaría al programa y a la dirección revolucionaria conscientemente forjada durante años. Se trata de ganar para el partido revolucionario a la mayoría de los soviets (Lenin se planteó, incluso, durante un breve período, construir nuevos soviets contra los de los mencheviques —ver Lecciones de Octubre, de Trotsky y Acerca de las consignas, de Lenin, por qué bloqueaban la revolución).

El CI considera al F.U.O. como una abstracción y, en la práctica, como un problema de maniobras que facilitaría el crecimiento de los revolucionarios. Se trata de todo un agujero metodológico. La razón es que el CI carece de un programa,

más aún no plantea que es éste la cuestión nodal del frente único. Olvida que un frente único es un factor de lucha o de freno según su programa. Se debe luchar por el frente único con un sistema perfectamente claro y delimitado de reivindicaciones, derivado de la situación histórica general y de la situación particular del momento. Ya vimos que la OCI habla de "liquidar la V República", pero es incapaz de decir en qué consistiría esta "liquidación" —de otro modo sí sabría claramente por qué Mitterrand no es un factor de esa "liquidación".

Cualquiera sea el destino "práctico" de una campaña por el frente único proletario, lo que debe asegurarse a toda costa es que la responsabilidad por su rechazo o ruptura caiga sobre las organizaciones contrarrevolucionarias. El valor seguro de la consigna del frente único es que, en cualquier caso, impulsa a que la clase se una para una lucha de clase contra clase. De ahí que el requisito imprescindible de la táctica es que sea impulsada por un programa de combate compuesto por reivindicaciones mínimas y transitorias precisas. El carácter del frente único está dado por su programa; de él depende que sea un frente para la lucha de clases, y no para la colaboración de clases. Llamar a la unidad del frente proletario, no para barrer a la burguesía en las elecciones parlamentarias, sino para "dotar a Mitterrand de los medios para su política" (burguesa y proimperialista); y no usar la campaña para estimular la participación directa de las masas en ella (comités de acción) ni para impulsarlas ya, ahora que todo sí empieza a ser posible, la ocupación de fábricas contra las cesantías y la ocupación general de fábricas (¿cómo descubrir la viabilidad de una consigna si no es lanzándola frente a los problemas concretos que enfrentan las masas?), todo este planteo de frente único "permanente" y "patriótico" de la OCI-PST, es un planteo rastreado ante la burocracia antiobrero, que sólo sirve para echar la responsabilidad del fracaso y ruptura del frente único sobre los que pretenden encarnar a la izquierda revolucionaria.

En una carta al POMR (julio 1981), la OCI-PST plantearon su rechazo al frente único con las organizaciones de base de los partidos de masas por considerarlo un obstáculo al frente único con las direcciones de esos partidos.

Aquí está retratado otro aspecto más del carácter capitulador que tiene en este bloque el planteo del frente único en general. Porque una cosa es que un partido oponga el frente único por la base al frente único por las direcciones (como lo hizo el stalinismo en relación a la socialdemocracia en el "tercer período", 1929-34), otra cosa es que se esfuerce por atraer a las organizaciones de base de los partidos de masas al frente único que es reclamado a sus direcciones. Sostener lo contrario, es cometer el error inverso al del stalinismo, es oponer el frente único por arriba contra el frente único por abajo, transformando en rehenes de las direcciones contrarrevolucionarias a las bases de esos partidos.

Por el contrario, toda la política revolucionaria del frente único, dirigida a las organizaciones de masas tomadas en su conjunto, debe estar concebida para acercar a la lucha de clases intransigente a las bases y organizaciones de base de esas organizaciones, para que también exijan el frente único a las direcciones, ya que así se marcha a la reconstrucción de la unidad proletaria bajo la hegemonía revolucionaria.

Ahora, véase que la OCI-PST plantean que esta táctica de F.U.O. debe también prevalecer en los países oprimidos por el imperialismo.

La primera constatación que se impone es que la unidad de los explotados (obreros, campesinos y pequeño burgueses pobres) en estos países no coincide con, ni está representada por, los partidos que se reclaman obreros. En la mayoría de estas naciones se presenta el fenómeno de la presencia de un movimiento de masas, la mayor parte de las veces mayoritario, de carácter nacionalista burgués o pequeño burgués (estos movimientos se plantean, programáticamente, superar las contradicciones del desarrollo nacional —no de las contradicciones sociales internas— engendradas por la dominación del imperialismo, prometiendo al proletariado concesiones sociales en un régimen de tutela corporativo o semicorporativo).

Un frente único obrero en estas condiciones significa dejar fuera de la unidad al 95 por ciento de las masas; y no sólo a los obreros sino también a los obreros, pues estos también siguen a los partidos nacionalistas. Esto no es solo una imbecilidad, es bien peor: como veremos, aparta al proletariado de la lucha antiimperialista y sacrifica la lucha real por el frente único proletario, en la medida en que éste se plantea, y en forma acuciante, no sólo también, sino especialmente, en las naciones atrasadas.

El primer error de fondo de la OCI-PST es considerar que no existen bases objetivas para el frente único antiimperialista, como las que existen para el F.U.O.; por eso el primero sólo podría tener una vigencia coyuntural. Este planteo es de inconcebible filiación metropolitana, refleja los prejuicios de la aristocracia obrera de los países imperialistas contra la lucha antiimperialista (la asimilan a lo que su prensa les cuenta sobre Perón, Nasser, Kadhafi o A-bdel-Krim) e, inversamente, es un reflejo del monumental error populista de considerar a los movimientos nacionalistas dirigidos por las capas más plebeyas de la pequeña burguesía como partidos obreros, de modo que el frente con estos sería proletario (Ejemplos: la OCI caracterizó como obreros o cumpliendo función de obreros al MNA de Argelia, al MIR de Venezuela y a fracciones de la UDP peruana; y el PST, como es conocido, caracterizó como partido obrero a la rama gremial del peronismo).

Sin embargo, la base objetiva del F.U.A. y de la lucha antiimperialista en general es, precisamente, la opresión del imperialismo, es decir, la traba que opone al desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas autóctonas de esas naciones, y, por lo tanto, al desarrollo cultural, político y democrático correspondiente. El imperialismo integra a las naciones atrasadas a la economía mundial, pero lo hace bajo el régimen del monopolio, con el objeto de acaparar la totalidad de la plusvalía extraída, lo que significa que esa integración aísla a la nación oprimida de la circulación económica mundial tomada como un todo. Las reivindicaciones de independencia económica y política expresan la necesidad de romper esta monumental traba al desarrollo nacional (burgués) de estos países. En la medida en que, debido a las luchas interimperialistas, a las crisis del imperialismo y a las guerras, el desarrollo de estos países ha desbordado, aunque no quebrado, los límites impuestos por las metrópolis, se ha planteado una lucha encarnizada por parte del imperialismo para liquidar las conquistas democrático-burguesas de las naciones oprimidas. Esto se puede ver en la brutal penetración imperialista en el campo, en la expulsión de millones de campesinos de sus tierras (la creación de una enorme masa de trabajadores sin empleo alojados en las villas miserias, favelas, poblaciones, barracas, etc.), la monopolización de las ramas de cultivos agrícolas comercializados internacionalmente, la ruina de la producción de alimentos y la dependencia de los monopolios que se ha creado para abastecer el déficit de esos alimentos. Toda esta circulación económica gira en torno a un mismo grupo de monopolios que se han dividido el mercado mundial. Otro ejemplo es la división del trabajo internacional introducida en el seno de un mismo grupo monopolístico, de modo que lo que se registra como exportaciones e importaciones industriales de las naciones atrasadas no es más que una circulación contable dentro de una misma empresa. Estos son manifiestos casos de aislamiento de las naciones atrasadas de la circulación económica mundial, que se opera en nombre de la integración económica internacional y de la interdependencia.

Tenemos todavía el fenomenal mecanismo confiscatorio de la deuda externa, que se abulta con sucesivas renegociaciones, lo que viene a resultar en el acaparamiento creciente de la riqueza nacional por un puñado de grandes bancos —que monopolizan la "integración mundial" de las naciones atrasadas, a expensas de toda otra relación económica con el mercado mundial, y que imponen una determinada compartimentación de la producción de las naciones atrasadas, pues está en manos de ese capital financiero la distribución de cartas en el mercado mundial. Sin pretender agotar esta cuestión, hay que

terminar señalando la fantástica ofensiva lanzada por el imperialismo para desmantelar sectores enteros de la burguesía agraria e industrial nacional (Argentina, Chile, Uruguay, Perú), con el objeto de quedarse con la totalidad de la plusvalía extraída.

Es por esto que la lucha por la emancipación nacional de las colonias y de las semicolonias no se reduce, ni concluye, con la reivindicación de la independencia formal, tan cara a la democracia burguesa formal (hipócrita). Se trata de abolir todas las cadenas políticas y económicas que someten a las naciones atrasadas al imperialismo, es decir, de confiscar al gran capital imperialista y realizar la revolución agraria. Para los llamados "socialistas puros" la lucha por estos objetivos no sería una lucha nacional sino directamente socialista, lo que significaría concluir que las naciones atrasadas del mundo podrían, por sus propias fuerzas, "implantar" el socialismo o, en su defecto, condenarse a un larguísimo período de opresión nacional. La cuestión, correctamente planteada es ésta: la realización revolucionaria de las tareas de emancipación nacional superan el marco de la democracia burguesa y plantean la revolución permanente.

Todo el régimen de miseria, de dictadura, de represión, de asesinatos, de mortalidad infantil, de oscurantismo cultural, de analfabetismo, de enfermedades endémicas, de alcoholismo y de embrutecimiento, que caracteriza a las naciones atrasadas, está determinado, fundamentalmente, por la opresión imperialista.

¡Y el bloque "trotskista" PST-OCI nos decía, en sus "tesis" que no existen razones objetivas para realizar la unidad del frente antiimperialista!

Pero la necesidad de realizar la unidad del frente antiimperialista, es decir, la necesidad de que el partido obrero revolucionario tome posición ante la necesidad de la lucha contra el imperialismo y ante la tendencia de las masas a la unidad contra el opresor nacional, no agota el problema relativo a la formulación de la táctica del frente único antiimperialista. Es que junto a lo anterior se plantea el problema de que la burguesía de las naciones atrasadas es incapaz de llevar a término la emancipación nacional y busca, por todos los medios, por el temor al proletariado y al levantamiento agrario, el acuerdo con el imperialismo. Como la victoria completa de la revolución sólo es posible, entonces, bajo la dirección del proletariado —lo que plantea su gobierno y su régimen político, la dictadura del proletariado— se plantea la lucha interna contra la burguesía nacional; lucha interna contra los intentos de ésta de negar al proletariado sus propias aspiraciones en la lucha contra el imperialismo (democracia política, libertad de organización, protección social, jornada de 8 horas y elevación radical de su nivel de vida, armamento del pueblo), y lucha interna por desenmascarar los compromisos de la burguesía con el imperialismo, sus vacilaciones y su engaño sistemático del pueblo, especialmente cuando se encubre con la bandera del socialismo o de la "tercera posición".

El punto de partida de la táctica del frente antiimperialista es, precisamente, la más implacable crítica a la burguesía nacional, la más nítida demarcación de las fronteras de clase, la lucha más tenaz por acabar con su influencia entre las capas pobres de la nación.

En toda la literatura de la OCI-PST no se encuentra una sola palabra sobre los fines propios del frente antiimperialista, es decir, sobre el programa que lo define como realmente antiimperialista. Se habla de acuerdos prácticos, circunstanciales, como si esto solo asegurara el carácter revolucionario del frente y no pudiera ser el disfraz del seguidismo. La consigna del frente único antiimperialista va dirigida a todas las fuerzas que se encuentran en oposición al régimen existente de opresión nacional —sean oposiciones semirevolucionarias, pequeño burguesas, cobardes o capituladoras— pero sobre la base de un programa de lucha, revolucionario, para el derrocamiento de ese régimen y la realización de las reivindicaciones nacional-liberadoras, manteniendo la más rigurosa independencia política y organizativa. A la inversa, luchamos contra todo frente

que simule una oposición real al régimen presente y que levante un programa de compromiso con el imperialismo y la reacción interna.

La unidad antiimperialista no tiene nada que ver con ponerse a la cola de la burguesía; su eje es la lucha práctica de masas para derrocar al régimen presente.

La táctica del frente antiimperialista tampoco se reduce a postular un determinado bloque político de lucha. Antes que nada, y por sobre todo, debe servir para arrancar al proletariado del estrecho círculo de sus intereses corporativos, para orientarlo a ocupar el puesto de vanguardia contra el imperialismo y sus agencias políticas. La primera condición para la realización de la unidad revolucionaria antiimperialista, consiste, justamente, en que el proletariado y su partido se coloquen a la vanguardia de la lucha nacional. Con independencia de que la burguesía o sus representantes pequeño burgueses puedan ser forzados a integrar un frente revolucionario común (y a este frente sólo pueden venir forzados), la consigna de frente único antiimperialista tiene el inestimable valor de orientar al proletariado a ponerse a la cabeza de las masas oprimidas de la nación, desenmascarando la cobardía de la burguesía nacional.

El interés estratégico que tiene el proletariado en el FUA es que debería servir para ganar a las masas pequeño burgueses pobres y a la mayoría del propio proletariado a la revolución. Pero esto no significa que sea correcto reducir el planteo frentista a los partidos pequeño burgueses, es decir, exceptuar a los burgueses. Primero, porque allí donde la masa pequeño burguesa y parte del proletariado siguen políticamente a los partidos burgueses democráticos o nacionalistas (peronismo, Multi-partidaria), propugnar un frente exclusivo con partidos pequeño burgueses no nos acerca sino que nos aleja de la finalidad de emancipar a las masas de la tutela burguesa. Segundo, porque allí donde los partidos pequeño burgueses predominan, estos actúan como apéndices de, o en forma vacilante, ante, la burguesía nativa; hay que desnudar la falta de voluntad de lucha unida de ésta para atraerla a la pequeña burguesía, y no permitir que sea la burguesía quien nos acuse de un sectarismo encubridor de pasividad. Se trata, como se ve, de un problema esencial de método, para luchar en los hechos, y no sólo de palabra: por la hegemonía del proletariado. Un ejemplo de como no hay que plantear el FUA es lo que hicieron el PST y el POMR de Perú, que plantearon un ultimatum para que se retire de la ARI un sector del velazquismo (mientras se admita a los demás velazquistas travestidos de marxistas-leninistas!), en lugar de plantear un programa claramente revolucionario de carácter antiimperialista, forzando al aislamiento o autoexclusión de los arrribistas velazquistas y, con esto, al aislamiento del stalinismo que los sostenía.

El frente único antiimperialista no es un bloque sin principios con la burguesía sino el más contundente instrumento para desenmascararla, en el mismo momento en que ella está efectivamente, en los hechos, diariamente, engañando al pueblo con promesas de lucha que nunca se cumplen, pues son un chantaje demagógico al imperialismo. La cuestión es siempre el programa y la denuncia de los partidos burgueses. No criticamos al FSLN por el hecho en sí, en abstracto, de haber hecho un frente con los agentes democráticos y antisomocistas del Departamento de Estado tuvo por programa el no desmantelamiento del ejército de Somoza (propósito que la insurrección luego frustró), la limitación de la reforma agraria y un pacto de coexistencia con el imperialismo en América Central —y esto en vísperas de la insurrección, cuando todas las cartas estaban en manos del FSLN. No es la falta de crítica lo que puede atraer a la burguesía al frente antiimperialista revolucionario, como tampoco es la crítica la que la ahuyenta de él, ni la que la empuja a combatirlo encarnizadamente. La burguesía viene al campo de la revolución, o se pasa a la contrarrevolución, por la presión de sus propios intereses de clase. El proletariado tiene que explotar en su propio beneficio las contradicciones entre la democracia burguesa y la reacción imperialista, de modo que el impulso que se da al movimiento

de masas tenga un vigor y una claridad de objetivos tan amplios que las inevitables oscilaciones y traiciones de la burguesía sean incapaces de frenar el movimiento de la revolución como si ocurriría en los casos de no intervención de los revolucionarios en el aprovechamiento de esas contradicciones, pues ello tiene por consecuencia debilitar el impulso hacia arriba de las masas, o su enfeudamiento político a la dirección de la burguesía.

Una tesis sobre el frente revolucionario antiimperialista debería integrar la experiencia de la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales, y no sólo las lecciones de la intervención de la III Internacional sino también de la IV Internacional, o de los que se reclaman de ella. Es evidente, de todas maneras, que hay que saber adaptar esta táctica a las características de los diversos países, a las diferentes situaciones políticas y, en particular, al grado de diferenciación social y política entre la burguesía y el proletariado. Existen países donde la reacción política está en el poder bajo la forma de una dictadura militar proimperialista, mientras que en otros es la burguesía democratizante la que se encuentra en el gobierno (aún dentro de éstos hay que distinguir entre aquellos gobiernos que se asientan, dadas circunstancias especiales, en acuerdos relativamente estables con el imperialismo —como ha estado ocurriendo en Venezuela— y aquellos completamente inestables, que han fracasado en lograr un compromiso con la reacción interna —como los gobiernos constitucionales argentinos desde 1958). La presencia de gobiernos democrático-burgueses es un factor que debe ser explotado a fondo, porque al estrechase el compromiso de esta burguesía con el imperialismo, tiende a abrirse una crisis entre ésta y la pequeña burguesía, como en general, tiende a ocurrir con cada paso que la burguesía da hacia el campo del imperialismo. El ángulo de ataque a esos gobiernos debe ser sus vacilaciones hacia el imperialismo y su irresistible tendencia al compromiso con éste. Se prepara el terreno, así, para el frente antiimperialista con la pequeña burguesía, y, no sólo esto, sino que se explotan las divergencias y hesitaciones dentro del gobierno democratizante, en situaciones de amenaza golpista, para facilitar el pasaje de algunos de sus sectores a un bloque de resistencia con el proletariado, o para paralizar los intentos del gobierno de ocultar la inminencia del golpe, ocultamiento concebido para frenar una intervención de las masas. Esta línea de intervención debe servir, por sobre todo, para una agitación dentro del ejército, con la finalidad de ganar algunas posiciones vitales en su seno entre la tropa, la suboficialidad y en algunos casos, la propia oficialidad. Ni qué hablar del valor de esta línea de ataque en los casos de gobiernos militares nacionalistas.

Hemos dicho más atrás que la cuestión de la unidad proletaria, lejos de perder su valor en los países atrasados, se transformó en una cuestión decisiva —a condición, claro está, de vincularla a la cuestión del frente antiimperialista como táctica que incita al proletariado a encabezar la lucha antiimperialista y que disputa al nacionalismo pequeño burgués la dirección de la revolución.

Para el PST-OCI hay que buscar el frente político con los partidos obreros con fidelidad "patriótica", y desechar el frente antiimperialista para coyunturas excepcionales. Se propone, de esta manera, un frente del 0,5 por ciento de la clase obrera con un programa de lucha anticapitalista. Los sindicatos nunca entrarían en este frente obrero, pues de él se excluyen a las direcciones nacionalistas, a las que pertenecen las direcciones de los sindicatos. Se encierra, en esta táctica, al proletariado en el círculo de sus más estrechos intereses de clase, lo que viene como anillo al dedo al nacionalismo burgués, que no quiere para nada ver a los obreros haciendo política revolucionaria. Se renuncia a luchar por la dirección de las otras clases oprimidas, pues los intereses de éstas (la tierra por ejemplo) no entran en el círculo de las reivindicaciones anticapitalistas. Se renuncia a explotar y aprovechar las contradicciones entre la democracia burguesa y la reacción, pues en un planteo de clase contra clase, de frente obrero contra frente burgués, la democracia burguesa y la reacción burguesa integran un único bloque reac-

cionario. Se aísla radicalmente al partido revolucionario, pues los otros partidos obreros, ahí donde existen, no están interesados en, ni están sometidos a la presión de, estructurar un frente obrero (la presión de la mayoría oprimida se dirige a la unidad al frente antiimperialista). Se le hace el juego a tales partidos obreros, en especial al stalinismo, que buscan integrarse como cola en el frente democrático, pues les resulta fácil rechazar la pretensión de estructurar un frente sectario y hacer caer la responsabilidad del divisionismo sobre los trotskistas. La política del frente antiimperialista es, por el contrario, un arma fantástica para luchar contra el menchevismo stalinista, pues sirve para responsabilizarlos no por su frentismo tomado en sí, sino por su seguidismo; no por su "antiimperialismo" sino por su traición a la lucha contra el imperialismo, al subordinarla a los límites del nacionalismo burgués. El morenismo jamás propuso un frente obrero en Argentina desde 1950, pero dijo sí a todos los frentes democráticos: peronismo, bloque de los 8 y Multipartidaria. Antes de 1950 propusieron el frente PS-PC contra el peronismo, pero luego descubrieron que ese era un frente proimperialista de Washington (PS) y Moscú (PC) contra el nacionalismo burgués. El frente "obrero" en Perú (PST-POMR) fue una triste farsa, cuyo "mérito" consistió en aniquilar electoralmente a Hugo Blanco y en entregar el ARI a prosoviéticos y prochinos.

La unidad proletaria tiene, por el contrario, una importancia fantástica cuando se plantea de modo que sirva para que el proletariado conquiste una posición autónoma y dirigente en el frente antiimperialista. Esa unidad proletaria es la lucha por construir sindicatos, comités de fábricas, centrales obreras, comités de huelga, soviets, e, incluso, partidos obreros independientes. La opresión nacional es una forma de explotación capitalista, que coexiste con muchas otras formas capitalistas, más o menos antinacionales. Contra esta explotación el proletariado necesita de su unidad, con independencia de las diferencias raciales, políticas, culturales, religiosas o nacionales (casos como Sudáfrica, Israel, etc. deben discutirse aparte). Esta unidad es un factor que mina, objetivamente, es decir, con independencia de sus direcciones proburguesas, el ascendiente del nacionalismo sobre el proletariado. Permite crear un terreno común fundamental entre los obreros con conciencia de clase y los que siguen al nacionalismo —pues el más atrasado de estos puede ser ganado fácilmente a la idea de la organización obrera contra el capital. Es un arma poderosa para desenmascarar a los agentes del nacionalismo en el movimiento obrero, ya que las más de las veces estos agentes son llevados a jugar el papel de rompehuelgas y vendidos. En beneficio de la política de los capitalistas nacionales. El valor inestimable de la lucha por la unidad proletaria se pierde miserablemente cuando los que combaten por ella son enemigos de la unidad del frente antiimperialista. Porque al ser acusados de desprestigiar la lucha por la emancipación nacional, su ascendiente en la clase se debilita y el de los burócratas nacionalistas se refuerza; porque al no combatir a la burguesía en el terreno del antiimperialismo, se permite que ésta continúe engañando al proletariado y reforzando su ascendiente sobre él; porque al no luchar por el frente político antiimperialista, se confina a los sindicatos al tradeunionismo, es decir, se bloquea el desenvolvimiento de su conciencia de clase, se contribuye a la consolidación de una tendencia a la aristocracia obrera alimentada por concesiones estatales, se facilita la intervención del Estado en los sindicatos a través de políticas de protección social que satisfacen el 80 por ciento de las reivindicaciones corporativas. El aguinaldo de Perón, en 1945, y el salario mínimo de Vargas, antes y después de 1937, hicieron más por el control estatal de los sindicatos que todos los esfuerzos de los trotskistas argentinos y brasileños por contrarrestarlo a través del frente único proletario, entendido como la táctica "patriótica" del frente con el stalinismo o los PS. Los sindicatos, centrales obreras y soviets proletarios deben ser orientados a jugar un papel de liderazgo en el frente antiimperialista, aprovechando su inmensa autoridad de masas. Ayuda al obrero nacionalista a pasar de su condición de un obrero burgués a un obrero con conciencia

de clase. La experiencia de la Federación Sindical Minera y de la Central Obrera Boliviana es bien ilustrativa. Eso sí, para esto hay que huir como a la peste de la línea fundamental de la OCI en los sindicatos, que es la de no intervenir en ellos cuando no están dirigidos por un burócrata independiente puro, como por ejemplo el antiobrero, anticomunista y proimperialista Bergeron de Fuerza Obrera de Francia, y que es la de "no hacer política", cuando se decide hacerlo.

Allí donde se combinan un conjunto de circunstancias, a saber, la inexistencia de un real partido revolucionario, un ascenso obrero que choca con el nacionalismo burgués, un principio de crisis entre los sindicatos burocráticos (y dentro de ellos) y la tutela del Estado o el nacionalismo, el problema de la unidad proletaria y de su independencia de clase, puede plantearse bajo la forma de la lucha por un partido obrero independiente. La utilidad de esta consigna está relacionada con la comprensión de que, en este caso, debe lucharse para que sea un real partido de clase y no una forma disimulada del nacionalismo o democratismo pequeño burgués (ver en este número el artículo sobre la izquierda brasileña y el PT).

Pero la bancarrota política del bloque OCI-PST no se reveló sólo en su oposición antirrevolucionaria al frente antiimperialista revolucionario y en su defensa vacía y también antirrevolucionaria del frente proletario, tanto en los países imperialistas como en los dominados. La contradicción entre el hecho de plantear el frente proletario en las naciones atrasadas, mientras en la práctica nunca aplicaban esa táctica y si la del frente popular de colaboración de clases (Bolivia, Argentina, El Salvador, Uruguay) tuvo que explotar de alguna manera en el CI, y explotó, efectivamente, en una forma en donde la lucha faccional y las ideas políticas se mezclaron de tal manera, que concluyeron confundiendo a los propios hechiceros, desatando el desbande final. Esta crisis terminó por poner de relieve que el PST-OCI tenía guardada en su gaveta una concepción bien definida del frente antiimperialista, y que esta concepción no era la del trotskismo sino la del stalinismo.

En una reunión de la dirección del CI ("Correspondencia Internacional", julio-agosto 1981), la OCI hizo, aparentemente, una precipitada movida de peón, y mandó a uno de sus dirigentes a tomar la palabra sobre el frente único antiimperialista, en un planteo que era una revisión completa y absoluta del planteo de las "tesis" de base del CI, las que sólo admitían el frente proletario, reservando el antiimperialista para los feriados nacionales (no es chiste: los dirigentes del PST argentino son los campeones nro. 1 de cantar el himno nacional, y, en otra época, los más enforzados cantores de la marcha peronista). Este hecho, aparentemente "teórico", estaba ligado a las dificultades para la fusión entre el PST y el POMR en Perú, las dificultades levantadas como obstáculo su acuerdo con el frente antiimperialista. El peón movido por la OCI alentó otra movida en el tablero, pues inmediatamente el POMR sacó un documento sobre el frente antiimperialista que paró la unidad. A su vez, Moreno (en ese mismo número de la "Correspondencia"), calificó al discurso del primer peón como completamente revisionista (lo que constituye nuestro único y gran acuerdo con Moreno en las últimas dos décadas), y se encargó a Andrés Romero, del PST, la redacción de una respuesta, que salió en octubre. La crisis desatada dentro de la dirección del CI y en Perú, provocó el pánico en la dirección de la OCI, la que, siguiendo la máxima sagrada de estos parisinos, a saber, de que ninguna maniobra debe ser sacrificada a la defensa de una idea, mandó a Lambert volando a Bogotá para pedir perdón a Moreno. El resultado fue que entre el mencionado peón y estos dos reyes, sacaron un violento documento contra el POMR, donde los de la OCI tienen la vergüenza de decir lo contrario de lo que dijeron en la reunión del CI mencionada, sin la menor autocritica y echándoles la culpa de su pésima posición en el tablero a la movida de los peones peruanos, cuando la causa real había sido la primera movida del peón que los instigó y alentó.

Este "incidente" sirvió, sin embargo, para que la OCI y el PST escribieran detalladamente sobre el FUA, primero en

aparente divergencia (primer peón), y, luego, en aparente unidad, cuando atacaron al POMR. Lo que surge de estos textos no es sólo el frente popular, ¡es el frente popular con la reacción!

El discurso ya mencionado del representante de la OCI tiene tres ideas principales. La primera es que en tanto sigan vigentes las tareas democrático-burguesas es legítimo un frente con la burguesía. Detengámonos en ella.

Aquí está presente el núcleo del pensamiento menchevique, pero muy empeorado, pues la formulación clásica menchevique asignaba de antemano la dirección de la revolución a la burguesía, pero oponiéndose a unirse con ella.

Deducir del hecho general de la vigencia de tareas democrático-burguesas el bloque con la burguesía, significa considerar a ésta como progresiva en relación a la lucha por las tareas de emancipación nacional; velar, tanto su tendencia al acuerdo con el imperialismo como el acuerdo efectivo que ha alcanzado con éste a cambio de algunas migajas de autonomía formal; y la inevitabilidad de la traición constante de la burguesía, precisamente en la llamada "lucha por las tareas democrático-burguesas". Del yugo imperialista sobre la nación no se deduce la progresividad de la burguesía nacional, decía Trotsky. Lo único que se puede deducir de ese yugo con todo rigor, así como de las tareas pendientes, es la necesidad de desenmascarar a la burguesía nacional que se disfraza de víctima de ese yugo y de abanderada de la liberación. El planteo frentista correcto no parte de las tareas democráticas en abstracto, sino de la necesidad de unir a las masas explotadas en una lucha revolucionaria contra el imperialismo: de la necesidad de aprovechar las contradicciones entre la democracia y la reacción, por tibias que sean, para ampliar la agitación contra el régimen existente; y, fundamentalmente, para comprometer a los ojos de las masas a la burguesía, desnudar su cobardía y su doblez, separar a las masas de ella, y ganar la hegemonía de la revolución para el proletariado. Postular la legitimidad y, por lo tanto, la necesidad del bloque con la burguesía en nombre de tareas democráticas que serían comunes, significa poner un signo igual entre el programa democrático de los explotadores y el de los explotados, y reducir a la nada las diferencias capitales entre ambos.

El único programa que puede servir para el frente antiimperialista revolucionario es el de la sección de las reivindicaciones democrático-revolucionarias del programa obrero, y el de las acciones prácticas que aproximen la lucha de las masas hacia el objetivo de derrocar al régimen presente y destrozarse la dominación de la oligarquía y el imperialismo. Decir que, porque la revolución es burguesa hay que hacer un frente con la burguesía, no es diferente de la tesis menchevique —la revolución es burguesa, entonces la dirección le corresponde a la burguesía. La regla marxista: apoyar todo movimiento contra el régimen de opresión existente —con nuestros métodos, en función de nuestros objetivos y explicando las limitaciones de ese movimiento— se transforma en el discurso del representante de la OCI en : hagamos un bloque compacto con la burguesía por los objetivos democráticos comunes. Como se ve, el "incidente" arroja una enorme luz sobre la real posición de los campeones del frente proletario, y esta real posición concuerda, exactamente, con la política del frente popular que han aplicado en América Latina.

Pero prosigamos con la segunda idea.

Esta reza así: a diferencia de una disputa entre dos sectores capitalistas de la burguesía imperialista, "si se puede conformar un bloque con un sector de la burguesía (colonial y semicolonial) cuando existe una disputa por la "ubicación en el mercado" (con el imperialismo) (discurso mencionado, "Correspondencia Internacional").

Aquí la causa de la burguesía indígena es abrazada toda entera, no ya contra el rival imperialista sino contra el proletariado. La lucha por el mercado es la lucha por el acaparamiento de la plusvalía extraída y por tanto, presupone y refuerza la explotación de la clase obrera. En este punto, contra el programa burgués de "ampliamos nuestra participación en la plusvalía extraída", el programa de la clase obrera es por la abolición del

régimen de explotación capitalista, la expropiación de los expropiadores, el fin del asalariado, el socialismo.

El partido obrero revolucionario no hace sino traicionar la causa histórica y sagrada del socialismo si no libra una lucha sistemática contra el capitalismo y contra las utopías pequeño burguesas, mostrando que el desarrollo del régimen presente, incluso en los países atrasados (puesto que éstos han madurado con extraordinaria rapidez gracias a que han sido integrados por el imperialismo, con sus métodos, al mercado mundial), conduce a la dictadura del proletariado y al socialismo mundial. En una lucha por la masa relativa de plusvalía, el proletariado no toma partido por ninguna fracción, por semicolonial que sea, del capital mundial, sino que la denuncia como la forma inevitable, anárquica, brutal, de existencia del modo de producción capitalista que se trata de abolir. Las contradicciones entre la burguesía de un país oprimido y la de un país opresor (e incluso entre la pequeño burguesía y el imperialismo) interesan al proletariado sólo por su proyección política, cuando es una lucha política, ya que, sólo en este caso, se plantean problemas fundamentales para el desarrollo político del proletariado (democracia, libertad de organización, protección del trabajo —pues un obrero aniquilado en la jornada fabril no puede participar en la vida política ni en la lucha por la emancipación de su clase). El fondo de esta lucha política es económico, es la plusvalía, pero es solamente en el terreno político que el proletariado puede arrancar las modificaciones y los derechos que atenúen la intensidad de su explotación y le permita desenvolverse su propio futuro.

En el agosto recinto del Consejo General del CI se sostuvieron estas posiciones, indignas incluso de un burócrata sindical, y no sólo no se las refutó en el momento, sino que es exactamente lo que se conservó, cuando Moreno y Lambert "superaron" el "incidente" mediante la carta al POMR (es decir, a expensas del POMR, una vez más forzado a humillarse con una retractación).

Veamos lo que dice esta carta firmada por tres astros de la revolución mundial:

"Aceptamos (sic) de manera excepcional en algunos países y en algunos momentos ("normalmente" somos patriotas del frente proletario) cuando las condiciones políticas lo exigen (¿cuáles? ¿o ese es un secreto reservado al papado bicéfalo de París-Bogotá?), acuerdos contra el imperialismo con el nacionalismo burgués porque (ahí está, ¿por qué?) en un país oprimido por el imperialismo la burguesía es una clase explotadora, 'semivalía arrebata en su país, de la cual el imperialismo se apropia de la mayor parte' (17/6/81). ¡Pobre burguesía nacional que no puede disponer libremente de la plusvalía! Porque si pudiera ¡cuántas obras de beneficencia tendríamos! ¡Proletarios y campesinos pobres de todos los países oprimidos, uníos por el derecho de la burguesía a la libre disposición de vuestro trabajo, de vuestro sudor y de vuestra sangre! ¡Dios mío que no existes, qué bancarrota!

Prosigamos, ahora con la tercera idea que, por el antecedente de las otras dos, tiene que culminar en una catástrofe sin precedentes.

El lector menos avisado se tiene ya que haber dado cuenta que los dos primeros planteos reunidos tienen una sola conclusión política: el bloque permanente, histórico, superpatriótico, con la burguesía nacional, lo que equivale a decir, su disolución en ésta. Este es el paso que se franquea en la tercera idea, sin el menor rubor. Véase.

"Un día la burguesía nacional en el poder es agente del imperialismo, no tiene el menor roce con él; entonces, nosotros decimos, abajo ese gobierno reaccionario. Pero entonces el gobierno resuelve nacionalizar o expropiar ciertas empresas imperialistas, llama a los obreros a organizarse en sindicatos y persigue a los elementos vinculados al imperialismo extranjero. Quizás los obreros que antes nos escuchaban se alejarán de nosotros y se volverán directamente hacia ese partido nacionalista burgués" ("Correspondencia Internacional" nro. 10-11). Fantástico, no debemos decir nunca "abajo un gobierno bur-

qués", así sea el representante de la reacción, el "agente del imperialismo", porque de repente éste nacionaliza... y nos quedamos sin el pan y sin la torta. Como sólo obtiene frutos quien persevera en su trabajo, el discursante de la OCI recomienda: no "bambolearse" (textual), es decir, no criticar un día y alabar el otro, no, sino seguir siempre una línea recta, la de la ruta trazada por la burguesía, no importa ahora que no sea democrática o que no se preocupe por la "libre" disposición de la plusvalía ("agente del imperialismo" preferirá la seguridad de una sumisión dorada a las vicisitudes de un importuno reclamo), lo que importa es pegarse a ella con tesón y mucho sacrificio (sacrificio para los infelices que aceptan esta recomendación, no para los que se prodigan en aconsejarla desde ambas márgenes del Sena).

Si se mira esta aterradora conclusión de la OCI con toda seriedad, que es como debe hacerse, se verá que no tiene ni un pelo de descabellada, y que mucho antes llegó a ella una poderosa fuerza internacional, el stalinismo. El discurso de la OCI es la explicación de por qué el PC argentino apoya a Videla-Viola-Galtieri, siendo que la dictadura rioplatense es la representación de la reacción política. El stalinismo está alineado estratégicamente con la burguesía nativa y no puede desertar de esa alianza ni en los ratos en que toda esa burguesía apoya a la contrarrevolución contra las masas. Cuando el frente contrarrevolucionario se escinde, el stalinismo busca tener un pie en cada lado —Multipartidaria y dictadura— y propugna el "gobierno cívico-militar". Si decir "abajo ese gobierno reaccionario" es "bambolearse", se concluye que la OCI está en contra de la consigna de "abajo la dictadura" en Argentina y en Chile, por ejemplo. Aquí se ve la hilacha de los que tuvieron la desvergüenza de denigrar a nuestro heroico partido, PO, con la especie de que sería lacayo de Videla y Pinochet.

No hay "cambio de frente" de las burguesías indígenas, decía la OCI en el viejo CORCI, "discutiendo" con PO, quien llamaba la atención sobre estos giros para no dejarse sorprender con ellos, y para denunciar ante las masas el carácter diversionista de tales virajes, cuyo propósito es confundir y armar nuevas trampas "democráticas" a los trabajadores. Si que hay "cambios de frente" —dice, ahora, el vocero de la OCI— pero esto significa que no tenemos que inmutarnos, ni decir "abajo el gobierno reaccionario" cuando triunfa un golpe proimperialista.

¡Claro Moreno que todo esto es el colmo del revisionismo, pero no basta con decirlo, hay que demostrarlo; no basta con demostrarlo, hay que ser fiel a esa demostración —y no mandar cartas revisionistas al POMR; y no basta con mandar cartas correctas, hay que ser fiel a esa línea en Bolivia, Argentina, Uruguay, El Salvador, la Brigada —y bajo Perón, Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía, Lanusse, Cámpora, Perón-Isabelita y Videla-Viola!

El "incidente" permitió conocer también una versión más "depurada" del FUA en la versión del PST (aparte de la mencionada carta). Es un artículo en respuesta al discurso de la OCI, firmado por Andrés Romero. Este artículo no critica ninguna de las afirmaciones del discurso que hemos citado, lo que equivale a que ha dejado pasar lo esencial de la supercapituladora posición de la OCI, y esto ya dice mucho sobre el carácter vacilante de la crítica del representante del PST respecto a la burguesía nacional.

El planteo de Romero puede resumirse así: la burguesía y los partidos no luchan contra el imperialismo; "la burguesía —cita a Trotsky— participó en la guerra nacional como un freno interno"; la lucha efectiva contra el imperialismo exige derrotar la colaboración del nacionalismo burgués o pequeño burgués con el imperialismo; la burguesía nacional está entrelazada con el imperialismo. Consecuencia: la táctica correcta es el frente único proletario.

Pero —dice Romero (y este "pero" es toda una definición política)— a veces "algún sector de la patronal puede verse obligado a luchar realmente contra el imperialismo" (subrayado nuestro); a veces, las "organizaciones nacionalistas... están empeñadas en una confrontación real (con el imperial-

mo) (de nuevo, el mismo subrayado nuestro). Para estas veces, prosigue Romero, planteamos el FUA táctico y, "aún así —nos advierte— permanecemos alertas para detectar el momento exacto en que (las organizaciones nacionalistas) dejan de ser progresivas" (subrayado nuestro).

En estas líneas no sólo se presenta una idealización y un embellecimiento de la burguesía nacional. Al justificar al FUA por la lucha real de la burguesía (y real quiere decir consecuentemente, quiere decir partidaria incluso del armamento de las masas y de la insurrección) lo que se está haciendo es plantear el FUA de un modo pasivo, no como una exigencia a las direcciones nacionalistas para desenmascararlas, sino como un sumarse a ellas en el propio terreno burgués y con los propios métodos de ella, que, si no son métodos revolucionarios constituye una capitulación en toda la línea del partido obrero revolucionario, y que, si lo son, constituye el desmentido total de todos los pronósticos de ese partido obrero sobre el carácter frenador de la burguesía, con el consecuente y correspondiente desprestigio político.

La única oposición real que puede emprender la burguesía contra la reacción, aún la más audaz, es una oposición vacilante dirigida simultáneamente y, en general, preferentemente contra el proletariado. Tomada en su conjunto se trata de la política de una clase históricamente caduca, incluso por referencia a las tareas pendientes de emancipación nacional. Olvidar esto es marchar al desastre. Pero lo que importa distinguir aquí es que en el caso de una situación de choque con la reacción, por tímido que sea, la burguesía opositora tiene un carácter democrático, aspecto que puede ser decisivo en un momento determinado. Es esto lo que hay que explotar, y no tejer ilusiones sobre la lucha real. Que se trata de un aspecto del carácter de la burguesía, y que este aspecto está relacionado a circunstancias políticas precisas, lo demuestra el hecho de que esa misma burguesía se alinea en el campo de la contrarrevolución en la medida en que se va afirmando la independencia del proletariado (los partidos de la Multipartidaria y el stalinismo apoyaron el golpe de 1976).

La situación de partida en la mayoría de las naciones atrasadas es la hegemonía de la burguesía sobre las masas. Contraponer a este hecho el frente único proletario, sin que las masas hayan superado, por medio de su experiencia, al nacionalismo, es contruir castillos en el aire, buscando un imposible acuerdo exclusivo con el stalinismo. De lo que se trata es de desenmascarar que el nacionalismo no lucha siquiera por lo que propone, y para eso es necesario plantear la exigencia del frente revolucionario antiimperialista como método de combate por las reivindicaciones nacionales. La táctica frentista revolucionaria procura explotar la cobardía y las vacilaciones de la burguesía; busca explotar, además, para el desarrollo de la agitación más vasta posible, todos los choques y roces de la burguesía con el imperialismo, y que son completamente inevitables dado el carácter de las naciones oprimidas; y se propone principalmente, por medio de esta acción, estimular al proletariado a salir de la preocupación limitada de sus intereses inmediatos para encabezar la lucha contra el imperialismo.

Romero se reserva para ciertas coyunturas su idealización de la burguesía, y cree que con eso circunscribe, cuando en realidad amplía, el alcance de su glorificación. Es que son, precisamente, esas coyunturas los momentos decisivos de la lucha, las "situaciones revolucionarias", en las que con posiciones como las de Romero se liquidan veinte años de trabajo en un minuto.

Romero enfatiza el caso de una lucha real de la burguesía, pero no nos dice nunca en qué consiste esa lucha real. ¿En el momento oportuno lo decidirá el comité ejecutivo? Es un vasto campo de ilusiones el que se ha abierto ante el nacionalismo burgués.

Romero repite también una vieja cantinela menchevique que Stalin retomó para justificar el bloque de las cuatro clases: lo de detectar el momento exacto en que la burguesía deja de ser progresiva o traiciona. Ese momento sólo se detecta en la cárcel o en el cementerio, porque la burguesía no manda pre-

viso. Para no ser sorprendidos por un cambio de frente brusco de la burguesía nacional hay una sola regla de oro: ninguna ilusión sobre su llamada lucha real, saber siempre que presionamos sobre una burguesía vacilante para desenmascararla y para quitarle margen de maniobra a su demagogia; y, principalmente, explicar, agitar y convencer de que la forma por excelencia de presión del proletariado sobre todas las clases de la sociedad es no ir detrás de ninguna de ellas y colocarse a la vanguardia del combate junto a sus organizaciones propias, luchar por su propio armamento y aprovechar toda crisis resultante de las contradicciones entre el nacionalismo o la democracia burguesas y el imperialismo, para incorporar masas crecientes a la lucha y apresurar la obtención de los objetivos propuestos.

El PST se esfuerza por formular el FUA de una manera subordinada, pero como el FUA es siempre en la práctica la táctica para luchar contra el imperialismo e imponer la hegemonía proletaria, en esa formulación subordinada están presentes todos los elementos de la capitulación ante los explotadores nativos.

Es por todo esto que el PST plantea, sistemática y permanentemente el frente popular, y sólo en muy raras ocasiones, casi ninguna, plantea el llamado frente obrero.

Preguntamos: ¿y la Multipartidaria constituye una lucha real de la patronal argentina contra el imperialismo? Una de dos: o el PST responde que sí, y entonces sabemos que su "real" cubre todas las formas de conciliación de la burguesía con el imperialismo, o dice que no, y sabemos que para el PST se trata de hacer cualquier frente con la burguesía, sea real o no su lucha, es decir, un frente no revolucionario sino colaboracionista.

El PST le dice a la Multipartidaria: déjenos entrar porque estamos de acuerdo con la vigencia de la Constitución de 1853, enarbolada por ustedes. La forma pasiva, seguidista y bien educada del planteo frentista salta a la vista. Y el contenido no le va a la zaga, porque la vigencia de la Constitución de 1853 es la base de todas las fórmulas de compromiso entre la burguesía y la dictadura. Nosotros, PO, atacamos a la Multipartidaria por ser un frente conciliador, proimperialista y antiobrero. Explotamos sus contradicciones con la dictadura para lanzar una agitación resuelta por manifestaciones de masas, huelgas políticas y toda acción que pueda conducir al derrocamiento del régimen militar. Utilizamos la agitación creada por la Multipartidaria contra su voluntad, por mínima que sea, para atizar la movilización de las masas. Apoyamos toda acción de la Multipartidaria y sus aliados, como el acto de la CGT del 7 de noviembre en San Cayetano, para transformarlo en una manifestación real de masas, propagandeamos la necesidad del frente antiimperialista y utilizamos el menor paso de movilización de la Multipartidaria (hasta ahora no hubo ninguno) para reclamar un comando de lucha de todas las fuerza antidictatoriales, empezando por los sindicatos y la CGT. Y siguiendo este método luchamos por reconstruir la unidad del frente proletario, planteando la lucha por poner en pie las comisiones internas de fábricas, los sindicatos y la CGT, para echar a los interventores y encabezar la movilización revolucionaria. En esta lucha acercamos al frente con PO a otras organizaciones y bases, y preparamos el terreno para poner en pie un poderoso FUA realmente revolucionario.

Despojada de su barniz patriótico-proletario, la línea del bloque OCI-PST ha quedado clara: frente sin principios con la burguesía, pasividad en la lucha antiimperialista, desprecio por la real vigencia de la unidad proletaria.

La OCI no asimiló estos problemas en el viejo CORCI y, mejor, nunca se interesó por ellos. No saben jugar al fútbol pero creen que pueden gambetearle a la realidad. El desbande ignominioso del CI es la venganza de esa realidad sobre los que pretendieron esquivarla.

Un crimen político que no ha quedado impune y cuyo fracaso debe abrir una nueva vía

La formación del Comité Internacional fue un crimen político contra el movimiento revolucionario de la IV Internacional. Por eso es que su desbande se caracterizó por el desprecio por la lucha de ideas, por la falta de escrúpulos en las maniobras faccionales, y por el manoseo, la división y la liquidación de las pequeñas organizaciones nacionales que a los militantes de éstas tanto costó construir (el ejemplo flagrante es el POMR en Perú). El Comité Internacional se fundió con los mismos métodos con que apareció, es decir la falta de principios.

En general, todo acuerdo político carente de principios (y peor aún cuando se trata de disimular este hecho con "tesis" impostoras, es decir, que no corresponden a las ideas reales de los protagonistas sino a remedos de ocasión) es un crimen contra la vanguardia revolucionaria, por la simple razón de que es un factor de confusión y una fuente de desmoralización ulterior. Qué decir cuando este procedimiento se pone en práctica con todo cinismo y alevosía, como surge claramente del siguiente boletín de la OSI de Brasil (lambertiana) al explicar el método que fue usado para estructurar el que hubiera debido ser el acuerdo de fusión con "Convergencia Socialista" (morenista):

"... cada vez que se presentaba alguna diferencia (en la elaboración del documento) ésta era superada por el camino más fácil: diciendo las cosas por la mitad, no diciendo nada, o colocando de una forma o de otra las dos posiciones" (del documento "Opiniones de la dirección nacional de 'Convergencia Socialista' sobre el proceso de unificación", citado en el Boletín nro. 2 preparatorio al V Congreso de la OSI, parte 2).

Corrientes y partidos que proceden de este modo son de una peligrosidad muy particular, porque no exponen francamente sus ideas, las cambian todos los días con la finalidad de obtener beneficios organizativos episódicos, es decir, que se transforman en organismos extraños a los únicos métodos que pueden permitir a la clase obrera progresar. La denuncia de estos grupos por sus ideas debe servir para poner de relieve que carecen de ellas, que son como los camaleones, de modo que su finalidad no entronca con la necesidad de maduración del proletariado, pues tienen objetivos completamente excluyentes, lo que es típico del arribista.

Si la caracterización anterior viene como anillo al dedo al PST (como lo prueban las fantásticas volteretas de su trayectoria política), ni duda cabe que el sayo le cae principalmente a la OCI, a partir, por lo menos, de la escisión que perpetró en el viejo CORCI.

El verdadero crimen político representado por el CI fue cometido por la OCI. Es que la OCI, a pesar de sus notables deficiencias teóricas, de sus manifiestos planteos no revolucionarios (FUA, revolución en los países atrasados) y de su ya visible burocratismo, representaba desde 1953 el único punto de referencia que se esforzaba por mantener la continuidad de la IV Internacional en la teoría y en la práctica. Atraía, porque procuraba ser un centro de elaboración internacional y porque se acercaba, las más de las veces con métodos de suficiencia y subestimación, a todo grupo que, en el mundo, buscaba el camino de la revolución proletaria.

Aparte de la liquidación gangsteril del viejo CORCI y de la aproximación oportunista al SU, la OCI cometió el imperdonable crimen de armar un bloque sin principios con la corriente más derechista, liquidadora y aventurera de todas las que alguna vez se reclamaron de la Cuarta. Peor, la OCI blanqueó completamente al morenismo, cuando lo declaró, desde el inicio, una corriente trotskista consecuente de toda la vida. Este es el capital político que el morenismo logró sustraer para sí gracias a los servicios de la OCI. Con este capital va a proseguir su trabajo de infiltración entre todos aquellos grupos trotskistas de formación más o menos reciente, sin la experiencia de la lucha internacional, y completamente confundidos en

relación a las causas de la crisis de la Cuarta y al carácter de las tendencias que se reclaman de ella. La OCI ha logrado la proeza de que el morenismo abandone el CI luego de haber recibido la bendición del lambertismo y con los laureles de acusarlo, al final, de agente del frente popular francés. De la autoridad de la OCI, de hace diez años, no ha quedado nada, peor, su desprestigio y el desbande de sus fuerzas no tiene parangón. Por importante que sea la responsabilidad de la OCI por este crimen, la responsabilidad del PST no debe ser minimizada, pues tiene que servir para llamar la atención de todos los que siguen a esta corriente, pues se trata, en su mayor parte, de gente sin experiencia política.

Todos aquellos que se reclaman de la Cuarta y que se plantean, al menos en teoría, reconstruirla, tienen el deber de sacar un claro balance del destino del CI, así como de las posiciones políticas en discusión.

Esto es imprescindible para quebrar la confusión con que el bloque PST-OCI armó su unificación y luego su escisión.

En el cuadro político de los que se reclaman de la Cuarta tenemos una situación bien clara y definida.

De un lado, el bloque del SWP norteamericano y la LCR de Francia, que se caracterizan por haberse disuelto a todos los fines prácticos y reales en el castrismo en el preciso momento en que éste saluda, luego de haberlo reclamado, el golpe de Pinochet-Jaruzelski, armado por Moscú, y también en el momento en que actúa como un freno interno de las revoluciones salvadoreña y nicaragüense, así como de la latinoamericana en general.

Del otro, tenemos el bloque PST-OCI que, escindido, continúa siendo un bloque político definido, porque ha dejado planteos políticos por escrito, así como una trayectoria, que ambos sectores tratan de tergiversar pero que constituyen su huella digital imborrable. Es el bloque del frente popular en las naciones avanzadas como atrasadas, es el bloque de la pasividad ante el imperialismo y el seguidismo a la burguesía indígena y sus agentes burocráticos.

En tercer lugar, está la TCI que, cualesquiera sean sus insuficiencias organizativas, de elaboración y de trabajo colectivo internacional, es la única, repetimos, la única que previó con fundamentos la perspectiva antitrotskista del bloque SWP-LCR y del PST-OCI, que los caracterizó anticipadamente, y que elaboró la refutación programática de su revisionismo y antirrevolucionarismo. Esto también es un hecho imborrable, que le da a la TCI una autoridad política llamada a superar sus problemas y limitaciones presentes.

Fuera de estas tres tendencias existen diversos grupos de valor efectivo o potencial que, durante todo este período de discusiones, no llegaron a estructurar posiciones políticas claras, o fueron incapaces de hacerlo. A estos grupos, así como a todos los militantes y organizaciones nacionales y de base de los bloques SWP-LCR y PST-OCI, los llamamos a participar en el balance político planteado, es decir, a tomar concientemente partido.

Es a partir de esto que, entendemos, podría estructurarse un reagrupamiento internacional más amplio para reconstruir la IV Internacional.